

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 23 DE MARZO DE 1930

NÚMERO 38



ESPECIAL PARA LA NACION

POR RAFAEL DE PENAGOS.

DESPUÉS DE LA FIESTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Más de \$ 100.000 de ventas
con 2 avisos
en LA NACION



Marzo 18 de 1930
Señor Jefe General de Avisos de
La Nación
Don D. Fitz Gibbon
Presente

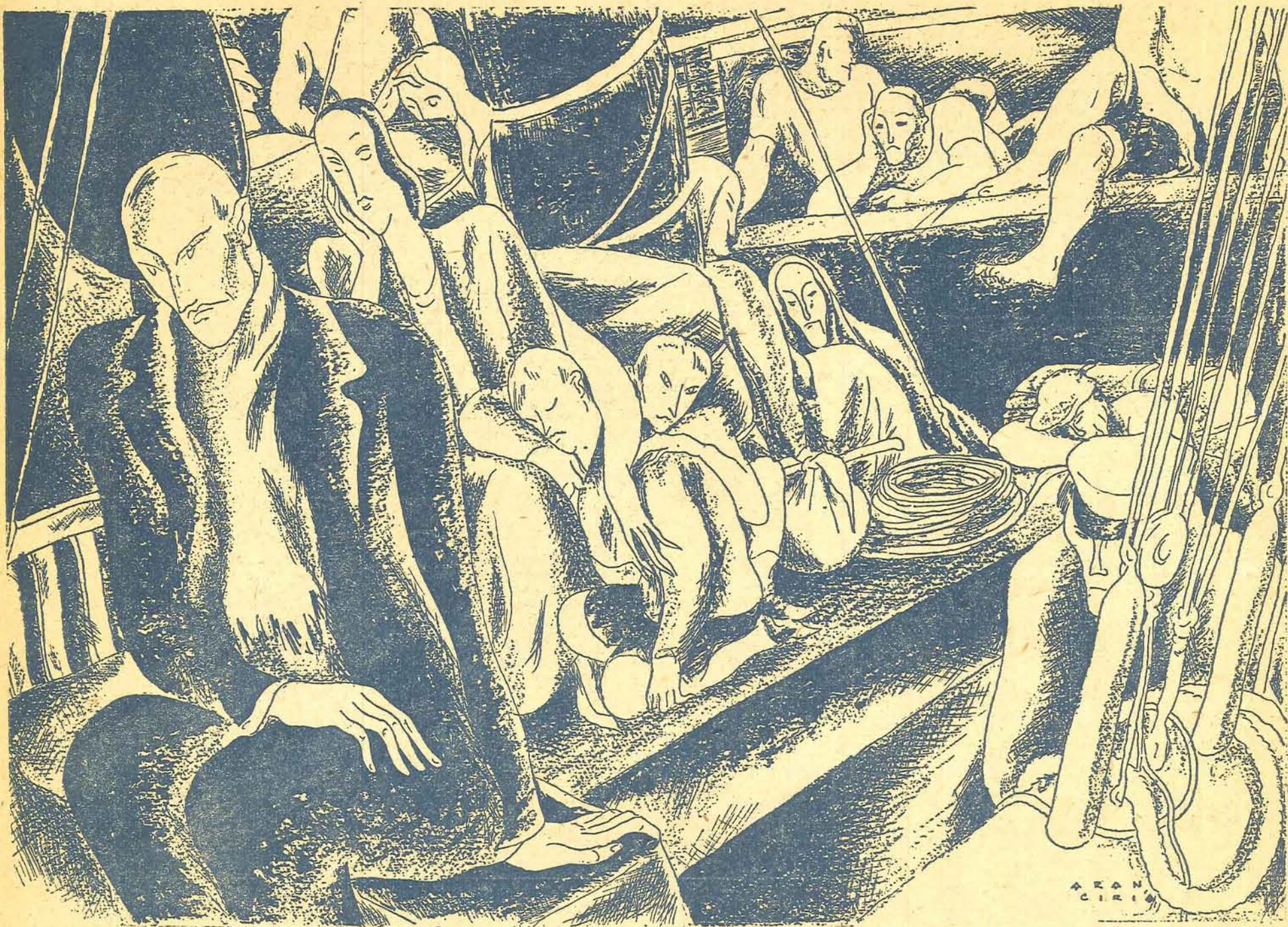
Muy señor mío:
Cúmplame dirigirme a Vd. a fin de significarle el agrado con que he comprobado el éxito obtenido por los dos avisos, que se publicaron en ese Diario al iniciarse las actividades escolares del presente año, y mediante los cuales nuestras ventas han alcanzado a más de CIENTO MIL PESOS en artículos de bajo precio, haciéndole presente que en esta oportunidad utilicé únicamente ese diario para la propaganda de mi casa.
Al consignar estas cifras que revelan tan elocuentemente el poder vendedor de La Nación, lo hago con el propósito de agradecerle la eficaz cooperación prestada por el Departamento que Vd. dirige.
Saludo muy atte.

D. Fitz Gibbon

Todo el mundo sabe ya que "LA NACION" es el mejor vehículo de propaganda para artículos de precio, lo que está plenamente comprobado por la gran preferencia - hasta la exclusividad en ciertos casos - de avisadores de categoría.

Es interesante, por eso, el caso de un comerciante que ha obtenido un éxito formidable en la venta de artículos de poco costo con la mera publicación de 2 avisos en "LA NACION".

La elevada categoría de los lectores de "LA NACION" hace olvidar a veces la gran cantidad de su circulación, cuya eficacia se comprueba una vez más con este vasto número de pequeñas ventas.



"Las cosas más extraordinarias están en lo que nos rodea".—G. PAPINI.



L barco estaba aquella noche en silencio. Habían ido desapareciendo por las puertas de los camarotes los pasajeros de primera clase. Después de haber bailado en el salón, obser-

varon largo rato las maniobras de atraque. Medio hundidos en la sombra, los "bogas" recorrían el puente, lanzaban juramentos ásperos, bebían aguardiente, hacían rechinar gruesas cadenas mohosas, mientras que rodaba sobre sus faenas la voz timbrada y aguda del contramaestre. Dos se lanzaron a la corriente del río a llevar el cable, y se perdieron en la sombra impenetrable y hosca. Se sentían los chapoteos de los nadadores.

El puerto era un pueblecito salvaje, perdido en un mapa inextricable de selva y de río. En la noche brillaban dos luces. Eran los dos ojos dormidos de aquella población diminuta. Contra la barranca del río se oían voces que surgían de la sombra.

Pero poco a poco fué acabándose la vida ligera que había animado aquella travesía fatigosa. Las gentes de primera se hundieron en sus celdillas calurosas, y los "bogas" se amontonaron sobre el puente. Sentados sobre los cordajes, cadenas oxidadas, cajones de gasolina, o bien tendidos sobre las planchas de acero que recibieran la caricia implacable del sol del trópico en aquel largo día de navegación, formaban un grupo alrededor de la hoguerilla en que se asaba un trozo de carne fresca, que todavía sangraba. Los ojos ávidos vigilaban los movimientos del cocinero. Hablaban bajo, porque más de una vez había pasado por el puente el contramaestre, gordo, ceñudo, áspero, exigiendo silencio. De modo que estrangulaban las carcajadas en las gargantas, ahogaban los gritos y las ri-

sas y habían acabado con la grosería normal de su charla recortada y esdrújula.

Estaban desnudos. Todavía no hacía mucho tiempo que habían pasado las maniobras y sus cuerpos brillaban barnizados de sudor. Como estaban todos de frente a la luz, manchones gruesos de sombra se les entraban por las canales que marcaban los músculos bárbaros. Desde los puentes de pasajeros se veía la vida de los "bogas", pero como en un cinematógrafo, silenciosa, opaca. Sobre sus cabezas, a dos metros no más, se sentía la impresión desolada del silencio que subía del río.

Los pasajeros de tercera eran pocos. Estaban amontonados en un espacio pequeñísimo, que el contramaestre llamaba pomposamente "el puente". En realidad sólo era un vacío entre los sacos de carga. Por todas partes, hasta el techo, bultos de café. Algún pasajero diera muerte a un caimán que, despojado de la piel por los "bogas", había sido clavado contra uno de los muros, todavía sanguinolento. Se desprendía un olor acre de aquel rincón.

A trechos, por entre la carga, se veía el agua del río, que pasaba rozando la cubierta de tercera.

En ese sitio estaban sentadas, en sillas rotas, en hamacas colgadas de los tubos de la maquinaria, en los bultos de café, seis, siete sombras. Eran los pasajeros de tercera. Dos italianos que regresaban, después de haber bus-

cado inútilmente trabajo en el interior de Colombia. Un español, criado de un torero, que viajaba en primera. Un húngaro enfermo, de ojos absortos, que se había dejado la barba como un convaleciente y que escupía a todos lados. Una señora que traía dos chiquillos. Un colombiano que venía de las provincias internas y que iba hacia el mar. Las gentes de las ciudades internas aman el mar que no han visto nunca. Lo imaginan complejo, difícil, enorme. Se asombran, cuando lo han visto, de su simplicidad. Además, le han agregado en la imaginación el poder maravilloso de enriquecer a los emigrantes. El emigrante encuentra siempre en el mar la liberación. Gutiérrez esperaba el momento en que el agua verdosa y remota le abriera una nueva vida. En ella ya vería la manera de entrar en un barco de grumete o de valet y de partir hacia otros países más hospitalarios, más grandes, donde el dinero correría plétórico y donde los hombres amanecían millona-

rios, después de haberse acostado la noche anterior hambrientos, sobre los bancos de los parques.

La señora que tenía dos chiquillos era también del interior. No se sabía adónde iba, ni qué quería exactamente. Sus ojos sonámbulos no dejaban adivinar nada de lo que la curiosidad excitada de los pasajeros quería saber. Todo lo hablaba con una vaguedad que no tenía nada de misteriosa, pero que

indicaba un cansancio de satisfacer a las preguntas, que paralizaba la curiosidad. Uno de los chiquillos corría por entre los pasajeros, reñía con ellos y lloraba toda la noche. El otro era silencioso. Su enorme cabeza vacilaba sobre el cuerpo delgado. El pecho era estrecho, pero el vientre brotaba hacia afuera, redondo y henchido. Toda la fuerza de la vida interior brillaba en los ojos. Grandes, duros, móviles. Como tenía dificultad para dirigir su cuerpo pesado, apenas vagaba los ojos en las órbitas para indicar su curiosidad. Nadie le había oído hablar durante la travesía. La señora apenas se preocupaba de los chicos. Especialmente al pequeño, al enfermo, le tenía un sentimiento que casi pudiera llamarse de miedo. Le huía con la mirada. Gutiérrez, el colombiano, había observado que sólo una vez saliera la señora de su calma sonámbula: fué para reprender al chico porque la miraba.

—Te he dicho que no me mires así...

Los pasajeros tenían simpatía por la señora. Sólo Gutiérrez, que pasaba larguísima rato mirando la corriente amarillosa y con la imaginación suelta por países remotos, no había procurado trabar conversación con ella. Le fastidiaba con sus ojos lánguidos, con sus movimientos lentos y con sus trajes claros, que infundían respeto entre los burdos pasajeros de tercera. El sentimiento de casta surgía entre aquellos desarrapados. Y, sin saber por qué, cada uno adivinaba una tragedia en la cual era protagonista la señora lánguida, tragedia que la obligaba a viajar así, en tercera, con ellos, que eran la resaca humana, los andrajos de la vida bohemia.

En cambio, Gutiérrez, hundido siempre en sus planes futuros, no daba importancia a la señora. Todo el día y hasta tarde de la noche estaba sentado en una vieja silla destartada, mirando el correr de la corriente. Cuando el barco marchaba a buena velocidad, asomaban por las bordas ondas de un co-

EL RIO SAGRADO

POR

ALBERTO LLERAS CAMARGO

ILUSTRACION DE ERNESTO ARANCIBIA

lor obscuro, rematadas por espuma. Y aguardando esas olas espumosas que anunciaban la velocidad, la marcha hacia el mar, su espíritu estaba inmóvil, agazapado, como un viejo tigre. Venía a la aventura. O por lo menos así había salido. Ya comenzaba a desesperarse de aquella aventura que no aparecía nunca. Con cincuenta pesos entre el bolsillo salió una mañana. Se iba porque sí. En la casa le vieron partir con una indiferencia hostil. ¡La casa! Otros recordaban el hogar. El, en cambio, tenía que hacer esfuerzos para no volver a ver aquella buhardilla de la calle de San Blas, en una barriada sombría, en donde había que trepar por una escalera grasienta. Las pisadas dejaron hacia el centro de la escalera una anchura franja gris. Crujía extrañamente cuando subía su padre, por la noche, hediendo a tabaco, a explicar por qué fracasaban las revoluciones obreras.

Aquel vidrio roto, encima de su cama, por donde en las noches de invierno se colaba un viento ruidoso y entraban bocanadas de frío. Por allí también veía el cielo, enrojecido con el resplandor de la urbe resonante de pitazos, de timbres, de voces humanas.

Y la cara enrojecida de la madre que, sentada junto a la cocinilla, estaba siempre mirando el fuego. Recordaba la boca desdentada de la hermana, y el día que rodó él por las escaleras, tropezando con el perro.

—Me voy.

—¿A dónde?

—No sé. A cualquier parte. Al mundo.

—Buen viaje. Envía dinero. En esos países se gana dinero—decía la hermana. Y dejaba ver el vacío trágico que había en su cabeza sobre esos países. "Esos países" comenzaban más allá del límite de la barriada, después de los tejados rojizos de la ciudad.

—Hay que pagar al casero—murmuró la madre.

—Nunca has servido para nada.

Era el padre. Creía a su hijo un imbécil, un soñador.

Después el tren. Luego el río. Otra vez el tren. Mozos de carga, robustos y charlatanes. Gritos de vendedores. Tierras de donde subía hasta la ventanilla un vaho espeso y acre. Frutas rojas, verdes, grises, ofrecidas por manos obscuras. Ruido de grúas en los puertos fluviales. Y luego el prodigio de la masa pesada de agua, la primera gran extensión parecida al mar que veía. El río corría impasible, debajo de un cielo azul, por entre la selva hosca.

Aquella noche habían pasado, como siempre, los cocineros repartiendo la comida en unos oscuros peroles de aluminio, y después de mirarlo, se retiraron murmurando:

—Está embrujado. Es la influencia del río sobre los de arriba, sobre los hombres de la cordillera.

—Siempre les pasa la primera vez. El río es peligroso... Y se alejaron, con fastidio, por miedo al contagio.

El oyó lo del embrujamiento. Por un momento vaciló. Se referían a otra cosa. Pero no. Estaba embrujado. Por eso tal vez no podía separar los ojos de la corriente, y lo que en un principio creyera admiración por el río, convirtiéndose ahora en un hechizo extraño. Era embrujamiento. Trató de sonreír, despreocupadamente, como hacen los miedosos cuando silban en las calles sórdidas para darse valor. Pero no pudo. Miró hacia el puente. Le parecía que los "bogás" negros lo señalaban con sus manos ásperas y mostraban sus dientes bárbaros y blanquitos. Sentía el horror del hechizamiento en el cuerpo. Por todas partes flotaba el vaho espeso de la corriente fluvial, que lo envolvía con su influencia siniestra, y un sudor lento, pesado, se escurría hacia abajo, por entre el traje, produciéndole escalofríos. En el puente, el húngaro dormitaba, con la cabeza doblada absurdamente sobre el cuerpo. Los italianos roncaban. El español conversaba con la mujer de uno de los italianos. La señora de los chiquillos lo miraba con su vaga sonrisa de cansancio.

—También ella ha de estar. Tiene los ojos enfermos.

Y la noche silenciosa se escurría sobre ellos.

Al fin, después de horas larguísimas de fatiga, de miedo, de insomnio, había conseguido dormir. Pero se despertó bruscamente, como si alguien le hubiera tocado en el hombro. Nadie estaba cerca de él. Eran nervios, esos estúpidos nervios cansados de viajar, fatigados de vibrar constantemente ante todos los paisajes nuevos y las emociones distintas. Pero, ¿por qué lo miraría así la señora de los chiquillos? Con un gesto de fastidio volvió la cara

hacia el otro lado. Pero allí estaba la corriente embrujada. Se arrastraba allí, al pie de las bordas, en silencio. No había luna, pero se adivinaba una vaga claridad blanquecina que rodaba sobre la extensión opaca de la corriente. Los "bogás" dormían, tendidos sobre los planchones, con el rostro al aire unos, otros panza abajo, como si hubieran caído muertos en una riña. ¿No estarían muertos? ¿El río no habría llevado hasta ellos su influencia adormecedora y fatal? Miró a la señora. No dormía tampoco, y seguía observándolo. Entonces creyó comprender: el encantamiento del río que pesaba sobre ambos, los atraería uno a otro. Se miraron en silencio, espíandose, con los ojos medio cerrados. La claridad vaga que corría sobre el río les daba en los rostros, que se tornaban lívidos, como la piel de las manos en los enfermos. Los ojos brillaban sobre las caras como los ojos de los lobos.

Algo macabro pasaba por sobre el puente.

Ambos se estremecieron. No. No era nada. Era el silencio. El miedo se enredaba en los cuerpos. Y los movimientos adquirían una precisión mecánica de autómatas. Se diría que alguien movía las cuerdas de los muñecos. Y los muñecos eran ellos. Gutiérrez no se sorprendió cuando vio levantarse a la señora y venir hacia él. Era fatal. Era algo que no dependía de ellos. ¡Los movimientos de la señora! Parecía aquello un guiñol movido por "alguien". ¡Ah! Sí. Era la influencia fluvial que manejaba todo. Se estrecharon con fuerza, aterrados, como para defenderse de un enemigo. Gutiérrez sentía dolor en los dedos, que oprimían con fuerza la carne desnuda de los brazos de mujer.

Bruscamente, rompiendo el silencio, haciéndolo pedazos, brotó el llanto del niño pequeño, del enfermo.

—Llora el pequeño. El no llora nunca...

—Es el río.

—Sí. ¿Pero por qué llora?

—Estará embrujado.

—¿El también?

—Todos. Vea usted. Ese húngaro. Bueno, ese húngaro va a morir. Lo va a matar el río. Me lo ha dicho un "boga"... Es el río que chupa a sus víctimas...

—Oiga usted al niño... ¡Es horrible!

El llanto parecía brotar de un pecho de enfermo. Se sentía la opresión de los pulmones que se ahogaban, como si alguien los oprimiera. Ambos miraron hacia el rincón donde sonaba el llanto. El chico parecía dormir. El llanto subía, se agudizaba, se entraba por los oídos y resonaba dentro de la cabeza. Se envolvía todo en un hálito de tragedia. El modo de llorar era raro. Fino, pulido, el grito, como si saliera de un viejo Stradivarius, parecía ahogarse y volvía a surgir. Era una sonata de desesperación.

—Nunca llora... Yo no me atrevería a ir hasta allá...

—Yo iré. Pero Gutiérrez no se movió de su puesto. Tampoco hubiera podido. La mujer se adhería a su cuerpo con una fuerza increíble.

El sentía que sus uñas desgarraban algo, que corría algo caliente por entre sus dedos.

Una luz blanca invadía todo el puente de tercera. Era una niebla que venía del río, que se desprendía de la corriente y subía, engarzándose en los objetos y envolviéndolos en una claridad vaga. Los rostros se veían lívidos debajo de la niebla.

—Mire usted—dijo ella, mostrando la niebla—. Es el río que se entra. Es la influencia mala que sube...

—No. Es la niebla... Pero Gutiérrez temblaba. Trataba de huirle, y marchaba hacia atrás.

El chico gritaba más. Ya no se podía sostener el alarido. Era un largo lamento, como los perros que "han oído la muerte". Una U larga, aguda, terrible.

De pronto se sintió ruido del lado del puente. Ambos volvieron a mirar hacia el ruido, así abrazados estrechamente, sudorosos, con un sudor espeso que brotaba en los poros de la piel y se quedaba inmóvil, sin rodar hacia abajo. Alguien caminaba por el puente, entre las sombras. Se oían los pasos vacilantes de uno que se orienta. Pasos isócronos, como si estuvieran marcados por un mecanismo.

Era el húngaro, que caminaba por el puente. Pasaba, sonámbulo, con movimientos rígidos, poseído de la vida mecánica que dominaba en esa hora. Parecía llevar cerrados los ojos, y, sin embargo, no tropezaba con los cuerpos de los "bogás" dormidos que estaban echados en el puente. Se orientaba, con las manos extendidas adelante, como

los ciegos. Entró al puente de tercera. Esquivaba las sillas, los cajones, los sacos de carga; no abría, sin embargo, los ojos. Se dirigió al sitio de donde surgía la voz estrangulada del chiquillo. Se inclinó en la sombra.

—¿Qué va a hacer?

—¿Quién sabe! Está enfermo...

El chico gritaba.

Lo levantó a la luz blanca que seguía viniendo del río. El chico estaba también cubierto de sudor, en pequeñas gotitas, el mismo sudor inmóvil que tenían ellos en el rostro. El húngaro acariciaba la cabeza deformada del pequeño. Bruscamente ambos tuvieron la seguridad de una tragedia. Les dolían ya los músculos de tanto como se habían estrechado uno contra otro, incrustados dolorosamente. El sentía la carne de la mujer que temblaba contra la suya. El húngaro avanzaba con el chiquillo en alto, como hacen las mujeres de las aldeas para hacer dormir a los niños. Le imprimía un balanceo suave. La enorme cabeza del degenerado parecía haberse dilatado más, y los ojos—lo único que tenía vida en ese cuerpo deformado, estaban cerrados con fuerza en un gesto vago de terror.

Seguía llorando, pero el grito se hacía cada vez más débil, como si se le ahogara en la garganta. El húngaro, envuelto en la niebla blanquecina, desapareció hacia la borda.

El grito se alejaba. A medida que se iba oyendo menos, volvía la calma al puente de tercera. Los músculos recogidos y tensos de la señora y de Gutiérrez se aflojaban, cansados del esfuerzo. El grito se alejaba más, como si se lo hubiera llevado la corriente del gran río, que se arrastraba contra las bordas. La voz lejana se perdía en la noche, en el gran silencio nocturno, aplastante. Se apagó bruscamente.

Silencio. El húngaro, siniestro en su dureza, en la inmovilidad del rostro, en los ojos inútiles, regresó, ya sin el chiquillo, con los mismos gestos medidos de muñeco. Nada hacía ver en él la más ligera memoria de un crimen.

Hubo más silencio, cuando se dejaron de oír sus pasos isócronos, como golpeteos del único reloj que hubiera bajo la noche. Seguía viviendo sujeto al "gran mecanismo" que dominaba sobre el puente de tercera, encima de la corriente sagrada.

Gutiérrez soltó a la mujer. El abrazo se concluyó por cansancio. Se miraron con sorpresa, como si quisieran adivinar cada uno en el otro lo que había sucedido. Ella estaba pálida, pero el sudor condensado en gotitas sobre el rostro comenzaba a correr y daba otra vez animación a la cara, inmovilizada, quieta por el espanto. La boca se entreabría con esfuerzo. Fue naciendo otra vez la sonrisa sonámbula, cansada, que tenía siempre. Parecía una convaleciente alegre. Con un gran suspiro de alivio se dejó caer sobre una silla vieja, que crujió. Ya ni siquiera se oía el ruido de la corriente contra las bordas. Todo estaba en silencio, y todos los pasajeros dormían tranquilos. El húngaro parecía dormir también.

—No ha sido nada. Ya pasó—murmuró ella. Pronunció esas palabras con un gesto de agradecimiento a Gutiérrez. El se inclinó y le preguntó al oído, misteriosamente, como si se sintiera cómplice de un crimen obscuro: —¿Y el niño?

—¡Ah! El niño... Y volvió a sonreír vagamente.

—Ha sido el húngaro. Lo ha arrojado... Yo lo he visto.

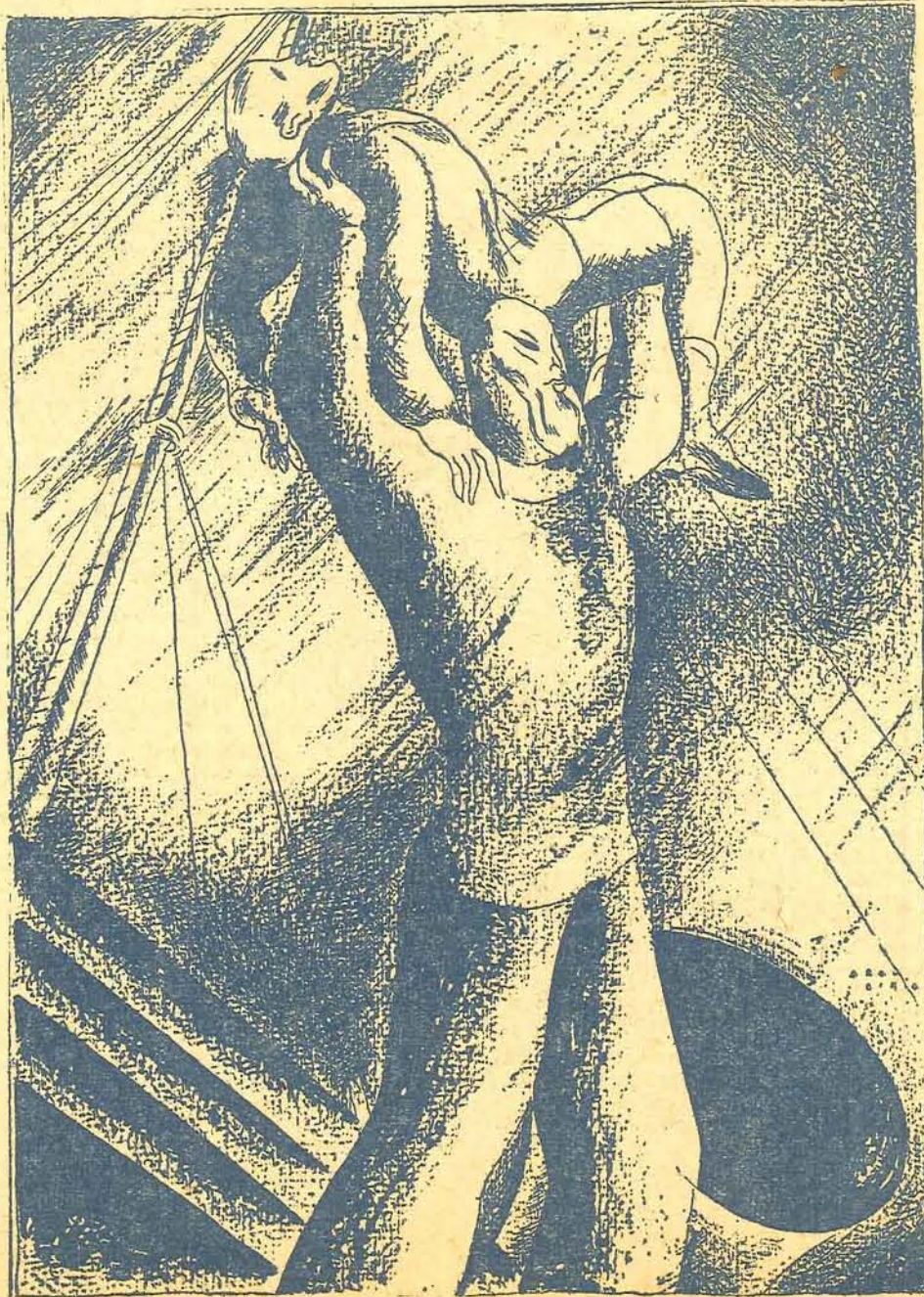
—No. Fué el río... Y después de una pausa desolada, donde no se oyó ningún ruido, porque todo parecía haberse hundido en un silencio universal: —Más vale así...

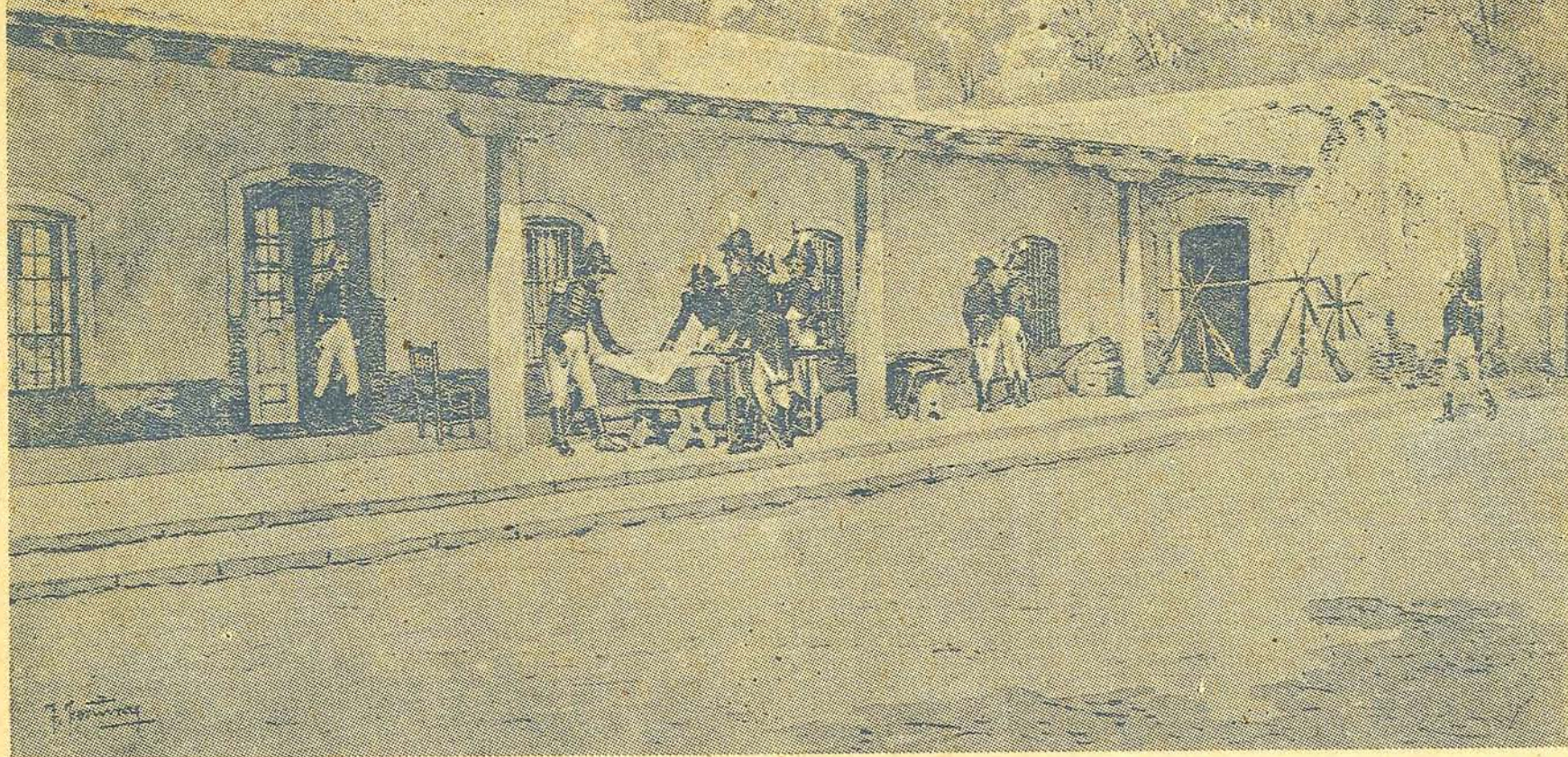
Gutiérrez se sintió cansado. Le dolía todo el cuerpo del esfuerzo anterior. Buscó un sitio cercano para sentarse. Desde donde estaba alcanzaba a adivinar la corriente fluvial. Ya comenzaba a amanecer. La niebla se había ido rompiendo, y una claridad definida comenzaba a dar a los objetos sus contornos precisos, claros, marcados. Con la luz los ojos comenzaron a dolerle, después de aquella noche insomne. Era el sueño. Todo se perdía. Todo daba vueltas alrededor de la cabeza. El mundo era un gran carousel que se oscurecía.

La señora dormía también.

Sólo el húngaro, doblado como una gran S, parecía estar recordando algo. Ahora sí tenía los ojos abiertos. El humo de su pipa retorcida se le enredaba en el rostro y le daba vueltas en la cabeza.

Afuera seguía amaneciendo, con pereza, lentamente, como amanece siempre en el trópico.





La casa del palomar

HACIA fines del siglo XVIII, es decir, la época de los virreyes, y por escritura de fecha 30 de octubre de 1805, el ciudadano

don Juan Antonio de Santa Coloma compró a don Juan Nepomuceno de Echeverría, un terreno de chacra ubicado en el partido de la Magdalena, del otro lado del Riachuelo, próximo a la estación Bernal, compuesto de 866 metros al Norte por 7794 de fondo. Lindando: por su frente con el Río de la Plata, por el Este con Francisco Moreno, por el Oeste con terrenos del Convento de Santo Domingo y por el Sur con el camino a Chascomús.

El comprador dirigió personalmente la construcción de la casa, cuyo trabajo fue realizado por sus esclavos y sirvientes, en forma tan sólida, que aun se conserva.

El edificio histórico tiene treinta y dos metros de frente, consta de diez y siete habitaciones, y es probable que en otros tiempos haya sido más grande aun, pues parte está en ruinas. Es de ladrillo y barro, con techos de azotea, pisos de baldosas, tirantes de palma y vigas de urunday. La carpintería de las puertas, ventanas y alacenas es de algarrobo, toda de marcos curvados con hierros hechos a fragua.

El palomar es enorme, teniendo alrededor de 2000 casillas, de acuerdo con la costumbre de entonces, en que los palomares de los alrededores de Buenos Aires abastecían de palomas el mercado de la ciudad.

Su propietario vivió allí muchos años, acompañado de su esposa doña Ana de Lezica y de sus hijos.

La casa, que cuenta actualmente más de cien años, ofrece todas las particularidades de las grandes construcciones señoriales de aquella época.

Situada sobre la barranca y mirando hacia la costa, una hermosa terraza natural, defendida por grandes árboles, le sirve de frente. Desde allí, la

Cuadro original de Francisco Fortuny, conservado en el museo de Luján y que representa al jefe británico rodeado por los comandantes de brigadas mientras estudia su plan de campaña. En el extremo del comedor figuran armas en pabellón armado con los famosos fusiles de chispa Tower que tienen las bayonetas caladas, sosteniendo la bandera británica que ostenta el "Union-jack"

tierra, dejándose caer en suave declive que va hasta el río, muestra un bellissimo e interminable paisaje.

Hacia esa misma terraza se abre un largo corredor monacal, al que tienen salida todas las habitaciones principales. Y dentro de ésta, bajas de techo, vacías, con sus puertas chatas y anchas, redondeadas arriba y con enormes bisagras de formas caprichosas, salvo su vejez, ningún vestigio ha dejado la época que pasó; parece por el contrario haber cedido sus tareas al tiempo que, injustamente, se ha ensañado con el viejo caserón.

En 1807: el teniente general Whitelocke y su estado mayor acampan en ella

El teniente general Juan Whitelocke, jefe de la segunda expedición inglesa a Buenos Aires, salió de Montevideo (en poder de los ingleses desde el 3 de febrero), el día 17 de junio, y después de tocar en la Colonia, desembarcó en el puerto de la Ensenada el 28 de junio de 1807, con 7822 hombres, sin contar algunos destacamentos de marinería que ayudaban a mover la artillería, etc., en la retaguardia.

Dispuso su ejército en tres agrupaciones: la vanguardia al mando del general Lewinson Gower, el grueso a cargo del

LA CHACRA DE SANTA COLOMA EN BERNAL

DONDE ACAMPO EL GENERAL WHITELOCKE

POR
ARTURO F.
GONZALES



El teniente general inglés John Whitelocke (1807)

mismo Whitelocke y la retaguardia bajo el mando del coronel Mahon, las que marchaban bastante separadas para proveerse de carbón y leña en las estancias donde hacían alto.

En la tarde del 10. de julio, llegó la vanguardia a vivaquear sobre la barranca, entre las actuales estaciones Bernal y Wilde, ocupando su estado mayor las casas de la chacra de Santa Coloma, mientras que el grueso llegaba a Reducción (Quilmes), unos cuantos kilómetros atrás. La retaguardia seguía a una jornada de distancia.

La vanguardia tenía a la vista la ciudad de Buenos Aires, del otro lado del valle del Riachuelo, y supo que fuerzas importantes estaban cerca del Puente de Gálvez (Barracas).

Durante la noche se veían las fogatas de esas tropas, como también otras que se suponían eran del puente que se estaba quemando, y de barcas que no querían cayeran en manos de los ingleses.

El vivac en la chacra de Santa Coloma, en la noche del 1 al 2 de julio, tiene cierto interés, pues, la separación del grueso, de la vanguardia, que se operó el día 2, fue, según dijo Whitelocke en el Consejo de Guerra que lo juzgó en Londres, "el origen de todas sus desventuras".

Una brillante oficialidad mandaba la segunda invasión inglesa

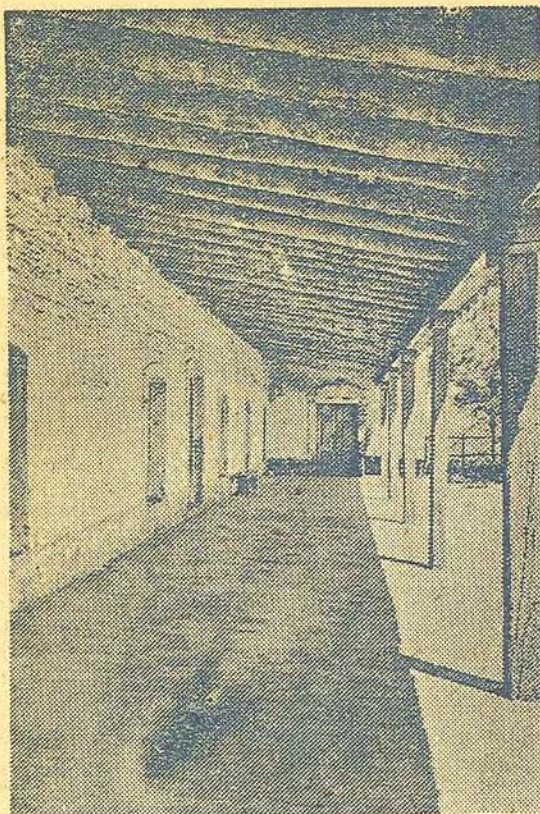
Con el general en jefe, iba el brigadier general Sir Samuel Auchmuty; el secretario, teniente coronel Torrens; el cuartelmaestre, teniente coronel Bourke, y el edecán, capitán Whittingham.

El general Whitelocke, como pasó con Gower, jefe de la vanguardia, tenía oficiales muy superiores a su propia personalidad. Sir Auchmuty, que se había distinguido en muchas campañas, entre otras la de Egipto, acababa de tomar a Montevideo por asalto, y siguiendo luego su carrera, principalmente en la India, murió en Irlanda como comandante en jefe; Torrens fue después secretario del Duque de Wellington; Bourke se distinguió en el Estado Mayor de Wellington y ocupó el cargo de gobernador de Australia. En cuanto a Whittingham, fue el único oficial inglés que peleó en Bailén (donde estuvo San Martín), ascendiendo luego a general de caballería al servicio de España en la guerra contra Napoleón, para morir en Madrás (India) muchos años después, como comandante en jefe de las tropas inglesas.

Gower era un general sin condiciones mas no así sus subalternos. El general Craufurd cayó a la cabeza de la división ligera que él organizara, en el asalto de Ciudad Rodrigo, siendo enterrado en la misma brecha por orden de Wellington; el general Lumley mandó la caballería en la citada guerra de la Península, y el coronel Pack, después de estar al frente de una división del ejército portugués bajo Beresford, mandó otra división inglesa en Waterloo, donde Frazer tenía a sus órdenes toda la artillería inglesa.

Los húsares de Rodríguez capturaban enemigos a tiros de lazo

Las condiciones en que se encontraba el ejército inglés no eran muy halagüeñas, es-



El amplio corredor del histórico edificio, cuya techumbre está sostenida por palmas del Paraguay y vigas de ñandubay, reforzadas con gruesas zapatas

pecialmente por la falta de caballería.

Es verdad que venían los regimientos 6, 9 y 17 de dragones, pero éstos estaban desmontados, por haber sido imposible conseguir en Montevideo caballos en suficiente cantidad. Los pocos que había se destinaron a los jefes, la artillería y los viveres, quedando con la vanguardia al llegar a Bernal, apenas una docena de dragones, montados, y eso en caballos cansados debido a la escasez de forraje, y otros de repuesto.

Esta circunstancia permitía que los húsares de Pueyrredón, a las órdenes de su comandante, D. Martín Rodríguez, formaran una especie de cortina alrededor de cada columna inglesa, a la distancia de un tiro de mosquete, lo cual imposibilitaba los reconocimientos y hacía difíciles las comunicaciones entre las columnas, cuyos jefes se veían obligados a mandar una compañía de infantería como escolta de cada soldado en comisión.

Además, cualquier rezagado era inmediatamente prendido. El ayudante de Gower fué enlazado al pretender llevar una orden desde la primera hasta la segunda brigada, y otro oficial fué sableado al adelantarse dos cuadras. También se enlazaba a los centinelas desculados, tanto en los altos de día como de noche.

La vanguardia invasora llega a los Corrales de Miserere

La falta de caminos, las lluvias y la escasez de caballos hacía difícil el aprovisionamiento. Las tropas vivaqueaban en las estancias — algunas de las cuales, como la de Pereyra, todavía existen entre La Plata y Quilmes — donde conseguían ovejas y leña.

Era más costoso proveerse de carne de vaca, pues a los vacunos tenían que obtenerlos a balazos, debido a que sólo al general de caballería Lumley se le ocurrió traer de Montevideo unos peones criollos para enlazar el ganado.

Durante la noche del 1 al 2 de julio, la vanguardia fué atacada varias veces en su vivac por los húsares, y como llovía copiosamente, la tropa tuvo poco descanso.

El general Whitelocke, durante la tormenta, como a las dos de la mañana, llamó a su secretario y le ordenó escribirle a Gower, para que a primera hora marchara sin reconocimiento previo, directamente al

primer paso

aguas arriba del puente de Barracas flanqueando así a Liniers, y siguiera a la Recoleta, donde el lo alcanzaría con el grueso.

Tanto el secretario como el cuartelmaestre trataron de disuadirlo de cambiar sus primitivas disposiciones, que eran las de atacar al enemigo de frente y seguirlo hasta el fuerte; pero Whitelocke insistió, arguyendo que el mal tiempo reinante hacía indispensable poner al ejército bajo techo tan pronto como fuera posible, y conseguir pan y otros viveres. Ordenó, además, que Gower al llegar a Buenos Aires, intimara rendición a la plaza.

A las nueve de la mañana del día 2, habiendo cesado la lluvia, marchó la vanguardia desde Bernal.

Llevaba como guía principal al norteamericano Guillermo White, quien años atrás había tenido negocios con el almirante Popham en la India, y luego ya establecido en Buenos Aires, había facilitado mucho la invasión del año anterior bajo Popham y Beresford, circunstancia que le obligó a escaparse a Montevideo después de la Reconquista.

White resultó un excelente guía, conduciéndolos por los terrenos más altos hasta el Paso Burgos (ahora Puente Alsina) y desde allí directamente a una quinta de su propiedad cerca de los Corrales de Miserere, en donde ya sus agentes habían acopiado galleta para la tropa.

Liniers, que había dispuesto todo su ejército en línea de

La casa de Santa Coloma, cuyas puertas, ventanas y rejas se hallan actualmente en el Museo de Luján

batalla en Barracas al Sur, al darse cuenta de la marcha de Gower, mandó un cuerpo de caballería para interceptarle el paso, pero éste fué fácilmente batido, y se retiró precipitadamente atravesando el Paso Burgos en dirección a la ciudad.

Después, con parte de su ejército cruza el puente de Barracas y marcha al Once con el fin de impedirles a los ingleses el avance hacia la Recoleta, mas se encuentra con el enemigo al anochecer, es dispersada su fuerza y pierde los cañones.

Gower parece haber entendido mal sus órdenes, pues en vez de seguir hasta la Recoleta, se quedó a la espera del grueso, en el mismo terreno del combate.

Whitelocke inicia tardíamente el asalto a la ciudad

Whitelocke, que no tenía planos ni buenos guías, marchó de Quilmes a las diez y media de la mañana con intención de seguir a la vanguardia.

Dió órdenes a sus guías, de nombre Guessi y Mariano, de un modo tan confuso, que éstos, sea por mala fe, mal entendido o ignorancia, decidieron llevar el grueso a cruzar el Riachuelo muy arriba, es decir, por el Paso Zamora, más allá del Bañado de Flores y cerca de los Mataderos de Liniers, donde la barranca llega hasta pocos metros del río.

Se avanzó entonces por los

El enorme palomar que contenía alrededor de dos mil casillas



terrenos altos, sin tener a la vista a la vanguardia, que había marchado más temprano, en otra dirección y por campos más bajos.

Debido a la falta de caballería para mantener el contacto con las dos columnas, esta separación no pudo corregirse, y Whitelocke resolvió vivaquear en una estancia sobre las Lomas de Zamora, como a las tres de la tarde.

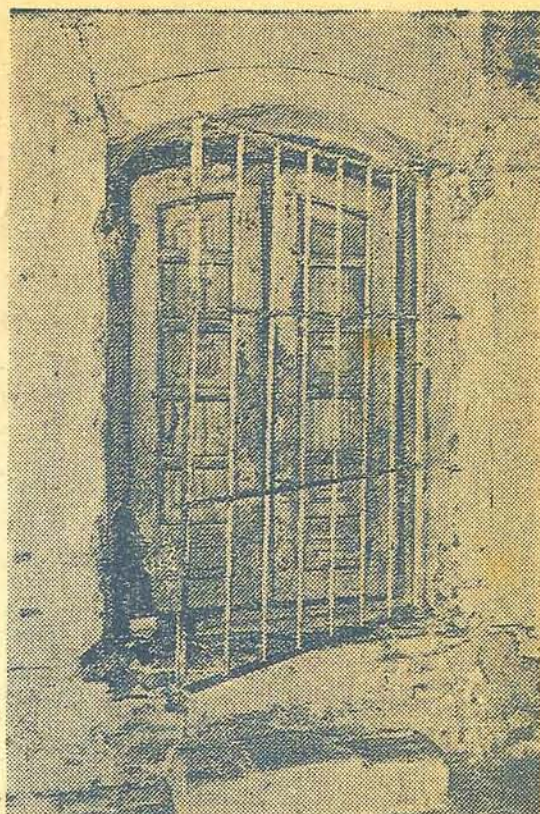
Al amanecer del día 3, la columna vadeó el Paso Zamora, encontrándose con una compañía de Gower, y siguiendo el camino de los actuales Mataderos de Liniers y la calle Rivadavia, llegaron al Once después de mediodía.

Allí ordenó Whitelocke, aconsejado por Gower, formar las dos columnas en líneas de Norte a Sur, con su cuartel general en el Once, para asaltar a Buenos Aires por las calles que corren de Oeste a Este, en lugar de llevar a cabo su plan anterior, de reconcentrar todo el ejército entre Retiro y Recoleta, ponerse en contacto con la escuadra, y, alcanzada esa situación, resolver la forma del ataque.

El asalto a la ciudad tuvo lugar el día 5, con el resultado desastroso que todos conocen.

La falta de caballería fué causa de la derrota

Ante el Consejo de Guerra que lo juzgó en Londres, Whitelocke dijo que si no hubiera sido por su separación de la vanguardia, habría podido prescindir de su plan, y la mis-



Curiosa reja de ventana, giratoria y asegurada con pernos

ma noche, o a la mañana siguiente, marchar desde el Once hasta el Fuerte, casi sin oposición, aprovechando que se encontraba la ciudad en la más grande confusión, parte de su ejército dispersado en Miserere, Liniers vagando por la Chacarita, y la demás tropa completamente desconcertada, en sus casas.

Probablemente Whitelocke tenía razón, ya que una vez vuelto Liniers al Fuerte, reconcentrado su ejército y distribuido en cantones, más la ayuda y el entusiasmo de todo el pueblo con Alzaga a la cabeza, el problema cambió por completo.

De cualquier modo, el general inglés era responsable de la separación de sus columnas, pues sabiendo la imposibilidad de mantener el contacto a causa de la falta de caballería, debió haberlas unido antes de marchar.

La casa centenaria es hoy un "oratorio festivo"

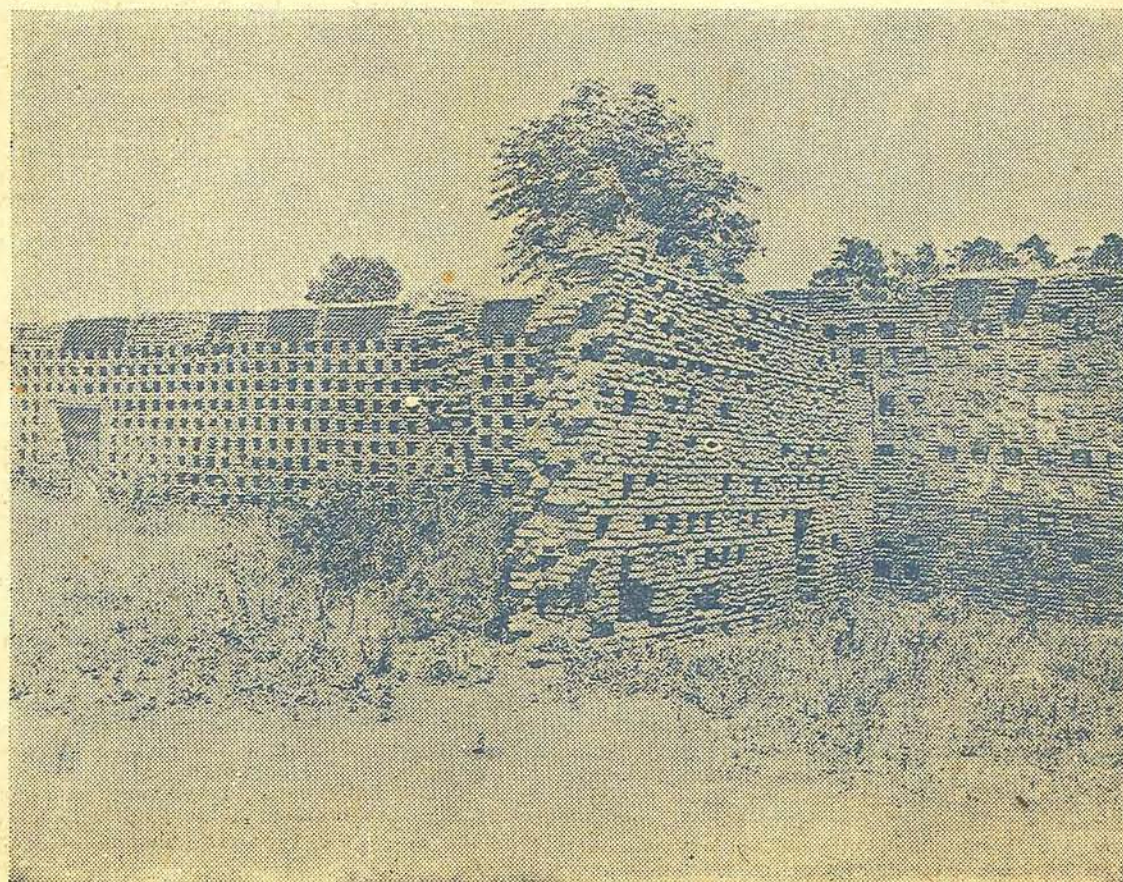
Ocurrido el fallecimiento de don Juan Antonio de Santa Coloma, la chacra pasó a poder de su esposa doña Ana de Lezica y sus hijos, a quienes les fué adjudicada en condominio.

En 1868, por muerte de la señora de Santa Coloma, quedaron como propietarios sus hijos, y en 1893 toman posesión de la chacra doña Gerónima de Lezica de Crámer y doña Rosa de Santa Coloma.

Fallecida esta última, instituyó por única y universal heredera a su sobrina doña Gerónima de Lezica de Crámer, casada con don Julio Crámer, hijo del coronel de la Independencia don Ambrosio Crámer, que militó en los ejércitos napoleónicos y de San Martín, cayendo muerto en la batalla de Chascomús, en 1839, y contándose entre los mártires ilustres de la tiranía.

Una vez desaparecida la señora de Crámer, sus hijas, interpretando sus deseos, cedieron la casa y terreno adyacente a las hermanas salesianas de María Auxiliadora, quienes se hicieron cargo del local, inaugurando un "oratorio festivo" el 16 de noviembre de 1923, siendo madrana del acto la señora del presidente de la Nación, Dr. Alvear.

En el histórico edificio, las hermanas realizan una obra provechosa, pues en forma gratuita reúnen a las niñas de los obreros de las inmediaciones, les dan enseñanza moral, diversas clases y entretenimientos, haciendo así una obra de cultura y de caridad, digna de encomio.



SU Excelencia entregó el bastón, el sombrero y los guantes al galoneado portero que le había seguido desde el ascensor, y se sentó con aire fatigado en su imponente sillón. Sobre la mesa, atestada de papeles, teléfonos, timbres y útiles de escritorio, se veía un pequeño montón de cartas, dos o tres revistas y algún libro. Examinó, sin interés, las primeras y dijo al ujier que esperaba en la puerta:

—Apague la lámpara del centro y diga a la señorita del teléfono que me avise cuando llegue el Presidente. Y llame a Tejada.

—En seguida, Excelencia — dijo el fiel servidor desapareciendo tras la mampara.

Pasaron unos instantes y se presentó Tejada.

—¿Da permiso Su Excelencia? — dijo, entreabriendo la puerta.

—Sí, amigo Tejada. Entre usted — contestó el ministro.

—Con permiso. Buenas noches, señor ministro.

—Hola, Tejada. Buenas noches. ¿Qué hay?

—Nada de particular, excelentísimo señor. Un oficio de la Presidencia sobre la cátedra de filología, una carta del general Cámara pidiendo unos antecedentes sobre...

Y le fué pasando papeles que el ministro examinaba, rubricaba o firmaba haciendo observaciones y dando órdenes varias.

Tejada, ya a punto de salir, dijo:

—Ha venido el nuevo auxiliar del Secretariado que nos recomendaron en la Cancillería.

—¿Y cómo es?

—Parece buen chico. Muy joven. Si usted desea, le diré que venga. Justamente me ha pedido que le presente a los jefes.

—Bueno. Dígale que venga dentro de... un cuarto de hora.

—Entendido — dijo Tejada retirándose y reteniendo la mampara para que no diese un portazo.

El ministro se quedó solo y con aire displicente se entregó a la tarea de ir abriendo cartas y de tirarlas en su mayoría al cesto de los papeles después de echarles una ojeada sin gran detenimiento. Luego encendió un pitillo, tosió malhumorado, tomó uno de los expedientes que tenía sobre la mesa y se dispuso a repasar atentamente sus papeles. De cuando en cuando tomaba una nota. Poco a poco fué interesándose en el estudio de la cuestión y tuvo que encender dos veces el cigarrillo que al fin, dejándolo en un cenicero, se fué consumiendo lentamente.

De pronto alguien entreabrió la puerta y se oyó una voz saturada de timidez que decía:

—¿Da permiso Vucencia?

—Adelante — contestó secamente el ministro.

La mampara se abrió y apareció en el fondo oscuro de la puerta un jovencito de bigote incipiente, bien vestido y tembloroso que, con voz tenue y como el que recita una lección, dijo:

—Perdone usted, señor ministro, pero deseaba presentarle mis respetos. Soy el nuevo auxiliar. El señor Tejada me dijo que...

—¡Ah! Sí — repuso con frialdad el jefe —. ¿Es usted el nuevo empleado que nos manda la Cancillería?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba usted antes?

—Pues... en Cancillería.

—¿Y por qué dejó usted ese servicio?

—No lo dejé. He sido trasladado. Ignoro las causas. Me han dicho que por economía.

—¡Magnífica razón! Ambas son oficinas del Estado. Para hacer economías se quita un empleado de una y se pasa a otra. ¿Gana usted más?

—Sí, señor. Un poco. Muy poco.

—¿Ve usted? ¡Famosas economías!... ¿Y está usted contento, al menos, de haber cambiado?

—Sí, señor. El trabajo de este departamento parece más interesante.

—Menos mal. Bueno. Pues, que tenga usted suerte. Tejada le impondrá de sus obligaciones.

—Descuide Vucencia. Yo no deseo más que trabajar y merecer la estima de mis jefes.

—¡Excelente propósito!... ¡Ah! Y, ¿cómo se llama usted?

—Mariano García Rosas, para servirle.

—¡Hombre! ¿Será usted pariente, por casualidad de un Rafael García Rosas que se distinguió mucho en la política de hace algunos años, cuando



AÑAGAZAS DEL TIEMPO

Por FRANCISCO AGRAMONTE

ILUSTRACION DE BARTOLOME MIRABELLI

acababa de subir al trono don Alfonso?

—Era mi padre.

—¿Cómo? ¿Es usted hijo de Rafael García Rosas?

—Sí, señor.

—Y... ¿qué es de él?

—Murió hace siete años.

—¿Murió?

—Y... su madre de usted. ¿No es doña Carmen Mosquera, condesa de Rocafria?

—Sí. Ella vive. Vivimos juntos aquí en Madrid. Ahora estamos solos. Mi hermano Manolo, que es militar, está en Canarias.

—¿Y no usa su señora madre el título?

—No, señor. Mi padre, al morir, nos dejó en una situación económica algo difícil y tenemos que vivir en un plan que no concuerda con los títulos de nobleza.

—¡Vaya por Dios!

—Entonces, señor ministro, ¿conoce usted, sin duda, a mis padres?

—¿Sí conocí?... ¡Oh, sí, ciertamente! He sido muy amigo de su padre de usted... sí... Y de su mamá. ¡Ya lo creo!... Pero hacía mucho tiempo que les había perdido de vista. Yo he viajado tanto y he vivido tantos años fuera de aquí que... No. No sabía... ¡Pobre Rafael! Y ¡pobre Carmen! En fin, ya sabe usted, como hijo de dos amigos de... mi juventud, me merece la mayor simpatía. Tendré gusto en tenerle a mi servicio. Puede usted retirarse. He tenido un placer en conocerle. En mí tiene un amigo. ¡Vaya usted con Dios! Y ¡que tenga mucha suerte!

El joven salió sin poder expresar, como deseaba, su gratitud al jefe, y éste, que le había acompañado hasta la puerta con creciente nerviosidad, se quedó solo, de pie, en medio de la habitación y sumido, al parecer, en un mundo de recuerdos.

¿Con que aquel jovencito era hijo de

Rafael y de Carmencita! ¿Era posible? ¡Aquella niña que había sido su primer amor! ¡Aquella encantadora figura alta, esbelta, graciosa, que tenía cara de virgen de Rafael, con ojos negros de fuego y bucles color caoba relucientes como el cobre iluminado por el sol! ¡Aquella maravillosa muñeca que le había sorbido el seso y le había hecho pensar seriamente en casarse a los veinte años! ¡La primera mujer que le había dicho: "¡te quiero"! ¡La que había costado tantas lágrimas a su celosa y severa madre! ¡La que había estado a punto de hacerle matar a su mejor amigo! ¡La que le hizo emigrar a Inglaterra y luego a Alemania y que, al fin, había sucumbido a la ausencia casándose con su odiado rival, el traidor amigo que les servía de mediador para la apasionada y absurda correspondencia que durante tres años había mantenido con su amor imposible!...

Y era aquel el hijo de Rafael, su adversario político más tarde, que tantas veces le había batido, como consumado maestro que era en las lides electorales y parlamentarias!... ¡Y pensar que aquel amor malogrado, aquella amistad truncada, aquellos odios primeros, todas aquellas pasiones que sirvieron de base a su carácter, a su vida toda, un día se le presentarían en forma carnal y palpable, en la persona de aquel joven distinguido, en fin de cuentas simpático, y nuevo, del día, serio, musculoso, de facciones tostadas por el aire y el sol a través de las cuales se distinguían los trazos del mal amigo y de la mujer voluble y perturbadora de su existencia! ¡Qué misterio el encadenamiento fatal y absurdo de las cosas! ¡Qué ironía la del destino enturbiando bruscamente la ecuanimidad de un alma con un simple hecho, la presentación de un subordinado a su jefe, la minucia más trivial de la vida administrativa!

En un minuto ¡qué tempestad de re-

cuerdos se había desatado en su alma! ¡Qué de sensaciones olvidadas! ¡Qué de inquietudes en aquel corazón ya medio petrificado!

¿Cómo analizar los sentimientos que agitaban su espíritu?... Aquel muchacho era la encarnación de la falacia del amigo, de la inconstancia de la ingrata... Y sobre ello, como una losa abrumadora, las dos ideas angustiosas: la muerte y la pobreza... ¡la miseria, quizá!

Su Excelencia volvió a la poltrona con la frente arrugada y la boca contraída en un rictus amargo. ¡Bah!, después de todo, aquello había ya pasado y, luego, habían pasado, también, muchas cosas... Nada podía volver. ¿Por qué resucitar pasiones olvidadas? A aquel empleado, dada su humilde categoría, no le volvería a ver más. ¿Qué importaba que estuviese a sus órdenes? ¿Qué impedía darle al olvido y pasarle al mundo de lo no existente?

Su Excelencia volvió a engolfarse en su revuelto expediente, encendió un nuevo pitillo y, haciendo un gesto de glacial indiferencia, mandó a paseo in mente al nuevo auxiliar y a toda su enojosa familia.

Transcurrieron algunos días.

El ministro despachaba regularmente con Tejada y ni el uno ni el otro mencionaron una sola vez el nombre del joven empleado.

Un día, al ir a firmar el jefe cierto documento, advirtió en él un error de alguna entidad: de no haberlo visto a tiempo, se hubiera producido un regular conflicto con la Dirección General. El ministro se quejó acremente de la incuria de la Secretaría. Tejada, muy molesto, dijo:

—Tiene razón Vucencia. He debido repasarlo antes de ponerlo a la firma. Es cosa de ese muchacho, García Rosas, que es algo atolondrado, pero no volverá a ocurrir: voy a llamarle la atención seriamente.

—¡Ah! ¿Lo ha hecho el nuevo auxiliar?

—Sí, señor ministro.

—Entonces... Tejada... Mire usted: más vale que no le riña. ¡Pobre muchacho! Hay que tener indulgencia. Todos hemos comenzado por hacer tonterías. Ya aprenderá. Dígale usted algo, pero sin acritud. No hay que asustarle.

—Muy bien, señor ministro: pero creo que reprendiéndole un poco se le hace un bien y es mejor para el servicio...

—Sí. Claro. Pero no hay que ser demasiado severo. La juventud, querido Tejada, es algo divino que tiene sus fueros y merece por lo menos indulgencia.

—Bien, bien: como Vucencia disponga.

Y se fué el celoso funcionario diciéndole para su capote: ¡Qué cosa más rara! ¡Jamás he visto al jefe tan benévolo con sus subordinados! ¡Aquí hay misterio!

Tejada, que no era lerdo, aprovechó la lección y, en la sucesivo, en cuanto se deslizaba algún lapsus en el servicio, daba la coincidencia de que era cosa de García Rosas y siempre con el mismo éxito. Decididamente le había entrado el jovencito por el ojo derecho.

Un día se produjo una vacante en el personal. Tejada propuso al ministro los nombres de dos o tres viejos funcionarios para cubrirlo. El jefe hizo varias objeciones y el nombramiento quedó en suspenso. Había gran expectación en la casa para adivinar quién sería el favorecido. Empezaron a caer recomendaciones en la Secretaría y Tejada, sin comprender las cavilaciones del ministro, le apremiaba discretamente para que se decidiese. Hasta que, un día, éste le dijo con cierta vacilación:

—Oiga usted, Tejada. ¿Y si diésemos la plaza a ese muchacho... a García Rosas? Parece que está algo mal de dinero. Alguien me ha dicho que tiene que ayudar a mantener a su madre viuda...

Tejada se creía víctima de una alucinación.

—Pero ¡si acaba de entrar en la casa! ¡Si es un muchacho! ¡Si no tiene apenas un año de servicio!... Y los otros...

—Sí, pero ya sabe usted: las corrientes modernas, en materia de administración, son favorables a los jóvenes. Hace falta sangre viva, fuerte, con iniciativas y entusiasmo. Eso de dar los puestos de importancia a los viejos burócratas, incapaces de pensar por su cuenta, víctimas de la aberración pro-

(Continúa en la pág. 33)

LA PINTURA EN FRANCIA UN COMPAS DE ESPERA

He leído recientemente, en las revistas de "vanguardia", varios artículos sobre Paolo Uccello, que vuelve a estar de moda. En las revistas se es con frecuencia bromista. Se coloca frente a frente un informe pintorresco de algún aprendiz extremista y la reproducción de un Primitivo, que se escoge entre los más desconocidos, a fin de dárselas de erudito. Se toma, por ejemplo, a Margaritone d'Arezzo o a Johannes Allamannus, a quienes el público no conoce, y se hace ver cómo sus defectos se parecen a los de los pintores de Montparnasse. Paolo Uccello es más conocido. Tenía el apodo de Uccello porque le gustaban mucho los pajaritos. Vivía en Florencia. Hizo algunas bellas cosas, frescos, cuadros de batallas en los que el entrecruzamiento de las largas lanzas rojas o blancas es de un hermoso efecto. Pero, en fin, su época era tan rica en hombres de genio que Uccello, al lado de ellos, parecía muy secundario. Lo preocupaban los problemas de la geometría, y especialmente de la perspectiva. Esto se había vuelto en él manía. Cuando velaba demasiado tarde, su mujer lo llamaba, y él le respondía suspirando: "¿Qué cosa tan grata es la perspectiva?" Por último, no quiso dejar ver sus telas y se encerró para pintar un cuadro en el que quería reunir todo lo que había aprendido meditando sobre los secretos de su arte. Este trabajo duró largo tiempo. Por fin, invitó a su amigo Donatello para que fuese a verlo, y descubrió la tela que mantuvo tapada. Donatello lanzó una exclamación y dijo: "¡Oh, Paolo, tapa ese cuadro!" Y huyó afligido, porque quería mucho a Uccello y acababa de comprender que se había vuelto loco. El cuadro no representaba más que un montón de líneas enredadas. Poco después, Uccello murió, y en su mano crispada se encontró un trozo de pergamino en el que estaban inscriptos muchos rasgos dentro de una circunferencia.

Uccello ha sido, pues, el antecesor de nuestros cubistas, pero era realmente loco, mientras que éstos sólo lo simulan, a fin de que se hable de ellos. Declaran que hay que hacer algo nuevo y se limitan a copiar cosas del siglo XIII. En los magníficos Giotto, de Padua, se advierten muchos robos de los pintores de ahora, pero sin la sinceridad la fe y el genio de Giotto. Sólo se le imita en los errores, debidos a un ingenuo deseo de simplificación. Ese es el sello de las épocas fatigadas, y la nuestra lo está enormemente. Se ha escrito un panfleto contra el "estúpido siglo XIX". Se podría más bien aplicar ese epíteto al siglo XX, que ha cumplido su primer tercio. Ha visto ya varias guerras atroces, una pasión brutal por los deportes, una inmoralidad creciente y una profunda decadencia en la cultura intelectual y en el arte.

Los partidarios de la pintura extremista exaltan a algunos pintores muy discutibles, cuya gloria ha sido fabricada por la prensa y los mercaderes sindicados; y una vez que esos nombres se han vuelto célebres por esos medios, preguntan en son de reto cuáles son los que se les podría oponer, qué lista se podría colocar frente a la de ellos. Sería inútil responder al desafío, pues cualesquiera fuesen los nombres propuestos, en seguida afirmarían que no valen nada. Por otra parte, los artistas serios y modestos,

como hay muchos en Francia, se limitan a trabajar en sus casas y carecen de habilidad para interesar en su favor a los publicistas y a los comerciantes. En fin, la gloria, que antes se obtenía lentamente por el mérito de las obras, ya no tiene ese significado, habiendo perdido mucho de su valor moral. Creo que falsos maestros como Picasso, Dufy, Derain, Utrillo, Van Dongen, pueden ser tan ricos y tan célebres como los falsos maestros de antes, Meissonier, Cabaud, Detaille o Bouguereau; pero desaparecerán en el mismo olvido, porque son igualmente malos en un género opuesto. Eso no es una razón para que forzadamente se encuentre y ponga en su lugar a artistas dignos de las grandes épocas, porque desgraciadamente no se producen todos los días. El hecho que lo domina todo es que actualmente no hay grandes pintores en ninguna parte. Hay que tener el valor de decirlo, aun a riesgo de que se enoje todo el mundo. Hay muchos buenos pintores y algunos son excelentes. No los hay grandes en el sentido incontestable de la palabra. En vano se buscaría en todos los países del mundo un Delacroix, un Franz Hals, un Goya, un Tintoretto. En nuestra época, toda la jerarquía de los méritos está subvertida, y si un artista produce una buena tela, se habla de genio y de obra maestra: es una niñería que no oculta la verdad.

En semejante situación lo esencial es primero restablecer el orden en las condiciones materiales de las artes, que varias veces he expuesto aquí. Es preciso tratar de agrupar a las gentes sinceras, de arrancar el arte a los especuladores, de defender la tradición contra el bolchevismo y de limpiar el terreno, a fin de que puedan germinar en él grandes temperamentos si es que vuelve a haberlos. Nada puede prosperar en una tierra en que se ha dejado propagarse a la cizafia. Lo que cierto clan pondera con gran estrépito, y por medio de procedimientos sospechosos, ¿puede ser un Renacimiento, como pretenden? ¿Es simplemente una anarquía y una grosera parodia de los primitivos? Es fácil darse cuenta de ello examinando las teorías y las obras. ¿No sería acaso un beneficio y una satisfacción para todos el que nos fuera realmente dado el saludar genios nuevos, con certi-

dumbre y autenticidad? ¿Es tan agradable ponderar como penoso censurar? ¿Por qué razón extraña me negaría yo, por ejemplo, a encontrar maravillosas a personas como Picasso, Derain o Utrillo, a quienes no conozco ni de vista? Pero es imposible mentir, y es imposible someterse a declarar grandes hombres a quienes no lo son absolutamente, y que

unos que ni siquiera tienen talento y que ocultan con la excentricidad su medianía profunda.

¿Le será tan difícil a la vanidad humana el hacer una confesión leal? ¿Por qué obstinarse en exigir la continuidad forzosa de los grandes creadores y daries ese bello nombre a cateadores impotentes? No hay más remedio que

acordarles a ciertos árboles frutales el derecho de no dar frutos más que cada dos o tres años. ¿Por qué le negáramos a una época el derecho de estar fatigada y momentáneamente estéril? Es absurdo querer a toda costa que los hombres de alto valor sean continuamente reemplazados por otros para satisfacer la simetría en el cuadro de conjunto de un período. Eso recuerda las ventanas simuladas que los malos arquitectos ponen al lado de las verdaderas. Francia ha hecho un enorme gasto de talentos y aun de genios con la generación de los Monet, Renoir, Degas, Claude Monet, Puvis de Chavannes, Bessard, Fantin-Latour, Pissarro, Sisley, Rodin, Dalon, seguida por la generación de los Carrière, Forain, Cottet, Raffaelli, Maurice Denis, Lautrec, Le Sidaner, Bourdelle y tantos otros que han esparcido gloriosamente el nombre francés a través del mundo. ¿Se cree puede ceder a la naturaleza a dar a voluntad y sin reposo semejantes? A la naturaleza le agrada andar despacio. Al volver del entierro de Mallarmé, Rodin me decía: "¿Cuánto tiempo necesitará la naturaleza para

esto tanto más cuanto que, según todos lo dicen, Francia, tal cual está, sigue dominando.

La esterilidad de la pintura existe casi igual en todas partes, salvo en España y en Inglaterra. Pero París sigue siendo el mercado de la pintura. Esto no quiere decir que todos los extranjeros que vienen a él sean deseables. De algunos de ellos se proclama el genio: si lo tienen realmente, ¿por qué privan de él a sus patrias, a las que harían muy bien en volver? Por lo demás, hay vivas protestas. Los pintores de Montmartre han lanzado recientemente un manifiesto para decir todo su desprecio por la especulación mercantil y declarar que Montparnasse, aglomeración internacional, carece de todo título para decirse "centro espiritual del arte francés". Todo el mundo se ríe de los absurdos del ultraísmo y de la pintura cerebral. Los italianos futuristas del "Novecento", de Milán, que predicaban la "pittura metafísica", vinieron a hacer una exposición, que fué acogida con la más completa indiferencia. Son locos que no tienen nada de italiano. Hay un despertar del buen sentido y hasta de la repulsión. Y la horrible pintura alemana no tiene ningún éxito, a pesar de sus pretensiones. Se siente en todas partes un deseo de poner fin a una situación muy confusa. Se comprende que no basta atribuirles genio a las personas para que realmente lo tengan. Desde hace veinte años, y sobre todo desde la guerra, la crítica ha hecho un derroche increíble de reputaciones frágiles, nacidas del capricho de la moda y en seguida olvidadas.

Esta cuestión de la caída de la verdadera grandeza, en una época en la que sólo hay buenos talentos, es distinta de la segunda cuestión, la del bajo mercantilismo, que mancha y que paraliza el arte moderno, y que no existía hace treinta años. Este mal es el que debe ser, ante todo, denunciado. Es contra él que, a pesar de sus publicistas y de sus traficantes que han contratado las páginas de crítica de arte de los diarios como si fueran hojas de avisos comerciales, deben alzarse unánimemente los artistas, porque va en ello su dignidad y su libertad. La naturaleza y el viejo genio de Francia son los únicos que saben cuándo nos darán una nueva floración de verdaderos maestros, y estoy seguro de que nos volverán a dar otros Corot, otros Renoir y otros Delacroix. Pero, entretanto, se puede afirmar que no habrá arte sincero si el mercantilismo actual no es contenido por la ley. Es una cuestión de fuerza moral entre el artista y el comerciante, contra la tiranía del dinero. La mejor prueba la dan el hecho de que la escultura y las artes decorativas son hoy muy superiores a la pintura. El régimen del mercader no las oprime tanto. Están todavía sometidas al antiguo principio de la relación directa entre los aficionados y los productores, e ignoran las vergüenzas de la inflación y de la publicidad pagada. Escultores como Bourdelle y Maillat, forjadores de hierros de arte como Brandt, ceramistas como Delaherche y Chaplet, encuadernadores como Smied, artesanos de la laca como Durand, vidrieros como Lalique, son verdaderos grandes artistas franceses que salvarán el honor de su época y de su país. Es en ellos que hay que esperar. No recurren a la gloria estrepitosa, pero ellos sólo sobrevivirán a una pintura enferma, descaradamente ponderada y que se ha vuelto un objeto de tráfico para venderla a los snobs.



Alta noche

Yo bajo a la noche alta
sin la escafandra del sueño...
Junto la última luz
y entro, salpicando cielo.

Galop de duendes y lunas
y brusco despertamiento
de mis quimeras cautivas
de los dragones del tiempo.

Sirenas de fuego fatuo
emergen entre silencios.

A flor de tiniebla boyan,
dormidos, los que cayeron
al incendiarse la tarde
hundida en el firmamento.

Yo mido, buzo nocturno,
la hondura de mi desvelo,

a donde van los despojos
de todos los días muertos.

Fresca sombra con estrellas
lava mis ojos abiertos.

Allí las futuras albas
de los mojados cabellos,
y los fantasmas que viven
en el insomnio perpetuo.

Con toda la noche encima,
sin dimensión y sin peso,
me apoyo en brazos de niebla
y me muevo a pensamiento.

Qué lejos ayer!: jamás!
y el sol, hay un sol, qué lejos!

Mañana saldré a la luz
trasnochado hasta los huesos.

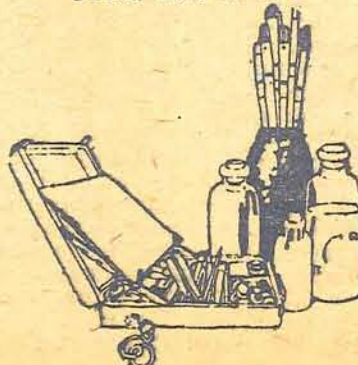
Roberto Ledesma

ILUSTRACION DE ALLY IGNATOVICH

probablemente serán olvidados dentro de veinte años, cuando la especulación se ocupe de otros. Y hasta se pondera a al-

**CAMILLE
MAUCLAIR**

(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930



hacer un cerebro semejante?" La historia de las artes nos muestra la alternativa de esos períodos brillantes y apagados, como en la parábola de las vacas gordas y las vacas flacas. ¿De dónde nace este empeño de mantener a todo trance las alturas y de declarar "cumbres del arte" a las modestas colinas? ¿Cómo no choca el hecho de que la pintura, tal como se la comprende hoy, se ha vuelto extremadamente fácil, puesto que sólo Francia cuenta cuarenta mil pintores o más, y que esa misma facilidad es el signo seguro de una decadencia, es decir, del olvido de las condiciones profundas de un arte?

Después de lo que Francia ha dado, de 1860 a 1900, bien tiene derecho de tomar aliento. Desearía que se tuviera la modestia y la paciencia de esperar su nueva fecundidad. Y



PERSONAJES

Belatrix, La madre, Abuelo Tibaldo, Donébola, Algenib, Canope, Una enfermera, Tres hombres y Un desconocido

ESCENA I

Calle de aldea, en una noche de primavera. Verja, tras de la cual se ven el jardín y la casa. Hablan Donébola, Canope y Algenib.

DONEBOLA—Están buscando a Belatrix. Salí al atardecer, con su cesta, y no regresó todavía.

ALGENIB—Abuelo Tibaldo fué a recorrer toda la aldea.

CANOPE—La han visto pasar con la cesta cargada de fresas.

DONEBOLA—Todas las tardes iba a buscar fresas.

ALGENIB—Cantaba.

CANOPE—Ahí viene abuelo Tibaldo.

DONEBOLA—Abuelo Tibaldo.

Pasa el abuelo Tibaldo, apoyándose en su nudoso bastón. Las miradas interrogantes convergen hacia él y se le quedan prendidas como alfileres. No dice nada. Todos le oyen callar y comprenden. Abuelo Tibaldo entra en la casa.

ALGENIB—Nada.

DONEBOLA—No ha sabido nada.

CANOPE—¡La quiere tanto!

ALGENIB—¡Y es tan pequeña y tan linda!

Se van. Por el camino contrario llega Belatrix. Tiene los ojos perdidos en la lejanía de un pensamiento. Trae el cabello suelto, las ropas ajadas, la color desvaída. Habla consigo.

BELATRIX—Es el amor. El amor que cruzó la aldea; el humo de mi sueño... Es el mismo amor que llamaba a la alcoba en las horas largas de la noche... ¡Qué dirán de mí!... ¡Qué pensará abuelo Tibaldo!...

Donébola, que regresó al oír los pasos de Belatrix, está tras ella escuchándola. La toca en el hombro. Belatrix se asusta.

DONEBOLA—No te asustes. Soy yo.

BELATRIX—Donébola...

Se echa en sus brazos, llorando. ...

DONEBOLA—¿Quién era?

BELATRIX—Un desconocido. Yo no había visto nunca un desconocido. Ahora me quemó las entrañas. Llevaba un violín. ¡Vieras cómo tocaba! Si daban ganas de llorar...

DONEBOLA—Sería un músico ambulante...

BELATRIX—No. No era un músico.

DONEBOLA—Un mendigo, tal vez.

BELATRIX—No. No era un músico ni un mendigo. Era un desconocido.

Caminan lentamente hacia la casa. La noche está llena de estrellas.

ESCENA II

Taberna. Abuelo Tibaldo, apoyado

UN DESCONOCIDO

Por

ALBERTO FRANCO

ILUSTRACION DE JORGE LARCO

en su bastón conversa con tres hombres.

ABUELO TIBALDO

—Hace varios días que le busco. He recorrido la aldea, el pueblo, los caminos. ¿No le vieron ustedes? Tiene los ojos muy claros y una cicatriz en la mejilla. Toca el violín... ¿No le vieron ustedes? Porque ella se muere...

UN HOMBRE—Yo no he visto ningún desconocido desde hace mucho tiempo.

OTRO—Ni yo.

OTRO—¿Para qué le buscas? Si está escrito que vuelva, volverá. No lo dudes. Además, si le buscas es porque le tienes.

ABUELO TIBALDO—Y ella se muere... se muere. Cien años no consiguieron doblarme, y ahora un solo dolor no me deja levantar los ojos de la tierra. Porque ella se muere... se muere...

ESCENA III

Jardín, en un anochecer de la mis-

ma primavera. A un lado se ve la ventana de la alcoba de Belatrix; al otro, más lejos, la verja, la calle. La enfermera conversa con los niños. Dentro se oyen a

ratos las palabras entrecortadas de Belatrix y la madre.

DONEBOLA—¿Es cierto que se muere?

LA ENFERMERA—Dios no lo querrá. ¡Es tan pequeña!

ALGENIB—¡Y tan linda!

CANOPE—¡Iba todos los días a coger fresas en su cesta.

DONEBOLA—Hasta aquel día...

LA ENFERMERA—Mejor es no recordarlo.

CANOPE—Jugábamos a las estrellas. Teníamos los mismos nombres de las estrellas.

DONEBOLA—Y... ¿no lo encontraron?

ALGENIB—¿Verdad que lo encontrarán?

Cancioncillas del caramelo florido

Canta que te cantarían, canta, que te cantarían canciones deshulvanadas que andan buscando su hilván. Son campanas en el aire los maderos de San Juan. Canta que te cantarían, Canta, que te cantarían.

En la flor de los recuerdos los caramelos dan flor una noche y otra noche, un dolor y otro dolor. Azúcar, papel y tierra, ¡qué delicioso sabor! En la flor de los recuerdos los caramelos dan flor.

Mis rodillas eran ágiles. (¡Cuánta agua y cuánto jabón!) La escoba se desbocaba bajo mi ardido talón. (¡Madre, qué frescas y suaves tus manos en mi chichón!) Mis rodillas eran ágiles. (¡Cuánta agua y cuánto jabón!)

Seguí lo más bien peinado, no lo quería creer. Pensé al volver de la clase que no era el mismo de ayer. Me empecé a comer las uñas para aprender a leer. Seguí lo más bien peinado, no lo quería creer.

La medalla de su beso me sonó mucho mejor. Me regalaron un lápiz, un cuaderno y un tambor. Con el lápiz y el cuaderno metí un ruido atronador. La medalla de su beso me sonó mucho mejor.

Encontré en el horizonte otro aro para jugar, mares y pueblos distintos me lo vieron corretear y yo apretaba los párpados con miedo de despertar. Encontré en el horizonte otro aro para jugar.

Yo le regalaba el postre y ella me dió un prendedor. Enriqueta se llamaba, fué en el lado de babor, la noche, una Noche Buena, el día, un día mejor. Yo le regalaba el postre y ella me dió un prendedor...

Canta que te cantarían, canta, que te cantarían canciones deshulvanadas que andan buscando su hilván. Son campanas en el aire los maderos de San Juan. Canta que te cantarían, canta que te cantarían...

Augusto González Castro

LA ENFERMERA—¿Quién sabe! Abuelo Tibaldo no regresó todavía.

Dentro se oyen voces. Todos callan y escuchan.

BELATRIX—Madre...

LA VOZ DE LA MADRE—Aquí estoy, hijita, a tu lado. Siempre estoy a tu lado.

LA VOZ DE BELATRIX—¿Verdad que me muero, madre?

LA VOZ DE LA MADRE—No. ¿Por qué habías de morirme?

LA VOZ DE BELATRIX—Me parece escuchar una música... lejos... muy lejos...

LA VOZ DE LA MADRE—Duérmete, hija mía, descansa...

LA VOZ DE BELATRIX—¿Y abuelo?

LA VOZ DE LA MADRE—Ya volverá. Fué a buscar una cosa para ti.

LA VOZ DE BELATRIX—Me ahogo, madre, ¡me ahogo! Veo sus ojos... claros... claros... claros.

LA VOZ DE LA MADRE—Duerme, hijita mía...

Llega abuelo Tibaldo. Mueve la cabeza en un gesto desolado. Sobre su barba blanca tiembla la lamparita de una lágrima. Todos le siguen hacia la casa. Después no se ve nada. Se oyen pasos y la voz débil de Belatrix.

LA VOZ DE BELATRIX—Abuelo...

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO—Hijita...

LA VOZ DE BELATRIX—¿Verdad que me muero, abuelo?

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO—No, hija. Abuelo no quiere. Abuelo Tibaldo no te dejará morir.

LA VOZ DE LA MADRE—Aquí están los niños... Mira: Donébola... Canope... Algenib... Mira. Traen flores. Pronto estarás bien e irás con ellos a coger flores y fresas.

LA VOZ DE BELATRIX—No. Ya no iré más con ellos.

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO—(Se asoma a la ventana y habla como para sí). ¡Ah, si viniera!... Volverá si está escrito... ¿Y si no?... Pero... ¡Dios no lo quiera!

LA VOZ DE BELATRIX—¡Madre!

LA VOZ DE LA MADRE—¡Belatrix!

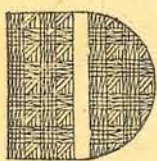
LA VOZ DE BELATRIX—Madre... sus ojos... ¡sus ojos!... ¡Me ahogo, madre, me ahogo!...

LA VOZ DE ABUELO TIBALDO—¡Hijita! ¡Hija mía!

LA VOZ DE LA MADRE—Mi pequeña...

LA VOZ DE BELATRIX—Ma...dre... Me...mue...ro...

Se oyen sollozos y gritos. La enfermera cierra la ventana. Por la calle ha pasado un hombre. Tiene los ojos claros y una cicatriz en la mejilla. Debajo del brazo lleva el ataúd de un violín. Se detuvo un instante, indeciso, ante la verja. Luego se encogió de hombros y siguió su camino. La noche está llena de estrellas.



De todo el mundo—creedme judíos, y creedme cristianos—es Sarajevo la huella más perdurada, milagrosa, que existe de la España cuatrocientista (mil cuatrocientos y pico).

¿Sois paleontólogos? ¿Habéis alguna vez cortado sesgadamente yacimientos antiguos de la tierra, en un "querschnitt" que dicen los tudescos?

Sarajevo aparece, a primera vista de un español, con toda la inerte inmovilidad de un corte en terraza paleohispánica: huesos, utensilios, monumentos, seres, lenguas de toda una civilización trasegada, trasecular. Inútil que rueden tranvías hasta Jlidze; que algún auto irrumpa por la Carsija, entre cacharrerías y especias impávidas; que un avión roce las cimas de la amarilla Alcazaba; que en el Liceo salgan los chicos a la manera austriaca de anteguerra; que en el Hotel Europa haya calefacción de vapor. Sarajevo surge ante la primera mirada, con el quietismo de una proyección fija: como esos films que se rompen y queda en la pantalla una sola imagen, todos los movimientos virtualmente detenidos.

Sarajevo se presenta—a un español—como una "trasconciencia". Saliendo del remoto. Del fué. De lo que se creía definitivamente traspasado.

Toda trasconciencia como toda subconciencia obliga a la conciencia siempre a un minino esfuerzo cognoscitivo: el de recordar y enlazar. ¿Dónde había yo visto ya Sarajevo, dime Sarajevo? — me preguntaba yo —. ¡Xauen! Ah, sí. Xauen. (Marruecos).

El historiador de los Reyes Católicos—Prescott, en su edición española—deliciosa—de 1848 (Madrid, imprenta de la Biblioteca del Siglo, calle de los Huertos 8), describía así la Granada preisabelina:

"Anchurosos valles estaban cortados por montañas que abundaban en riquezas minerales y cuya vigorosa población surtía al país de robustos labradores y soldados. Sus vegas las regaban abundantes arroyos. En el centro, y coronando el reino como diadema, se ostentaba la hermosa ciudad de Granada. Que se veía cercada de una muralla defendida por mil y treinta torres, con siete puertas. Sobre la cima de una de las eminencias de la ciudad se levantaba el real alcázar".

Sarajevo no tiene treinta mil treinta torres en su muralla, pero sí más de cien alminares en su villa. Y su alcázar musulme en la cima de una eminencia. Y arroyos que vierten en el angosto Miljacka bajo la mirada (alta de 1650 metros) del Trebevic, rico en vegetal y mineral.

En esta Granada, en este Toledo bosniano—que es Sarajevo—ahí se ven musulmanes, cristianos, judíos. Con la predominancia del musulmán: justo como en Granada, como en Toledo. Predominan alminares. El ayuntamiento es de arquitectura árabe. Las mujeres turcas van por la calle tapadas como ya no van en Constantinopla. El número de funcionarios musulmanes excede en mucho al de los otros de las otras religiones. Y, sin embargo, con ser la congregación judía la menor de las minorías hebraicas allí reunidas, es la que más aparenta y vibra—como en todas partes sucede—ya que el hebreo gana siempre cimas sociales de visibilidad inmediata.

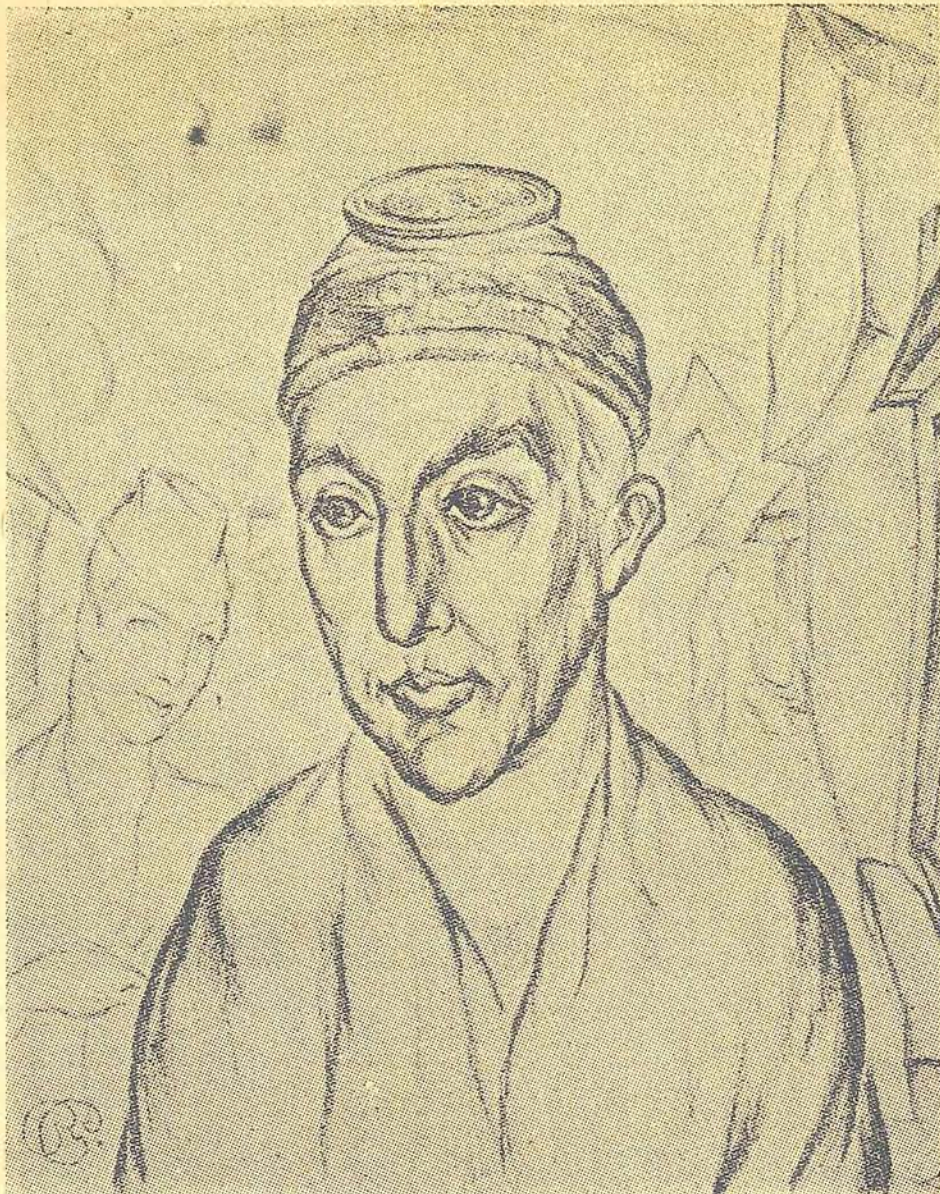
Para un mahometano esclarecido—como mi amigo el conservador del Museo Etnográfico, obispo y bibliotecario, galante y sapientísimo, joven y archieuropeo—es fácil encontrar diez hebreos, por lo menos, en iguales condiciones.

Los judíos llegaron a Sarajevo, como a otros puntos balcánicos, reflejamente. Tras la dispersión del primer gran núcleo inmigrado en Turquía (Constantinopla y Salónica).

De Constantinopla y Salónica, de Adrianópolis y Nikopolis, irradian en el correr del siglo XVI los núcleos que formarían luego las comunidades balcánicas.

Así, por ejemplo, un tal José Caro arrastró en esa época a muchos "españoles" a las riberas ciudadanas del Danubio.

En Bosnia sólo existen datos de instalación judaica hacia el año 1565. Se citan en el protocolo del año 973 de la Hégira a unos tales Rafael, Isaac. El actual gran Rabino de Sarajevo, doctor Moritz Levy, afirma que hacia esa fecha ya debía haber sefardies en la ciudad del Miljacka. De unas diez a quince familias. (Moritz Levy "Die sephardim in Bosnien". Sarajevo, 1911).



Una mujer sefardi de Bosnia

El doctor Levy apoya su aserción en datos de M. Franco, que ya en 1901 estudió esta cuestión en el semanario judeo-español "La Alborada". Así como en algunas observaciones del Zekki Effendi Attias, colaborador también de aquella hoja.

Más tarde, Kalmi Baruch ("El Judeo-español en Bosnia". R. F. E. 1930), cita el año 1541 como de existencia de sefardies en territorio bosniaco. Los sefardies sarajeveños dispusieron desde entonces de un cuartel específico para morada, de un "cortijico" o ghetto, aun hoy visible, entre el comienzo de la Ferhadija y el callejón de Cemalusa.

Todavía conserva ese aire de cosa única, aparte, melancólica y defensiva. En él se hallan las dos sinagogas principales: el "Cal Nuevo" y el "Cal Grande". (Hay otra sinagoga menos importante: la de Biclava).

Al "Cal Grande" yo acudía todas

las tardes. Me atraían a él muy diversas atracciones. Una de ellas: oír a Cabezón leer moralidades en rancio castellano. Cabezón es un anciano del pueblo. Antes de comenzar los oficios sinagogales, este sabio popular reúne a cofrades y hermanos gustosos, y sacando de la faltriquera su libro de prédicas, salmodia infinitos minutos. Dando tal cantilena a su salmodia, que yo creía adivinar en ella melodías rituales tan desueltas como la lengua en que las recitaba.

Me placía disimularme en un banco del "Cal". Allí, al fondo, junto al tabernáculo. Y contemplar facies y

atuendos y perfiles y composturas, al sol embriagante del rezar sefardi.

Fuera, la ciudad toda atareada. Y este puñado de judíos renunciando generosamente a sus momentos de negocios, para dedicarlos a una pura abstracción. (Mi amigo Kalmi Baruch me recordaba a Al Jonson, el cantor de Jazz, cuando le tocaba conducir la Ley entre hahames).

Luego me entusiasma sentirme en medio de un auténtico sectarismo; permitido yo en un núcleo religioso como un fiel más; contemplado por todos con ese respeto con que un religioso mira al que respeta su religión y

se la acata. Me placía preguntar nombres, apellidos, alcurnias, allí reunidas y confrontarlas con las tradicionales de la ciudad: "Attias, Altaraz, Alcalai, Gaon, Danon, Eskenasi, Finzi, Franco, Chajon, Cabillo, Curriel, Pinto, Pardo, Baruch, Pérez, Papo, Alcocer, Ascher, Benveniste, Salom, Navarro, Sasson, Abinun..."

¿Cuántos judíos nayan en Bosnia? El doctor Baruch asigna 10.000. De ellos unos siete mil pertenecen a Sarajevo.

El sefardi bosniaco ocupa puestos sociales de alta y media urbanidad. Existe también el judío de suburbio, el menestral harapiento, el hombre periférico y errabundo. Pero la comunidad tiene fama de rica. Fama y hechos: está edificando una sinagoga que será de las más espléndidas en todo el próximo Oriente. Una arquitectura que saldrá por casi tres millones de pese-



Un grupo de campesinas de Bosnia

tas. Yo me quedé atónito contemplando tan suntuosa fragua, templo no igualado por ningún otro de ningún culto en la chica localidad.

¿Quiénes eran el alma de aquel templo? Tuve ocasión de conocer las mejores porciúnculas de aquel alma.

Uno de los propulsores, el presidente Sr. Altaraz, en cuya casa—sábado de mañana—compañé la fiesta del día santo. Como cristiano, me fué autorizado aceptar la calabaza de dulce y el rico raki que la hija de Altaraz tuvo la gracia de ofrecerme.

Otro de los ricos hombres, Alberto J. Salom, estaba en España. Pero parientes suyos y correspondencia suya me hicieron traslucir su prohombria. El Gran Rabino Dr. Moritz Levy, representa con el Dr. Kalmi Baruch y con el anciano Abraham A. Cappon el triángulo intelectual de Sarajevo.

Moritz Levy es un hombre de apariencia enérgica y trémula. No, ciertamente, un tipo de rabino astuto, piadoso y suplicante, como aquel de la leyenda en la ciudad, salvador de un puñado de cofrades de las manos despoéticas de cruel ghazi. En la mirada de Levy hay un acento imperial y calvinista raro en judío. Claro que su voz traiciona tan vigoroso acento ocular. Voz patética y temblorosa como salmo. Cuando al final del banquete con que me honraron los notables de la comunidad en la Casa Hebrea, Moritz Levy me dirigió la palabra, sentí coagulaciones en mi serenidad. Toda la angustia del secular expulsado, del que recoge en un momento de desnudez de recuerdos toda una tradición hiriente y penosa, enterneció violentamente de quejas su articulación. Moritz Levy es autor y colector de datos sefardies de Bosnia. Mantiene relaciones con Menéndez Pidal y es un elemento de fina utilización para los futuros enlaces intelectuales hispano-bosniacos.

Otra clase de patetismo es el que impregna la figura—tan noblemente semita—del joven sabio Kalmi Baruch.

Kalmi Baruch es ese judío que aparece a lo mejor en los medios burgueses de Panait Istrati: modesto, trabajador, todo espíritu y altura.

A Kalmi Baruch lo conocí en España, en Madrid. Había sido el primer sefardi pensionado oficialmente por nosotros para que viniese una temporada al solar metropolitano.

Recordaba su sonrisa encantada y buena, tomando café con Andrés Róvesz, con el gran yugoeslavo el ministro Andritch y conmigo, una noche.

Al encontrármelo ahora en su medio nativo, en su Liceo, en sus clases de francés—mal compensadas—, en su habitación de solitario, rodeado de libros españoles, estudiando el Cid, el Arcipreste, leyendo nuestras revistas más jóvenes y sorprendiéndole en llanto sobre la tumba reciente de su madre, al enseñarme el tradicional cementerio sefardi, toda mi voluntad de justicia se irguió, pidiendo para él lo menos que España le podría otorgar: un puesto eficaz y seguro, una reparación de su talento claro, de su obstinado esfuerzo.

Con Kalmi Baruch recorría callejas, bazares, sinagogas, conversaciones indefinibles, museos, proyectos, cafés, visitas oficiales...

El me llevó a Snococe, al obispo mahometano conservador del Museo Etnográfico, y favoreció nuestra deambulación por el urbi turco—tan toledano—, donde las puertas y las piedras y el aire azul de las callecitas y el blanco enjabelgue y el herraje de ventanas y las miradas furtivas de mujeres entre quicios y ajimeces encelosiados me hacían embriagar de esencia castellana rencontrada y concentrada.

Si Baruch era la promesa intelectual y Levy la sazón, el anciano autor de las "Poesías compuestas a medida y cadencia por el desarrollo de los talentos y las facultades intelectuales de la juventud" (quiero señalar a Abraham A. Cappon), era el pasado, el recuerdo.

Aun veo a Cappon avanzando por la calle Aleksandrova, por la Kralja Petra Ulica, allegándose a la librería de su hijo Yeniel, con su contratipo de nuestro Altamira, blanca barba, pura y alta mirada.

Cappon, el amigo de Pulido. El que me preguntó primero que por nadie por Pulido y que me permitió filmarle para que le viera Pulido.

Cappon, el "animador" de la lengua española. Fina solera de hispanismo en Balcanes. El fundador de "La Alborada" en Ploiesti, que se imprimía en Rutschuk. El que dió a Angel Pulido aquellas primarias noticias que aun no perdieron toda su actualidad.

(Continúa en la pág. 37)

LA VIDA LITERARIA EN PARIS

UN PREMIO LITERARIO
POR DIA
LOS ENSAYISTAS
Y LOS CRITICOS
EL CENTENARIO DE LA
"REVUE DES DEUX
MONDES"P o r
BENJAMIN
CREMIEUX(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930

tico no le repugna menos que el americanismo o la política del avestruz de la burguesía francesa, que cierra los ojos para no ver los trastornos económicos y la gravedad de los problemas sociales que se le plantean.

Para darse cuenta de la importancia que ha adquirido en la literatura francesa ese género abandonado, o más exactamente, de la importancia que ha conservado, conforme a las tradiciones, basta consultar la "Antología de los ensayistas franceses", publicada recientemente por la librería Kra, aunque no figuren en la misma todos los ensayistas de la actualidad. Están desde André Gide hasta Jean Prevost, desde Benda hasta Henri Massis, desde Bainville hasta Paulhan, representados por una serie de textos evidentemente desprovistos de unidad (esa diversidad es precisamente el encanto de la antología), pero que señalan una tendencia casi común, que es importante subrayar.

El extranjero que abra y ojee esta antología se sorprenderá de encontrar franceses menos cartesianos, menos esquemáticos y menos claros, agregaré, de lo que esperaba sin duda. Y la tendencia casi común que deseaba señalar es precisamente una tendencia a excederse del cartesianismo, a no conformarse más con cuadros cómodos para el pensamiento, sino a acercarse más a lo real, a tocar lo concreto y a no encerrarse en el racionalismo puro. Por cierto, desde el romanticismo, y sobre todo desde el simbolismo, toda la poesía francesa había superado esa fase de la razón pura. Y no olvido a Bergson. Se perciben ahora los efectos de ese concepto más amplio del conocimiento en los críticos y los ensayistas. No se vaya a creer, sin embargo, que

los ensayistas franceses de hoy sean vagos o imprecisos; conservan todas las dotes de exposición, de construcción y de evidencia de sus predecesores.

Con la atribución del premio Goncourt a M. Marcel Arland y del premio Femina a M. Bernanos, el gran acontecimiento literario del mes ha sido el centenario de la "Revue des Deux Mondes". Los lectores de LA NACION estarán enterados de las fiestas que se celebraron en el Hotel Charpentier—en que se realizó una exposición de retratos, dibujos y documentos relativos a los colaboradores de la revista desde hace un siglo—, en los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores, en la Municipalidad, donde el director de la revista, M. René Doumic, recibió invitados venidos de todas partes del mundo, y en el gran anfiteatro de la Sorbona, donde tuvo lugar, en presencia del presidente de la República, la conmemoración solemne del centenario.

Para determinar los aportes de la revista, desde 1830, a todos los ramos de la vida francesa, política, literaria, artística, ha sido publicado un volumen in-octavo, bajo la dirección de M. Doumic, con la colaboración de un gran número de especialistas. Este libro es muy interesante, a pesar de la diversidad de valores de los capítulos que lo integran. Se ve cómo la "Revue des Deux Mondes", que estuvo primero a vanguardia, netamente partidaria del romanticismo naciente, no tardó mucho en perder pie y quedar, desde 1850, fuera de todas las grandes renovaciones, de todas las grandes manifestaciones literarias.

M. Gustave Lanson se ha encargado de trazar la historia de las relaciones de la revista con el romanticismo. Puede verse allí que la revista, después de apoyar incondicionalmente a Victor Hugo, empieza

audaz de la revista fué la publicación de diez poemas de Baudelaire, que llevan precisamente el título que el poeta dió por fin a su libro: "Les Fleurs du Mal". Desde ese momento, la revista ya no publicó más que colaboraciones de autores consagrados o de jóvenes prudentes. Los grandes novelistas de la revista durante el Segundo Imperio y los principios de la Tercera República fueron Octavio Feuillet y Victor Cherbuliez, pero no figuraron en los sumarios de la revista los nombres de Flaubert, de Goncourt, de Zola, de Daudet ni de Maupassant, es decir, los maestros de la escuela naturalista.

Puede hacerse la misma observación respecto de los poetas simbolistas. El primero que figuró en la revista es M. Henri de Regnier, pero con versos de factura netamente parnasiana.

De modo que se puede decir que desde hace 75 años la "Revue des Deux Mondes" no ha ayudado a valorizar a los escritores franceses realmente originales, excepto Pierre Loti, que no descubrió, pero a quien impuso definitivamente. El mismo Barrés fué acogido muy tarde por la revista.

Sin embargo, hay que alabar casi sin reservas la acción realizada por la "Revue des Deux Mondes" desde hace un siglo para divulgar entre el público francés las mejores obras de la



Georges Bernanos

literatura extranjera. La "Revue des Deux Mondes" fué, por ejemplo, la primera que, con ciertas reservas, hizo conocer en Francia a Walt Whitman y a Dostoievski.

La obra crítica realizada desde su fundación por la revista, gracias a Sainte-Beuve, a Gustave Planche, a Maurice Montégut, a Saint-René Taillandier, a Brunetiere, es igualmente de primer orden. Por cierto ha mantenido siempre un punto de vista resueltamente conservador, pero es preciso reconocer que expresa una de las necesidades más profundas del espíritu francés, la necesidad de la continuidad.

Es curioso comprobar que "La Revue des Deux Mondes", atacada a menudo con brutalidad por los escritores de vanguardia, no ha sido objeto de ninguna crítica con motivo de su centenario. Es posible que la literatura joven haya querido demostrar en esta forma su respeto por las damas muy ancianas, a menos que se trate de una precaución de los jóvenes vivos, que saben que desde hace mucho tiempo "La Revue des Deux Mondes" es la antecala de la Academia.

Las distribuciones de los premios Goncourt y Femina han clausurado la temporada de premios literarios. Desde hace varios años abundan, como es sabido, los premios literarios en Francia. Puede decirse que durante todo el otoño no hay día en que no sea coronada alguna obra de imaginación. Hemos tenido este año dos o tres recompensas nuevas, una conferida por una comisión de damas que se conoce por el nombre de Club des Belles Perdrix, la cual se reúne periódicamente para almorzar o cenar y excluye celosamente a los hombres de estos ágapes. Sin embargo, confirió su premio a un hombre, lo que viene a ser una compensación. Ha recompensado la obra del novelista André Chamson, autor de "Hommes de la Route" y de "Le Crime des Justes".

El diario literario "Gringoire" ha querido favorecer un renacimiento del cuento y de la novela breve en la literatura francesa. Se sabe que los editores parisienses, que acogen con tanta facilidad las novelas más mediocres, son mucho más reservados cuando se trata de libros de cuentos. Y uno se pregunta por qué, pues son muchos los cuentistas que han obtenido el mayor éxito en Francia. Limitándonos al período posterior a la guerra, y sin remontarnos a las "Cartas de mi molino", de Alfonso Daudet, y



Marcel Sauvage

a los "Cuentos", de Maupassant, bastará con citar "L'Europe Galante" y "Ouvert la Nuit", de Paul Morand, y "Civilisation" y "Vie des Martyrs", de Georges Duhamel.

El premio Goncourt ha sido atribuido a un libro de cuentos—de guerra en su mayoría—de un joven poeta y periodista, Marcel Sauvage. El libro se titula "L'Homme que j'ai tué". Estos cuentos, de indudable espontaneidad y sinceridad, a veces conmovedores, no aportan en realidad nada nuevo a la técnica del relato breve.

Es una lástima que tan pocos escritores jóvenes se dediquen seriamente al arte del cuento. Las abreviaturas que impone, la síntesis que requiere, la precisión del asunto de que no puede carecer, los saltos, las peripecias, el desenlace neto que necesita, exigen de los autores un esfuerzo de imaginación constructiva, de imaginación pura, que la novela "trozo de vida" o la novela introspectiva practicadas actual-

mente no reclaman en el mismo grado. Puede decirse que la imaginación, en el arte moderno del relato, se ha convertido en una verdadera Cenicienta, reemplazada por la memoria, la observación o el análisis.

"La Revue Universelle", que dirigen M. Jacques Bainville y M. Henri Massis, acaba de anunciar la creación de un nuevo premio literario, pero esta vez (y por eso hay que aplaudir esa iniciativa, cualesquiera que sean las reservas que se puedan formular sobre la institución de los premios literarios) el premio no recompensará una obra novelada, sino a los ensayos sobre temas de crítica o de historia.

No es cierto, como se dice algunas veces en el extranjero, que esté disminuyendo la inteligencia o el gusto de las ideas en Francia. Ese gusto no disminuye ni en los autores ni en el público. Si se consideran los éxitos de librería obtenidos por obras de esa índole, se verá que un libro como "La Trahison des Clercs", de M. Julien Benda, o—hace unos años—el "Plutarque a menti", de M. Jean de Pierrefeu, alcanzaron tiradas que pocas novelas conocen.

Puede estimarse por cierto que existe en general en los diarios y las revistas francesas cierta atonía en lo que se refiere a las cuestiones más que-mantes de la postguerra. Sin embargo, se pueden notar ya síntomas gratos de reacción. Hasta el panfleto adquiere actualidad. El joven escritor que más se ha distinguido en este género en los últimos meses es M. Emmanuel Berl, quien ha iniciado, bajo el título general de "Muerte del pensamiento burgués", una crítica violenta de todas las formas de pensamiento y de sensibilidad que tienen curso actualmente.

En un primer volumen (publicado por Grasset), M. Berl



André Chamson

ha atacado la literatura burguesa; en un segundo panfleto, cuya publicación anuncia la N. R. F. y del cual ha publicado ya ciertos fragmentos la revista "Europe", M. Berl fustiga el modo de sentir y de reaccionar de la burguesía dirigente.

En muchos puntos de detalle no es posible adherirse a las observaciones de M. Berl, pero la debilidad de su tesis general proviene de que no coincide más con el pensamiento comunista que con el pensamiento burgués. El materialismo sovié-



Marcel Arland



Emmanuel Berl

rápida a acumular reservas sobre su obra. Alfredo de Vigny se disgustó pronto también con Buloz, director tiránico de la revista de tapa color salmón. Y si Alfredo de Musset y George Sand, a pesar de disputas frecuentes, no han interrumpido nunca su colaboración, es únicamente por razones materiales. Ciertas cartas expuestas en el Hotel Charpentier muestran a George Sand y a Musset en actitud de solicitantes.

El último gesto realmente

LAS CASAS DE LOS VASCOS

Por
JOSE MARIA
SALAVERRIA

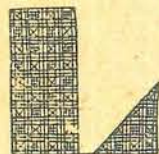
(Para LA NACION)
MADRID, febrero de 1930.



Durango (Vizcaya). Caserio
Ampuero



Caserio Aguerrea, en Azpiliceta
(Navarra)

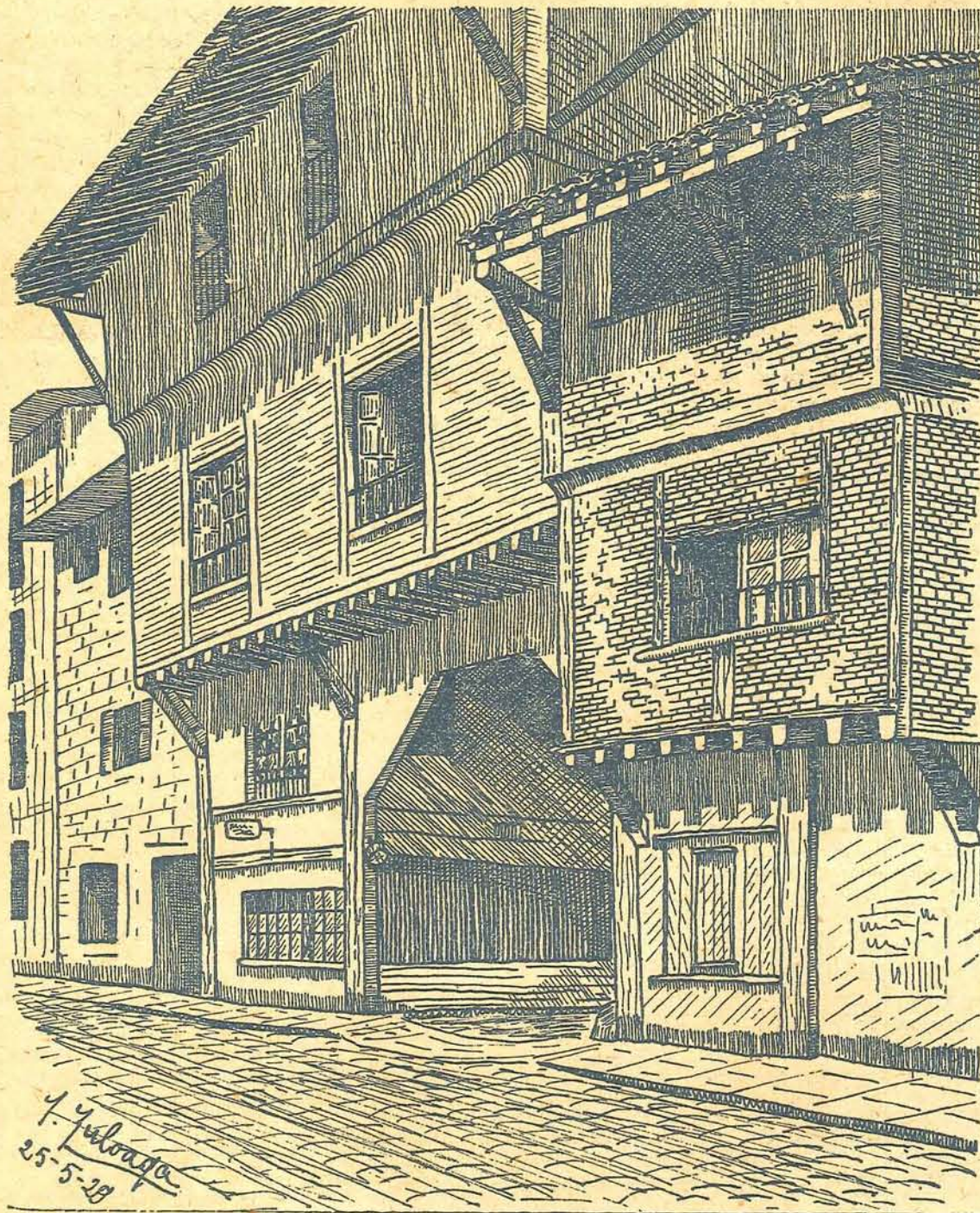


LOS libros se editan mal. Se imprimen toscamente, en papel detestable y deleznable, con pésima encuadernación y pésima tinta. Salen los libros al mercado como productos industriales de pacotilla que se rompen o se tiran con la misma facilidad que se compran. Pero como reacción a este desdichado procedimiento, al mismo tiempo se editan hoy libros de una irreprochable pulcritud, y el libro de lujo, de propiedad y de belleza, conquista cada vez mayor número de fervorosos partidarios.

Uno de estos libros, elegante y correcto, es el que me envía la Editorial Canosa, de Barcelona. Se titula "La arquitectura del caserio vasco" y está escrito por Alfredo Baeschlin, un arquitecto suizo-alemán que ha reunido 161 fotografías y más de 200 dibujos referentes a la materia. De estas ilustraciones no cabe hacer sino grandes elogios, porque, admirablemente reproducidas por el escrupuloso editor, nos brindan una inmejorable historia gráfica de la casa rural del país vasco. El cambio, el texto, o sean las opiniones que el autor suizo expone por propia y por ajena cuenta, se prestan a más de una objeción.

El caserio vasco es una bella tentación. Salta a los viajeros como una amable y pintoresca presencia cuando la llanura de Francia, si se viene del Norte, o la llanura de Castilla, viniendo por el Sur, se interrumpen casi bruscamente y queda el paisaje cuajado en montañas y colinas, y sobre todo por la nota amable, serena, clara y hospitalaria que ofrecen las viviendas campesinas, sueltas y esparcidas caprichosamente por las hondonadas, las cimas y las laderas. Ese enjambre disperso de casas posadas sobre el verdor de los campos invita a la simpatía, tanto por su pintoresca belleza como por lo que sugiere de bienestar familiar y de buen sentido agrario. Ahí, en esas viviendas rurales, se halla, además, concentrado en un tradicional ahorro de características milenarias, todo el ser de la raza vasca. Recoger sus peculiaridades de estilo y expresión ha de resultar, por tanto, una tentadora empresa para el especializado, singularmente ahora en que el estudio vulgarizador de todos los países tanto se difunde.

El caserio vasco no es sólo importante y atrayente por su belleza paisajista; tiene, además, el interés de conservar en toda su integridad el hermoso legado de la familia vascongada. Y en este caso la familia no ha de estimarse en su máximo sentido de trascendencia, porque a ella está vinculada y confiada nada menos que la pureza de la raza. La raza vasca, por su misma excepcionalidad, por su exigente pureza etnológica, al confinarse en las poblaciones sufre los efectos de la disolución; el idioma



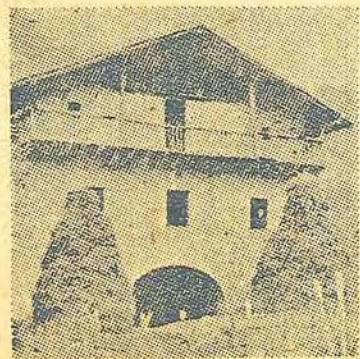
es el que más pronto se resiente, hasta ser relegado a un orden secundario o desaparecer del todo, como ha ocurrido ya en las poblaciones grandes. El idioma vasco, por su misma índole primitiva, por la enorme complicación de sus verbos y por la falta de tradición literaria de la raza, no puede luchar con los idiomas más cultos que lo invaden. Se siente débil, inhábil, tímido, incapaz, y abandona en seguida la lucha. Se retira. Sólo en la soledad del campo puede sostenerse. En el aislamiento del caserio, la familia, viviendo su propia vida y para dentro, se encarga de mantener viva la llama de la tradición idiomática. En Alava y en Navarra, donde no existe el régimen del caserio y los labradores viven reunidos en los poblados, el vascuence desapareció hace muchos siglos.

El Sr. Baeschlin, en su "Arquitectura del país vasco", incurrió en bastantes ligerezas cuando se arriesga a hablar de las cosas que no pertenecen a su oficio de arquitecto. Los errores de interpretación histórica y costumbrista saltan a

Las casas más antiguas de la señorial Vitoria, construidas durante el reinado de Juan II, rey de Castilla, y en las cuales el clásico estilo vasco aparece ya mezclado con elementos extraños

(Dibujo especial para LA NACION, original de Ignacio Zuloaga, sobrino del célebre pintor)

cada paso, y ello sucede, aunque al decirlo parezca paradójico, porque el autor recogió la mayoría de esas versiones dentro del país vasco y directa-



Oronoz (Valle del Baztan).
Caserio

mente de boca de los indígenas. Me adelanto a exponer mi criterio en el asunto: el vasquismo es la cosa que todos manosean con frívola libertad y que todos, a fuerza de querer acentuar la extrañeza o la originalidad del tema, se encargan de obscurecerlo, siendo los propios vascos quienes mejor contribuyen a hacer del vasquismo un mito.

Dice, por ejemplo, el señor Baeschlin, que se abstiene de tratar la casa-palacio propiamente dicha, muy abundante en el país, "Primero por su marcado sabor castellano. Después, porque estos palacios, grandes y chicos, no eran de labradores, sino de familias enriquecidas en Indias que abandonaron sus caseríos por casas urbanas según los usos de la Corte, que a pesar de adaptarse bien a la tierra no pueden ocultar su origen castellano."

Al hablar de este modo, el autor demuestra ignorar que en las poblaciones de Guipúzcoa y Vizcaya existían casas-palacios mucho antes de que los "indianos" empezaran a volver del Nuevo Mundo. No es sólo que existieran esas casas-palacios,

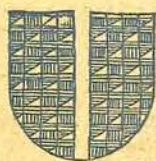
sino que ahora mismo existen y pueden verse en diversas villas abolengas. En efecto, en el siglo XV la admiración y la seducción que los vascos sentían por Castilla había cuajado completamente, y todo vasco ambicioso y orgulloso aspiraba a un escudo de armas como los de Castilla, a usar los patronímicos castellanos de Martínez, López, Sánchez, y a construirse una casa con pretensiones de palacio.

El autor reconoce que estas casas-palacios "se adaptan bien a la tierra". Así es, efectivamente. Son preciosos ejemplares de arquitectura que se identifican con el país y forman un sujeto territorial de lo más expresivo y noble. ¿Por qué, entonces, omitirlos? ¿Porque recuerdan a las casas nobiliarias de Castilla? Pero en tal caso también tendríamos que omitir y repudiar a la casa rural, porque el caserio también ha venido de fuera. Empieza por ser ajeno, por ser bien castellano su nombre: Caserio. Con este mismo nombre de caserio se llaman las casas rurales de Asturias. Y en realidad, el caserio vasco no es otra cosa que el caserio montañés y asturiano. Sólo se diferencian por cierto acento estilista, es decir, por la parte de expresión propia que cada localidad imprime al objeto.

El Sr. Baeschlin busca en la Suiza occidental, en el Jura, viviendas campesinas que muestran cierto parecido con el caserio vasco. Reminiscencias y parecidos pueden encontrarse en muchas partes, si se pone una buena y tozuda voluntad para ello; pero estando libre de prejuicios la mente, se ve pronto que el caserio vasco es de origen meridional. Es una arquitectura propia de la alta Castilla, y de la faja del Cantábrico, con su techumbre agachada, su teja curva francamente española y su tendencia al grandor. El caserio vasco, como el de la montaña y el de Asturias, como la casona riojana y altocastellana, es grande, con frecuencia capaz para dos familias, al contrario de la vivienda rural del centro y septentrión de Europa, que tiende a ser pequeña, de materiales frágiles, esbelta y ligera de línea, con el tejado muy agudo y revestido de pizarra, de pequeñas tejas planas o de tejuelas de madera. Este tipo de casa centroeuropea penetra en los valles interiores del Pirineo, se le encuentra en la vertiente meridional de Aragón y Navarra (Burguete, por ejemplo), pero desaparece del todo antes de llegar a la altura de Pamplona y del Baztán.

Es lástima que ensucien el texto de este tan bien editado libro bastantes defectos ortográficos. El autor escribe Etchevarria, Telaetche, tchabola, empleando la tch francesa; otras veces emplea la tx de la nueva ortografía vasquista, que vale igual que la ch castellana. En otro lado escribe Gorbela, en lugar de Gorbea, que es como suena y debe escribirse esta

(Continúa en la pág. 40)



NA mañana del año 1822 desembarcaba en Buenos Aires un anciano de semblante cobrizo, un hércules indígena de cabellos blancos, apoyado en el hombro de un religioso.

Llamábase Juan Bautista Tupac Amaru y era nieto del último emperador del Perú. Llegaba enfermo y octogenario, en la miseria, cubierto el broncíneo cuerpo de trágicas cicatrices, aquel postrer representante de la dinastía de Atahualpa.

Venía de España, a bordo de un velero inglés. Cuarenta años pasó en los presidios de África y de la península, desde la sublevación famosa de los indios en Lampa, en 1780, sublevación que dirigió su hermano José Gabriel Tupac Amaru.

Durante ocho lustros el pobre inca había arrastrado su existencia miserable por calabozos y prisiones, lejos de la tierra del Sol, ensangrentada con el suplicio de los suyos.

Merced a la nobleza y a la generosidad de Juan Bautista Azopardo, el héroe de las primeras campañas navales argentinas, con el cual trabó relación en el presidio de Ceuta, donde estuvo preso el famoso marino, y al cual halló más tarde, libre ya, al llegar a Buenos Aires, la presencia del viejo indígena llamó la atención del Gobierno, y en ese mismo mes dictóse un decreto por el cual se asignaba al descendiente de Manco Capac "una pensión de treinta pesos por mes, casa y comida, con la condición de que escriba de su puño y letra la relación de sus padecimientos, para que ésta, con el decreto que se expidió, sea enviada al archivo biográfico".

Este decreto, que hemos encontrado en el Archivo de la Nación, lleva la firma de Bernardino Rivadavia.

Y es entonces cuando este imperial Montecristo americano se pone a escribir sus memorias, uno de los documentos más interesantes y conmovedores que existen en la Biblioteca Nacional, impresas en un folleto de cuarenta y cuatro páginas.

Es un Silvio Pellico incásico, que escribe en Buenos Aires, con mano temblorosa de octogenario, la prolongada tragedia de su destino, que comienza con una de las más espantosas páginas de la historia americana.

Titúlase el relato del anciano inca: "El dilatado cautiverio bajo del gobierno español", y se inicia con las siguientes palabras:

"A los ochenta años de mi edad y después de cuarenta de prisión por la causa de la Independencia, me hallo transportado de los abismos de la servidumbre a la atmósfera de la libertad. Tres monarcas españoles me han visto arrastrar mis cadenas..."

Describe la sublevación de 1780, cuando el grito de rebelión resonó en las riberas sagradas del Titicaca "se conmovían del inca las tumbas..." y habla, con trágicos acentos, de la captura de José Gabriel, el vengador de su raza.

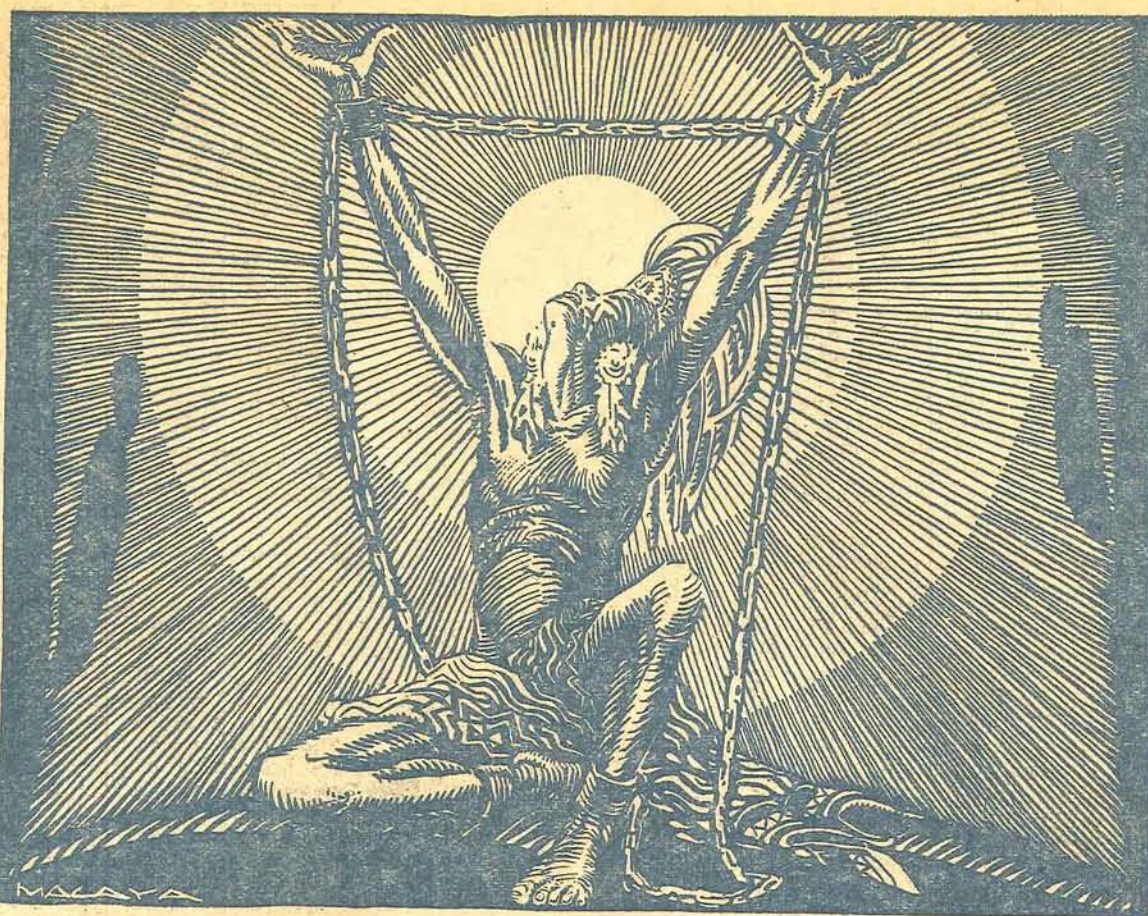
La narración del suplicio de éste y de su esposa, Micaela Bastidas — un largo y horrible tormento que se prolongó durante tres días —, constituye una página impresionante.

Luego prosigue:

"De la muerte desastrosa de mi hermano se pasaron pocos días cuando fui sorprendido en las alturas del pueblo de Surimama por la infidencia de unas mujeres..."

Ni una queja exhala Juan Bautista contra estas Dalilas indias...

"... Mi persona fué encadenada, mi casa profanada, mis bienes saqueados. Me dieron tormento. Conducido al Cuzco, se me puso en un calabozo



LAS CADENAS DEL INCA

obsuro e inhumano, entre asesinos y ladrones.

"Pasé un año en ese lugar, siempre hambriento o alimentado con las inmundicias que arrojaban de los mercados. El día que ajusticiaron a D. Pedro Mendigori, marido de mi prima hermana Da. Cecilia Tupac Amaru, a ésta y a mí nos sacaron montados en burros y azotándonos por las calles.

"Nunca me dejaron ver a mi madre ni a mi esposa, presas en diferentes calabozos de la misma cárcel... Después de un año de estos padecimientos, fui sentenciado a seis de presidio. Areche quería mi muerte, y Avilés se opuso a lo uno y a lo otro, y se me dió la libertad.

"Era tal mi extenuación y debilidad, que en seis días apenas pude caminar las catorce leguas que separaban mi casa del Cuzco. Un año después fui preso nuevamente por el corregidor de Urcos. Mi primo Diego Cristóbal sufrió la muerte, y su cabeza y miembros fueron puestos en espectáculo a las entradas del Cuzco. Su madre, sus hermanas y su mujer sufrieron la misma suerte.

"Salimos del Cuzco para Lima. Un tío mío, D. Bartolomé Tupac Amaru, de ciento veinticinco años de edad, murió de cansancio en el camino. Mi madre murió de sed. Cinco meses estuvimos gimiendo en las mazmorras de Lima, cargados de cadenas.

"Después mi familia y yo fuimos llevados al Callao y puestos en la fragata Peruana. Mi mujer murió en el mar, a causa de sus padecimientos. Ibamos encadenados en la cubierta del navío, bajo la lluvia, el viento y el sol. Cuatro meses permanecimos en el Janeiro y al cabo de ellos salimos para la España, que se hallaba en guerra con la Inglaterra. Después de once meses de horribles padecimientos llegamos a Cádiz.

"Cargado de nuevas y pesadas cadenas, me separé de los que ya no había de volver a ver más y fui conducido al castillo de San Sebastián.

"Mi aniquilamiento era tal que dos soldados me tuvieron que llevar entre sus brazos. Los calabozos del castillo de San Sebastián eran de piedra, con un agujero pequeño y atravesado por una cruz de hierro.

"¿Cuál sería mi situación al verme transportado a tan remotos climas, solo, escarnecido, hambriento, rodeado de guar-

"En tres años y tres meses que permanecí en el castillo de San Sebastián no recuerdo un solo acto humano de parte de mis carceleros.

"El rey Carlos III tomó al fin de este espacio de más de tres años otra determinación sobre el corto resto de los que habíamos resistido a los rigores de sus súbditos. Fuimos repartidos en el interior del reino y en los presidios de Orán, Alhucemas, el Peñón y Málaga.

"Una mañana fui sorprendido en mi prisión por la presencia de un ayudante y muchos granaderos. Me amarraron los brazos, con la torpeza de costumbre, y cuatro días más tarde era conducido a la isla de León.

"Creí que, así como a mi hermano le sacaron la lengua y lo descuartizaron vivo, para mí también tendrían tormentos más bárbaros, suplicios más crueles.

"Me llevaron a Ceuta, sobre la carga de sal de un buque, y llegué a ese presidio el 7 de junio de 1788. Yo ignoraba entonces el idioma español y las costumbres de esa nación.

"¿Cuántos años arrastré una existencia dura y miserable bajo la infamia afecta al ser alzado, recordando la espantosa muerte de mi hermano José Gabriel, de toda mi familia, de innumerables indios y el centro de hierro de América indestructible!

"En el espacio de treinta y dos años muchos y muy crueles fueron mis padecimientos. En 1813 encontré en el presidio a un americano, D. Marcos Durán Martel, al que debo mi vida y mi libertad.

"La esperanza de mi libertad ya muerta y la de volver al Perú, con la pintura más halagüeña del nacimiento, espíritu y progreso de la revolución americana, fueron los resortes que tocó para causar en mi alma el trastorno más saludable y extraordinario que se puede sentir a esta edad.

"¡Volver a América después

de treinta y ocho años de cautiverio!

"No podía dejar de hacer interiormente comparaciones del estado en que dejé el Cuzco y demás países, con el que se me pintaba, y ciertamente, sin el estremecimiento que ha producido en la Europa la revolución de Francia y la centella de luz que ha arrojado por todas partes donde existía el combustible de la razón humana..."

¡Desventurado inca!

Mientras su compañero de cadenas volcaba la esperanza en su alma dolorida; durante aquellos años trágicos y dolorosos, el misero prisionero, desde el fondo de las mazmorras africanas, no estaba olvidado en las heroicas comarcas del Río de la Plata.

En la fantástica restauración de la monarquía indígena, promovida por el general Manuel Belgrano y acogida por el Congreso de Tucumán (véase la Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, tomo III, cap. XXIX, de B. Mitre), recordóse la atormentada existencia del descendiente de Atahualpa, de este Juan Bautista Tupac Amaru que, en 1816, hacía treinta y cinco años que yacía sepultado vivo en las prisiones de África.

Se dijo de él, pobre inca, que era el destinado a continuar el reinado de los Hijos del Sol.

Pero el fantástico ensueño de la monarquía americana se desvaneció y el inca encadenado, que reinó por un instante en la imaginación exaltada de los hombres de la Revolución, volvió a hundirse en las tinieblas del olvido, hasta que, seis años más tarde, su doliente sombra aparecía en el Río de la Plata.

Reanudemos el relato del prisionero.

"Hasta el año 1820 permanecimos mi compañero y yo en un continuo progreso de esperanza. Ese año las Cortes españolas decretaron que todos los americanos presos por opiniones políticas fueran puestos en libertad y conducidos a sus provincias en buques del Estado.

"El Consejo de Indias, por intermedio del auditor Antonio García, me negó mi libertad...

"Mi compañero y otro más llamado D. Mariano Survieta, también americano, me hicieron trasladar como enfermo hasta Algeciras, para pasar de allí a asilarme en Jibraltar, de donde no sería difícil emprender el largo y venturoso viaje a América.

"En el muelle de Ceuta tuve la desgracia de caerme por los

escalones de piedra y romperme ambos brazos, como asimismo varias costillas.

"En el más lastimoso estado llegué por fin a Jibraltar, furtivamente, y allí mi permanencia se prolongó un año.

"De Jibraltar pasé a Cádiz, donde me pagaron 1500 reales de los sueldos que me debían como preso americano.

"Luego nos enviaron a Algeciras a aguardar socorros para nuestra conducción a América.

"Conseguimos por fin pasaje en un buque que iba para Buenos Aires, mediante el pago de doscientos pesos, lo que nos dejó totalmente sin dinero, y nos embarcamos el 3 de julio de 1822, haciéndonos a la mar el día 3 de agosto. El buque se llamaba el Retrive y su capitán Hague había hecho en él el comercio de negros.

"Llegamos a Buenos Aires después de setenta días de navegación, habiendo pasado todo este espacio de tiempo sobre la cubierta del buque, expuestos a las rudezas del clima porque atravesábamos y a las inclemencias de los elementos.

"El Gobierno de Buenos Aires nos honró, proveyendo a nuestra subsistencia, y el decreto nos señalaba a mi compañero y a mí, casa, alimentos y pensión, dictado por apreciación de mi solicitud, que, nacionalizando mis padecimientos, les ha puesto término, que es mi llegada aquí la única corona de gloria que podía compensarlos y satisfacer mi corazón".

Aquí dan término las memorias de Juan Bautista Tupac Amaru. Acabó de escribirlas en Buenos Aires a los ochenta y cuatro años de edad.

¡Qué profunda emoción hay en estas páginas que aquel inca de cabellos blancos escribía en su resignada y melancólica vejez, enfermo y solitario, después de haber visto morir en el tormento a todos los suyos, él, que sobrevivió al torrente de sangre de 1780 para arrastrar ocho lustros de su vida miserable en trágico y dilatado cautiverio, en el cual, mientras avanzaba la vejez sin esperanza, mientras blanqueaban sus cabellos y cambiaba el destino de los pueblos, oía resonar en el fondo de las mazmorras las voces desvanecidas del pasado terrible!

Oyó desde su tumba viviente el fragor de la revolución francesa; sus compañeros de cadena, le contaban cómo los pueblos de América marchaban hacia la libertad; los capellanes de los presidios, quizá conmovidos ante el inmenso dolor de aquel indio de sangre imperial, iluminaron su corazón con las palabras del Evangelio y volcaron en su pobre alma el mensaje de Jesús...

Ningún Byron ha cantado todavía la larga tragedia del inca en cadenas, atónito y solitario, sintiendo en sus viejos huesos las sordas agonías del suplicio, teniendo siempre ante sus ojos la visión ensangrentada de su hermano José Gabriel, descuartizado vivo en su presencia, viendo desfilar en las noches interminables de cuarenta años, bajo las estrellas de África, los espectros sangrientos de sus padres, de sus hermanos y de sus hijos, soñando desde el fondo de los remotos presidios con las sagradas riberas del Titicaca y con la gloria desvanecida de los hijos del Sol...

Cuatro años permaneció Juan Bautista Tupac Amaru en Buenos Aires. Bernardino Rivadavia, que ya había ocupado la presidencia de las Provincias Unidas y dictado su famosa Constitución, facilitó su regreso a la tierra de sus mayores, poblada de sombras gloriosas y de dolientes espectros.

Allá, junto al gran lago de los derruidos templos del Sol y de la Luna, el inca encadenado de África cerró los ojos para siempre. Tenía noventa años, cerca de un siglo de sobrehumano dolor, y al morir, lleno de resignación y de perdón, Cristo estaba en el corazón del indio.

HECTOR
PEDRO
BLOMBERG

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA



ITALIA ha producido eminentes hispanistas —Farinelli, por ejemplo—, pero pocos intérpretes del alma española. Entre los viajeros, después de De Amicis, lacrimatorio y falso, ninguno ha logrado popularidad. En los últimos tres o cuatro años se ha despertado en Italia un cierto interés por España; tal vez efecto de la semejanza de regímenes político o de la acción gubernativa, o resultado de una mayor conciencia de la latinidad entre los pueblos que proceden de Roma. Han aparecido recientemente en Italia algunos libros sobre España. El más importante es el de Mario Praz: "Península pentagonal".

Mario Praz, que vive en Inglaterra y está un tanto influenciado por el "humour" inglés, ha escrito un libro burlesco y, a veces, risueño. Nada favorable para España y los españoles. Mario Praz, después de negar lo pintoresco español, afirma que en España todo es monótono: el paisaje, la cocina, la literatura, la pintura, la arquitectura, las fiestas de la Semana Santa en Sevilla, las corridas de toros. Monótono el Quijote y el teatro de Calderón y Lope de Vega. Monótonos el Greco, Velázquez, Zurbarán y Goya, cuyos tonos apenas se diferencian. Y espantosamente soporíferas las corridas de toros.

No tiene razón Mario Praz. El paisaje castellano, es cierto, presenta generalmente el mismo tono gris y ocre; pero Castilla no es España. Nada tienen de parecido con los austros y casi místicos paisajes castellanos las tierras melancólicas y suaves de Galicia, o las campiñas amables de Andalucía. En España coexisten casi todos los climas y los más diversos paisajes. Mientras nieva en Granada, muy cerca de allí, en Málaga, se desarrolla un invierno como el de Túnez o el de Argel. En la comarca del Cantábrico crece el nórdico pino, y en Elche la palmera que produce el dátil. Cada capital castellana tiene un carácter propio. Y no conozco ciudades más distintas por el color, las líneas y el alma, que la trágica Ronda, la grave Salamanca, la exquisita Córdoba y la voluptuosa Valencia.

Pocos grandes pintores ha producido España, y por esto su arte no puede presentar la variedad fabulosa del italiano. Pero, ¿cómo es posible aseverar, sin remordimiento de conciencia, que el Greco, Murillo y Velázquez apenas se diferencian? ¿Qué hay de común entre "Las meninas" y "El entierro del Conde de Orgaz"? ¿O entre las Inmaculadas del pintor sevillano y las figuras retorcidas y llameantes del poderoso genio de "El Espolio"? La corrida de toros puede parecer monótona a quien la presencia por primera vez. Esto ocurre con todos los deportes. Los mayores aburrimientos de mi vida: "un partido de football" y otro de polo. Comprendo que para interesarme en ellos me faltó un cierto conocimiento de sus leyes. Igual sucede con las corridas, aunque la fiesta de toros tiene a su favor un suntuoso aparato decorativo, que no posee ningún otro espectáculo en el mundo.

Para sentir la belleza de las corridas de toros, como de la Semana Santa de Sevilla, es preciso tener alma de artista; y Mario Praz no la tiene. Uno de los momentos más bellos e impresionantes del viajero es el llegar de noche a Segovia. Lo he descrito en "El solar de la raza" y no lo repetiré aquí. Praz ha llegado también de noche; pero, en lugar de atender al ambiente de otros siglos que rodea a la vieja ciudad castellana, sólo se preocupó de los tumbos del ómnibus, exagerándolos para divertir al lector o para convertirlos, tá-

citamente, en un argumento contra España.

Poco imparcial Mario Praz. "Los jettatores, asegura, son obligados a venderse el ojo considerado fatal". No tengo noticia de que exista en España esta costumbre. Lo curioso es que lo diga un italiano, pues en Italia se inventó la cosa y el nombre.

Mario Praz conoce un tanto la literatura y el arte españoles, pero no lo bastante para no errar gravemente. Por ahí afirma que "el Renacimiento significó para España no un estilo arquitectónico, sino un estilo decorativo, el plateresco", como si no existiese la obra de Juan de Herrera y la de sus antecesores y sus discípulos. Más grave aun es su aseveración de que "poco más significó el barroco", pues este estilo tuvo en España—léase el magnífico libro de Otto Schubert—un desarrollo esplendoroso y produjo obras tan bellas como la fachada de la Catedral de Santiago de Compostela.

Si Mario Praz ha pretendido divertir a costa de España y de los españoles, no lo ha logrado. Su prosa es difusa y, por encontrarlo todo monótono y querer convencernos de la monotonía de España, ha escrito un libro monótono.

El conde Keyserling no ha dedicado a España un libro, sino un capítulo de "Europa", tal vez el mejor. Sus observaciones presentan un excepcional interés.

Keyserling, psicólogo de pueblos, filósofo de la historia, ha buscado el carácter de España a través del hombre. No describe paisajes ni costumbres ni estudia el arte o la literatura.

España, según él, pertenece al África. España es desierto, cuando no estepa u oasis. Reconoce que así es solamente Castilla, pero afirma que Castilla es España. "Lo determinante en el espíritu castellano y lo que caracteriza al paisaje castellano es lo cósmico, lo astral". Este mismo predominio distingue lo africano, "caracteriza todo el paisaje africano, toda la cultura africana". España "pertenece, desde tiempos remotos, al círculo africano de cultura". Y por ser antiquísimo, "únicamente puede ser renovadamente representativo para España el pueblo antiquísimo de los vascos". Para comprender a los españoles, hay que compararlos con los beduinos. Y todos los españoles que han tenido importancia histórica han sido castellanos o encarnaron el espíritu castellano.

De estas ideas, algunas de ellas erróneas, deriva Keyserling su psicología de los españoles. Pero Castilla ya no es toda España, si bien contiene lo español fundamental. Cada día aumenta la diversificación regional. Cataluña, primero; Vasconia y Galicia, después; y ahora Andalucía, han ido despertando con un fuerte espíritu propio. Castilla, inferior en población a cualquiera de aquellas comarcas—si se descuenta la poco castellana Madrid—va quedando como el museo de España.

¿Y qué es esa "cultura africana"? No conozco otra cultura africana que la egipcia, con la que nada tiene que ver lo español. La cultura africana vinculada a España, la del Norte de África, es sencillamente la cultura romana. España fue el más romano de los pueblos conquistados por Roma. Era romano antes de pertenecer a Roma. De ahí que algunos de los romanos más típicos—Séneca, Trajano—fuesen españoles representativos, casi idénticos a los actuales españoles. Y no es exacto que todos los españoles de importancia histórica hayan sido castellanos o encarnado el espíritu de Castilla. Algunos ejemplos en contrario: Velázquez, Goya, Castelar, Cánovas. Y me parece atroz herejía equiparar con los beduinos al español sedentario,

NUEVAS VISIONES DE ESPAÑA



honrado y ordenado en la organización familiar.

Y como España es desierto, continúa Keyserling, "todo español es único y solitario como don Quijote". De aquí su "cultivo de la virilidad, de la dignidad del hombre". Quiere vivir por su cuenta y hacerse justicia por sí mismo, única justicia que le parece "natural y digna del hombre". Como habitante de los desiertos, el español tiene conciencia de lo trágico de la vida: así, los mejores Cristos españoles representan al Salvador agonizando. Pero estas ideas de Keyserling podrían ser verdaderas en los campos castellanos. En ninguna parte el hombre está menos solo que en España, donde la vida familiar y las largas horas en los cafés unen a las gentes. El español no es reservado, como el inglés, por orgullo, o el francés, por pudor de sus sentimientos. En estas tierras de América conocemos muy bien a los españoles y sabemos que son harto espontáneos, comunicativos y que tienen la confianza fácil. Aquí no creemos jamás en la gravedad silenciosa de los españoles. Quizá los campesinos sean graves y silenciosos—el campesino lo es en todas partes—, pero nunca el hombre de las ciudades o de los pueblos.

Para comprender a España es preciso conocer la historia de España, y me parece evidente que Keyserling la ignora. Sin saber lo que significó el Concilio de Trento y la parte que en él tuvo España; sin haber estudiado la obra de Ignacio de Loyola y la de los monarcas de la casa de Austria; sin tener una idea de lo que fue la península antes de los Reyes Católicos, es imposible comprender a España. Esto es difícil para un protestante, a quien ha de parecerle absurdo el programa político de Felipe II o las empresas de San Ignacio. España es un país empapado de teología y moral católicas, es un pueblo cuyo carácter ha sido definitivamente constituido por el espíritu de la contrarreforma. Si Keyserling conociera y sintiera estas verdades, no habría ido a buscar el ansia de inmortalidad que ennoblece a los españoles en la inmensidad vacía del desierto, y se hubiera evitado la tontería de comparar aquella creencia católica—tan arraigada entre los españoles—con "la certidumbre islámica de la inmortalidad en un paraíso bello como un oasis". Igualmente, la doctrina de Unamuno nada tiene que ver con aquella "certidumbre islámica". Su caso es del espíritu tironeado por dos fuerzas contrarias: el mandato y el deseo de creer, obra de la herencia y de la cultura católica, y la imposibilidad de creer.

MANUEL GALVEZ

Pero cuando se trata de sus observaciones, y no de sus interpretaciones, Keyserling suele tener aciertos admirables. Así, al hablar de "la maravillosa espiritualización de todo cuerpo español, por grande que sea su falta de espíritu y su pobreza sentimental". Exactísimo. Siempre hay algo de espiritual en un español, así como raras veces hay algo de espiritual en un norteamericano o en un alemán. Igualmente acierta Keyserling cuando advierte que "todo español es al mismo tiempo don Quijote y Sancho Panza". Este "realismo extremo e irrealismo extremo", como él dice, lo encontramos, por ejemplo, en Santa Teresa y en Loyola, los cuales miraron al cielo y, a la vez, se ocuparon de las cosas cotidianas con extraordinario sentido de la realidad. Pero Keyserling no explica con acierto el espiritualismo de los españoles, que es de esencia católica.

Keyserling habla de una "substancia originaria", que equivaldría a lo que antes se llamó "la esencia de las cosas". Esta substancia originaria de España, que podría ser también el alma de España, da su carácter a la atmósfera psicológica de España, y de ahí que en este pueblo lo antiguo sobreviva en lo nuevo con tan singular fuerza. Pero yo veo que lo antiguo comienza a desaparecer también en España. La ruina de las viejas ciudades es paralela a la ruina de las costumbres, las ideas y los sentimientos de otro tiempo.

Primo de Rivera y el Rey son para Keyserling dos prototipos del chofer, es decir, del hombre mecánico, del ciudadano "del mundo que nace". Creo lo mismo respecto del ex dictador, y por esto, por ser un hombre práctico de esta época, ha podido realizar una gran obra de progreso. Soy adverso a este tipo de hombre, como se adivinará; pero lo considero necesario en los países que han sido gobernados por políticos, idealistas o charlatanes. A los Estados Unidos, en cambio, le convendría ser gobernado por hombres "espirituales". Respecto al Rey, no sé hasta qué punto pueda ser considerado como un representante típico del "mundo que nace". Alfonso XIII siente hondamente la tradición. Estoy seguro de que para él España no ha de ser sólo una parte de la península ibérica. Ha de sentir "una más grande España" y pensar en ella: la España de la raza y del idioma que crece más allá del mar. Yo diría que Alfonso XIII es, como dice la frase de Rubén Darío, "muy antiguo y muy moderno y muy cosmopolita". Juzga Keyserling con más acierto a Unamuno. "Don Quijote, dice, en la figura de Unamuno, se halla exactamente en la frontera hispanofrancesa, con la mirada vuelta a la patria". Pero esto no es cosa del pensador alemán, pues el propio Unamuno se ha comparado con don Quijote. En una carta, ya en el destierro, me decía: "Tengo que vivir mi vida de don Quijote".

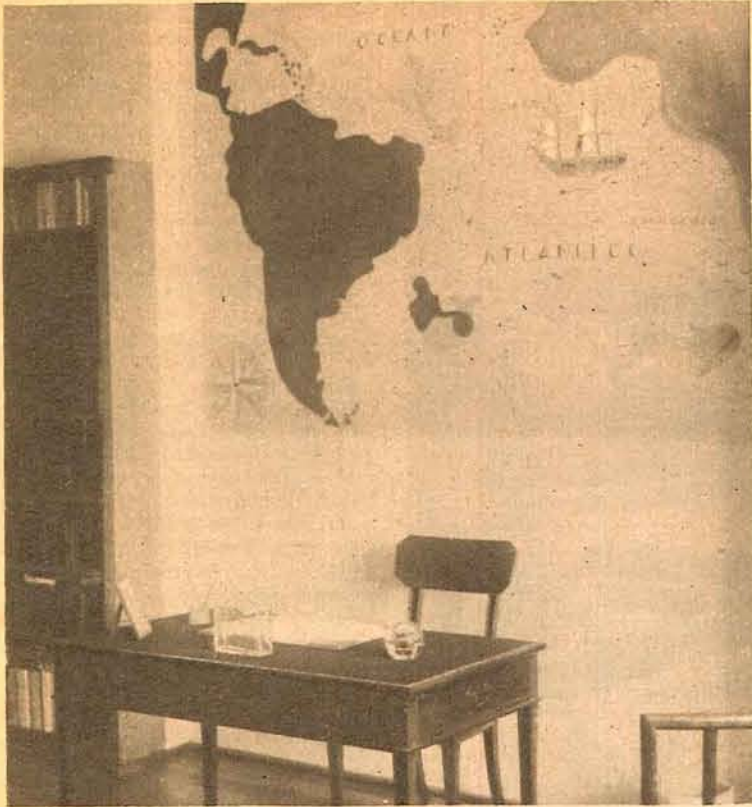
¿Cuál será la misión de España en la Europa futura? Keyserling se contesta: "despertar el sentimiento del cuerpo y de aquella parte del alma más próxima a la vida que se halla en relación inmediata con él, manifestándose en anhelo de vida y temor a la muerte, en pasión elemental con sus sí y no incondicionales". O, en otras palabras: "España aparece en la síntesis de la nueva Europa como representante de lo que es cósmico originario, de lo que ha sido y será anterior a toda historia". Todo esto, un poco obscuro, ciertamente, significa que Keyserling le atribuya a España una misión ética. "No hay pueblo alguno, asegura, que tenga un Ethos tan originario y tan hondamente arraigado". Pero Keyserling comprende en lo ético no solamente las normas morales, sino también la apostura, la dig-

nidad. Sobre estas cosas tiene observaciones originales e interesantes, pero se equivoca al creer que "todo español no degenerado es un señor". El campesino de cualquier parte de España, tal vez. Los castellanos viejos, los vascos y los aragoneses, posiblemente. Pero puede afirmarse que en el español de las clases medias, y aun de las elevadas, abunda el individuo harto espontáneo, familiar, conversador, chistoso. Lo que suele llamarse "el empaque castellano" va siendo cada día menos frecuente en Castilla y apenas existe en otras regiones españolas. Pero esto nada tiene que ver con la ética; e interpretada esta palabra en su estricto sentido, podemos decir con Keyserling: "en lo ético, España se encuentra a la cabeza de la actual humanidad europea".

Parecerá extraño que, en un mundo mecánico, según ve Keyserling el porvenir, pueda representar España una misión. El pensador alemán considera, con razón, que el español es declaradamente dinámico, pero antimecánico. Creo que las grandes fuerzas del carácter español han permanecido durante mucho tiempo en reserva, latentes, y que ahora comienzan a actuar. Keyserling opina que el europeo, como criatura ética, deberá hacerse español si quiere alcanzar la perfección. Es decir: que, habiéndose desmoralizado Europa, sólo en España quedará el principio ético. Aquella idea de Keyserling, ¿no es, acaso, lo mismo que la de Unamuno, según la cual era preciso "españolizar a Europa"? Pues no veo otro modo de españolizarla que en un sentido moral.

Creo que Keyserling exagera asombrosamente. Italia, y aun Francia, pueden desempeñar también la misión que él augura para España. Si en Francia está lo peor del mundo, también está lo mejor del mundo. El error de Keyserling consiste en prescindir de la moral religiosa y de la Iglesia Católica. En estos momentos no puede discutirse que, en medio del paganismo y de la corrupción contemporáneas, sólo existe una fuerza capaz de salvar al mundo: la Iglesia Católica. No es preciso ser católico para reconocer esta verdad. Escritores y políticos liberales, ateos y protestantes la han declarado con noble sinceridad. Y bien: España es el país europeo en que mejor se conserva la moral católica. El fervor religioso, salvo en algunas regiones, es menor que en Francia o en Italia; quiero decir en cuanto a la calidad, no a la extensión. Pero en ninguna parte la moral católica está más profundamente arraigada que en España. Keyserling afirma que "la substancia española puede encarnarse, sin duda, en el mundo moderno, y lo hará indiscutiblemente". No explica de qué manera esto habrá de ocurrir. Yo creo que es el cristianismo lo que debe encarnarse en el mundo moderno. Hay síntomas de que esto ocurrirá. La salvación del mundo vendrá del Vaticano, de Roma, y no de España, aunque España contribuirá a ello.

Keyserling coincide con Waldo Frank al asegurar que España, a pesar de que "exteriormente ha ido hacia abajo", no está en decadencia ni fué decadente nunca. Eso sí, observa, y creo que se equivoca, que el español no es progresivo. "Es africano eterno, dice, en el mejor sentido de la palabra", y desea que siga siéndolo, o, lo que es igual, que siga fiel a su substancia. En casi toda España, el español va demostrando que es capaz de progreso y que desea el progreso. Para España, desde el punto de vista moderno, tal vez esto sea un bien. Para el mundo, es un mal. Porque la admirable vieja alma española—lo que Keyserling llama "su substancia originaria"—desaparecerá a la larga, con el progreso material y la prosperidad económica.



LOS MAPAS EN LA DECORACION

Mapa pintado por Norah Borges de Torre para la casa de Da. Victoria Ocampo

sidad la galería geográfica del Vaticano, dedicada con preferencia al territorio de Italia y sus dominios. La mayoría de los mapas que cubren sus paredes fueron ejecutados en 1581 por el mencionado Danti; el valor decorativo de estas obras, pintadas en colores diversos, resiste la vecindad abrumadora de la Capilla Sixtina y otros ambientes que lucen obras maestras de Rafael, Correggio y Miguel Angel.

El rey Carlos II de Inglaterra, influenciado por la moda italiana, mostraba verdadera predilección por los mapas murales, a los que daba sitio de honor en las cámaras de su castillo. Y tanto en Portugal y España, como en otros Estados europeos, era común el uso de tales elementos para revestir los muros desnudos de salones y bibliotecas.

La cámara de los artesanos en la Casa de los Donceles, de Granada, estaba cubier-

ta de alegorías geográficas perpetuando los hechos del Gran Capitán y sus descendientes los Fernández de Córdoba. Las pinturas, ejecutadas al temple, enriquecían la severidad del ambiente con sus colores vivos; el azul turquesa, el amaranillo, el rojo carmín, el marrón y el verde esmeralda. Sus motivos artísticos se alternaban con otros de carácter naturalista. Carabelas y galeones, peces, algas marinas, sirenas y monstruos mitológicos.

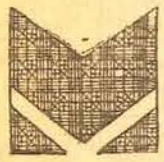
En la llamada Casa de los Tiros de la misma ciudad, existe una sala de recepciones cuyo magnífico artesonado contiene retratos de los señores de Granada-Venegas; sus muros, blanqueados hoy, tenían mapas alegóricos de Andalucía y países del Oriente, donde estos sucesores de la dinastía árabe de la Alhambra renemoraban la grandeza islámica de sus antepasados.

La divulgación de los viajes y el sentido universal de la vida que es privilegio de nuestra época, ha impuesto en el deco-

rado de interiores una marcada influencia hacia estos elementos geográficos, que revelan ilustración y refinamiento.

Hay artistas especializados en esta clase de obras, para cuya ejecución se requiere técnica y conocimientos especiales. Dos mujeres se nos revelan hoy en este sector de las manualidades decorativas, ni fácil ni asequible a cualquier pintor, aunque conozca a conciencia las normas en que el arte se desenvuelve. Nos referimos a la norteamericana Marion Bridgman, autora de hermosas cartografías existentes en suntuosas viviendas de Nueva York y Stanford, y la argentina Norah Borges de Torre, cuyo espíritu, abierto a todas las inquietudes del arte nuevo, ha sabido orientarse felizmente al sector de las decoraciones murales, donde ha obtenido éxitos apreciables y merecidos. Su mapa de las tres Américas en la Biblioteca de la Sra. Victoria Ocampo, es una obra ornamental que no carece de finos valores pictóricos y que nos da en cierto modo la medida de su delicadeza y originalidad como pintora.

EMILIO DULAC



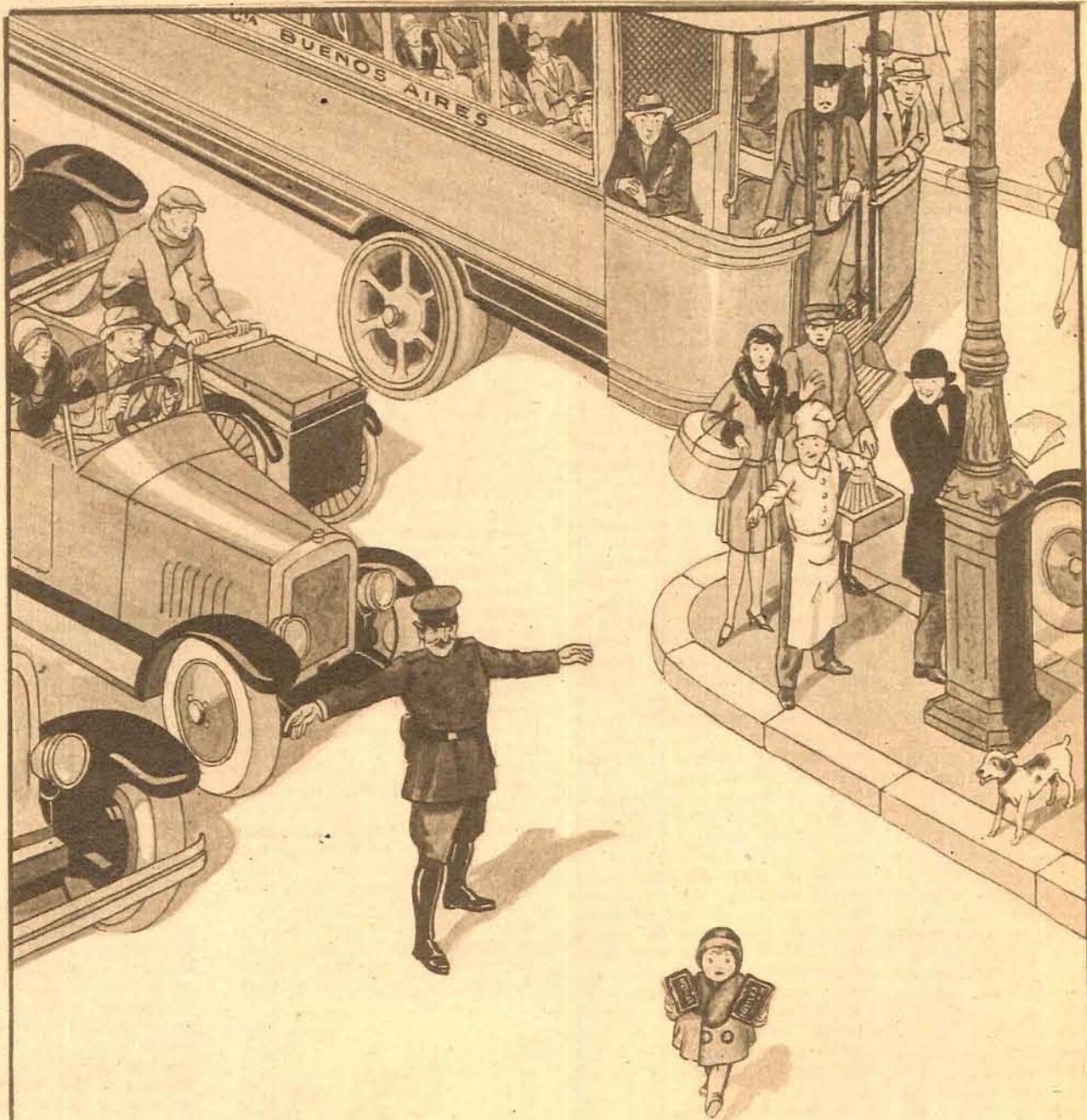
UCHOS son los valores que ha reconquistado la época moderna en el campo de las artes decorativas. Y el empleo y utilización de los mapas murales en el adorno de interiores — una de las más recientes novedades en materia de ornamentación —, debe considerarse como un feliz retorno a la moda impuesta por el monje cartógrafo Ignacio Danti, allá por los años de 1563 a 1580, o sea cuando el Renacimiento italiano llegaba al límite más alto de su florecimiento.

El siglo XVI señala en el Viejo Mundo una era de exploraciones temerarias, como si el espíritu de conquista que había estado sujeto a las luchas del Continente, por la religión y el feudalismo, se desbordara súbitamente en el deseo de penetrar todos los misterios y salvar todas las distancias del mar y de la tierra. Los viajes de Marco Polo habían despertado en Italia el gusto por las aventuras a remotos países. Y las expediciones marítimas de Portugal y Holanda, casi simultáneas al memorable descubrimiento de las Antillas por Colón y los hermanos Pinzón, como también las hazañas navieras de los ingleses al sur de Terranova, de Magallanes en la Tierra del Fuego, y, por último, el viaje de circunvalación de Juan Sebastián de Elcano alrededor del mundo, crearon la necesidad de reconstruir en cartas náuticas y mapas descriptivos las características más salientes del suelo planetario, las sinuosidades montañosas, el curso de los ríos, las islas y archipiélagos de mar del Sur, las corrientes oceánicas y las influencias del clima con relación a los sistemas astronómicos.

Recordemos por su grandio-



Sala de estudio "para un príncipe heredero", según un proyecto de J. Ruhlman



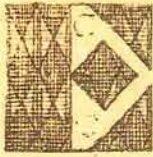
El Chocolate NESTLÉ se abre paso

LAS ETIQUETAS SE CANJEAN POR JUGUETES, ÁLBUMES Y REGALOS ÚTILES

CASA NESTLÉ, Balcarce, 327, Buenos Aires.

Se ruega enviar una lista de premios a:

NOMBRE.....
DIRECCIÓN.....



S. en verdad, Villa Medici (una de las más bellas y sugestivas villas romanas), un lugar poco conocido aún

de los mismos romanos, a pesar de tener su entrada principal al lado del Pincio, que es el jardín más concurrido de la Capital. Los pocos que lo frecuentan son los extranjeros o los enamorados de la soledad, debido al gran olvido en que lo tiene la mayor parte de la población.

Sin embargo, una vez al año, los soberanos de Italia, el embajador de Francia y una "élite" mundana e intelectual, lo mismo de la Capital que de las colectividades extranjeras, hacen una visita a la villa para admirar los trabajos de los pensionados de la Academia Francesa — que tiene su residencia en un imponente palacio que forma parte de la villa — y son allí recibidos por el director de la Academia, que es actualmente el amable y notable escultor Denys Puech.

En las obras que se exhiben en dichas exposiciones es evidente, sobre todo, la influencia que la proteica belleza de Roma — de la Roma antigua, de la Roma del Renacimiento y de la barroca — ha ejercido sobre la inspiración de los pensionados. La finalidad del Gobierno francés, el cual mantiene a sus expensas a los pensionados, es la de asegurar a éstos un período de recogimiento artístico exento de las preocupaciones de la vida material; y no cabe duda que ningún ambiente se adaptaría mejor que Roma a la valorización y al refinamiento de una personalidad artística, ni podría encontrarse ningún retiro más tranquilo, más sugestivo y más armonioso que el que ofrece la Villa Medici. Estaría muy equivocado quien creyese que la Villa Medici es una especie de monasterio, de retiro definitivo para los pensionados; no, ésta no es más que un gran hotel hecho para ellos en Italia; y, además, no sólo pueden buscar fuera de la villa, entre las bellezas artísticas, arquitectónicas, pictóricas de Roma o panorámicas del Agro, motivos de inspiración, sino que pueden dedicarse a una especie de turismo a través de Italia, llegando por fin hasta otros países de más antiguas civilizaciones mediterráneas, como Egipto y Grecia, procurando de este modo llegar de una manera más íntima y más completa hasta las grandes fuentes del arte.

Fundada en el 1665 por Colbert, el célebre ministro de Luis XIV cuyo busto de mármol rizo en rizados y pliegues barrocos, preside la gran biblioteca de Villa Medici, la Academia de Francia tuvo como primera residencia el palacio Capranica, antes palacio de la Valle, en el lugar que ahora ocupa el teatro que lleva este nombre.

Pero la investigación histórica no ha logrado averiguar con certeza a quién corresponde en definitiva la idea de crear este glorioso instituto. ¿Fue Pousin, Errard o Le Brun el padre de la Academia de Francia en Roma?

Pero lo que más se acerca a la realidad es que Errard hizo la propuesta a Colbert y el gran ministro la realizó.

Es indudable que el propósito de mandar a Roma a los jóvenes estudiosos para cultivar su espíritu entre las obras maestras allí reunidas, fué muy del agrado del consejero del Rey Sol, tanto más que desde hacía ya algún tiempo Francia enviaba a Roma con una especie de bolsa de estudios a los jóvenes que sobresalían en las artes.

Pero el palacio de la Valle no debía ser la residencia definitiva de la Academia, y así, en el 1726, cuando el propietario Camilo Capranica empezó a edificar el teatro Valle, la Aca-



La Villa Medici

VILLA MEDICIS

LA CASA DE LOS ARTISTAS FRANCESES EN ROMA

PCR

ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, enero de 1930.

demia Francesa se trasladó al palacio Mancini (más tarde palacio Nevers) en el Corso. Y en este palacio (actualmente palacio Salviati) permaneció hasta que Napoleón I le concedió en el 1803 la Villa Medici, que pertenecía entonces al Rey de Etruria, a quien se concedió, en cambio, el palacio Nevers.

El palacio Medici surge sobre el área que en el siglo XV, después de larga serie de azarosas vicisitudes, pertenecía: parte a Catalina de Medici y parte al cardenal Ricci de Montepulciano; siendo Fernando de Medici quien, después de comprar la parte del cardenal Ricci, hizo construir, en el 1576, la villa y el palacio.

Parece ser que el arquitecto fué Annibale Lippi, aunque algunos creen ver en el edificio, y particularmente en algunos motivos ornamentales, el estilo de Flaminio Vacca y hasta el de Miguel Ángel Buonarroti; sea quien fuese, lo que no cabe duda alguna es que el palacio se ofrece a nuestra admiración como una de las más típicas expresiones de aquella edad de oro del Renacimiento, durante la cual tuvo su origen.

Las piedras que componen el palacio fueron probablemente, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, substraídas a las ruinas de algún antiguo monumento romano. Los escritores de entonces celebran las bellezas y los tesoros de la villa y del palacio; y recuerdan obras admirables allí reunidas por obra y gracia de la esplendor de Fernando: estatuas, bajo relieves, cuadros, fuentes, etc., en su mayor parte desaparecidos durante los siglos que siguieron.

Oprimidos y perseguidos encontraron asilo en el magnífico palacio: San Gaetano de Thiene, fundador de la orden de los Teatines, en él se refugió durante el saqueo de Roma; y más tarde, desde el 1663 al 1664, un gran mártir de la ciencia y de la libertad de pensamiento, Galileo Galilei, en él resistió las persecuciones de la Iglesia romana. Luego Fernando II — hijo y sucesor de Cosimo II — estableció en el palacio la Embajada del Gran Ducado de Toscana; y durante un período de tiempo posterior, María de Medici, futura mujer de Enrique IV, transcurrió en él parte de su juventud. Pero llegó la hora en que empezó a declinar la casa de los Medici y al sucederla en el dominio de Toscana la casa de Lorena, a ésta pasó también la posesión de la villa y del palacio Medici. "¡Cuánta sombra

des se han marchado y no volverán".

Quedó, sin embargo, Villa Medici como lugar preferente de reunión y de paseo de los romanos. A la esplendor de vida de los Medici sucedieron los juguetes y burlas del siglo de las pelucas. Bucles de oro del "settecento", peinados arquitectónicos, espadas de pisaverdes, capas de seda de los abates procaces, pequeñeces y diversiones goldonianas, amores y escándalos, cumplidos, madrigales, epigramas...

Después, con la instalación de la Academia en la villa, acabó por desaparecer hasta este espectro de vida mundana. Quedó, sin embargo, abierta la villa algunos días de cada mes, y no le faltaba en aquellos días una clientela compuesta casi toda de colegas y de pedagogos con sus respectivos alumnos.

Pero al mismo tiempo la villa iba adquiriendo cada vez más brillo por la importancia siempre creciente que iba tomando la Academia.

Cuarenta mil francos fueron empleados por el director de aquel tiempo, Suvée, para los trabajos de adaptación, y los perfeccionamientos y las reformas continuas que se han hecho han llevado a la Academia a su actual situación de gran institución artística.

También los reglamentos escolares fueron poco a poco haciéndose más amplios: los pintores de paisaje y los grabadores fueron admitidos, lo mismo que los pintores de historia, los escultores y los arquitectos. Méhul — el jefe de la escuela musical francesa — abrió Villa Medici a los pensionados de música, y entre éstos pueden recordarse los grandes nombres de Carlos Gounod, de Héctor Berlioz, de Georges Bizet, de Claude Debussy, en cuyas partituras gloriosas encontramos a veces los ecos de estas inspiraciones romanas que hicieron también célebres los cuadros de otros pensionados como Pousin, Horace Vernet, Ingres y Carolus Duran.

Una descripción detallada del palacio y de la Academia me llevaría demasiado lejos, sin conseguir con esto que fuese vitalmente representativa. Me limitaré, pues, a señalar en el primer piso, la biblioteca decorada por inmensos tapices regalados por Luis XIV, y en el segundo piso el gran salón en el cual se admiran otros tapices donados por Luis XV. Todo el resto del edificio está ocupado por las habitaciones del director, por las de los pensionados y por el famoso refectorio en

el cual puede notarse una curiosísima colección de retratos. Son los de todos los pensionados de principios del siglo XIX. El valor artístico de algunos de ellos es más bien mediocre, pero la colección presenta un interés extraordinario, sobre todo en cuanto se refiere a aquellos que alcanzaron la celebridad y de los cuales quizá estas telas sean el único recuerdo de sus semblantes juveniles.

Esta tradición se continúa hoy día, y cada año uno de los pintores de la Academia tiene el encargo de hacer los retratos de sus colegas.

Otros estudios y habitaciones de los pensionados se encuentran diseminados, casi escondidos, entre las encinas de la villa. Son pequeñas construcciones que presentan el aspecto característico de las más humildes casitas romanas — con pequeñas logias y retretes exteriores — y a las cuales se accede por angostas escaleras de caracol. Al lado del quicio de la puerta hay una lámpara de aceite para facilitar al pensionado el acceso a su habitación. Este insignificante detalle puede servir para darse cuenta exacta de la sencillez de la vida de los huéspedes de Villa Medici, sencillez que recuerda las más remotas tradiciones de la Academia, de las cuales tan sólo se diferencia en alguna que otra imposición, como, por ejemplo, el aumento del sueldo a los pensionados.

Entran cada año en la Academia cuatro nuevos pensionados que quedan en ella por espacio de cuatro años, excepto los grabadores de medallas, que se quedan solamente tres años.

En cuanto a la vida de los pensionados, a pesar de ser ésta "ad libitum", se conserva casi igual a la de los primeros tiempos de la Academia. Únicamente, y se comprende, ha desaparecido también en esta reunión de artistas aquella jovialidad ruidosa y despreocupada que fué hasta hace unos diez años la característica de todo cenáculo artístico, y especialmente de los de Roma.

Uno de los períodos más famosos, desde este punto de vista, en la historia de la Academia, fué el de la dirección de Vleghels (1724), cuando la Academia tenía su residencia en el palacio Mancini, y príncipes y prelados la frecuentaban, especialmente durante los carnavales, hasta tal punto que el mismo pontífice se mostraba maravillado y seducido por tanta esplendor.

Los alumnos de entonces organizaban mascaradas artísticas y recitaban Molière. Ahora ya no se habla de representaciones ni de mascaradas; los pensionados son serios, estudiosos y más inclinados al recogimiento y a las distracciones y espectáculos instructivos, que a las juergas de otros tiempos. Pero esto no impide que de vez en cuando el buen humor propio de su país y de su condición, vuelva por sus fueros y se organicen reuniones, meriendas y cenas fraternales. Y si bien el popular juego de la "ruzzica" (el disco de los antiguos griegos y romanos), que practicaban los pensionados en los paseos de la villa hasta mediados del siglo pasado, es ahora desconocido, lo han substituido con algunos juegos modernos tan sanos y divertidos como los bolos y el tennis.



El célebre Mercurio de Juan de Bolonia, en la Villa Medici

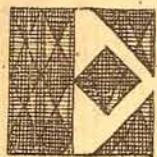




Por J. VALLES Y PUJALS

(Para LA NACION)

BARCELONA, enero de 1930.



ENTRE las características que diferencian a unos pueblos de otros, al lado de las de color y de lenguaje y de cultura y de carácter, figuran los juegos, los ejercicios mediante los cuales los hombres hacen gala de su fuerza, de su agilidad, de su destreza. Y a pesar de que hoy parece que un tipo de "sport standard" quiere dominar e imponerse en el mundo, se conservan todavía importantes manifestaciones locales bien dignas de ser conocidas.

Una de ellas perdura en la parte baja de Cataluña, la que se comprende entre Tarragona y Villafranca. La manifestación de fuerza que realizan los hombres de aquella región, su juego favorito, el espectáculo con que celebran sus festividades, consiste en agruparse en círculos y encaramarse los de un círculo sobre las espaldas de los del otro, haciéndose escalas y formando así atrevidísimas torres o castillos de una trabazón perfecta, que llegan a tener nueve pisos. Son verdaderas construcciones humanas; son edificaciones de carne viva, que se van levantando por sí solas y que se cimbrean y palpitán; son monumentos que tienen robustas piernas por pilares y que suplen con fornidos brazos el vigamen.

Difícil se hace hallar el origen de estas torres de hombres, pues la costumbre de encaramarse unos encima de otros es tan antigua que la practicaban ya los seres fantásticos de los tiempos caóticos de la mitología. Cuando el mar se tragó de un sorbo aquel continente que hoy yace en el fondo de la cuenca del Atlántico, los titanes que lo habitaban, los gigantes y robustos atlantes, queriendo evadirse del diluvio, prepararon a una sierra no conmovida aún por las aguas y, pretendiendo escalar el Cielo, levantaron una grandiosa torre. Enormes troncos, ciclópeos peñales, osamentas de ballena, todo lo que asomaba en el reflujo era asido por los atlantes y colocado sobre la cúspide. Y cuando ya no les fue dable alcanzar más materiales, continuaron la torre con sus

cuerpos, encaramándose los unos sobre los hombros de los otros... hasta que la ira del Eterno aterró aquel humano castillo, derrumbándolo en horrible cascada, del alto del Cielo a la tierra, de la tierra al mar y del mar a los antros.

Trasladémonos al mundo real. Claudiano, poeta latino del siglo V, en su panegírico del Consulado de Malio Teodoro, hablando de los espectáculos que se dieron en el Circo al tomar posesión dicho personaje de la silla curul, dice que "unos hombres elevados como los pájaros formaron en un abrir y cerrar de ojos una edificación con sus cuerpos, encaramándose los unos sobre los otros..."

¿Fueron estos castillos importados por los romanos a Tarraco o, por el contrario, los invasores los aprendieron de los nativos de este país, que ya los tenían desde los tiempos de los pelagos? Las dos cosas se han sostenido y ambas son verosímiles, pues la tarraconense fué, de todos los países que dependieron de Roma, el que mayor comunicación con ella tuvo y el que más resulta su hechura.

Tarragona fué tan semejante a Roma que tuvo como ésta su Capitolio y el Pretorio y el Foro y el Circo y las Termas y el Anfiteatro y el Acueducto; que levantó templos a la multitud innumera de divinidades romanas y, presidiéndolos a todos, en el lugar más elevado de la ciudad, el dedicado a Júpiter Capitolino; que recibió las caricias del gran César; que fué la morada del divino Augusto por más de un año; que fué distinguida por Adriano y por Trajano; que fué la escogida por la nobleza patricial del Imperio... Los hombres de Tarragona muestran todavía hoy el severo aspecto que se contempla en los relieves y en las estatuas de las monedas y de los museos romanos. Los carreteros aun dirigen los carros puestos de pie y con las piernas separadas, tal como iban los aurigas...

De otros pueblos también se sabe que tenían la costumbre de formar torres de hombres. Se ha referido que los galos, para escalar las ciudades y sorprender a sus centinelas, se encaramaban los unos sobre los otros. Y Goethe, en su "Wilhelm Meister" describe un juego, llamado de las fuerzas hercúleas, que consistía en una línea de hombres que llevaban sobre las espaldas a otros hombres y encima de éstos mujeres y chiquillos, figurando una pirámide humana.

CASTILLOS DE HOMBRES

Los "xiquets de Valls" formando un castillo

De entre las poblaciones de la comarca tarraconense, la que más se ha distinguido por formar los castillos humanos ha sido Valls, hasta el punto de que el juego es conocido en todo el país por "Els xiquets de Valls".

Las torres o castillos se forman en la vía pública siempre que se celebra una festividad o se conmemora algún acontecimiento. Y se alzan al son de música apropiada que hace sentir un instrumento típico de aquel país: la gralla. Salen al centro de la plaza los cuatro o cinco hombres que han de formar la base de la torre y la han de sostener entera sobre sus hombros. Son hercúleos, robustos de músculos, fuertes como el bronce. Enroscando sus brazos como se enroscan las serpientes, forman el primer círculo. Inmediatamente se apiñan a su alrededor varias docenas de hombres que forman con sus cuerpos un amplio y compacto macizo que ha de aguantar aquel sostén, tal como la tierra aguanta los cimientos del edificio. En seguida se ve a otros hombres, descalzo el pie, correr por sobre aquella apiñada multitud y colocarse sobre las espaldas de los primeros, enroscar, también, sus brazos y formar el segundo círculo. Docenas de manos de los que están agrupados alrededor sujetan fuertemente las piernas de los segundos. Y suben los terceros, cuyas piernas quedan atezadas por los brazos de los segundos. Y los cuartos, y los quintos y los sextos... Cuando la torre tiene ya ocho pisos sube rápido el "anxeneta", un chico de 8 ó 9 años, que ascendiendo por aquellos torsos, como un gato de mar sube por el mástil de un navío, se coloca en la cúspide con los brazos en jarra. Y el castillo queda hecho, dando la señal la "gralla" con un toque agudo y prolongado.

La multitud prorrumpe en gritos de entusiasmo, que ha debido contener mientras el castillo se formaba. A la admiración que produce la fuerza muscular de aquellos hombres y la resistencia de sus pulmones, que durante tan largo rato luchan con la asfixia, se une el sobresalto continuo que ocasiona el temor de ver derrumbarse el castillo. La ascensión del "anxeneta", sobre todo, llega a alterar los espíritus más fríos y serenos, pues sube con tal suavidad que parece ni rozar las espaldas, por sobre las cuales se va levantando. Diríase que se ve izado por un hilo invisible que pende del espacio.

Alguna que otra vez el castillo se derrumba antes de llegar a término: dos o tres oscilaciones de la torre, un escalofrío general, un grito agudo de espanto salido de centenares de pechos, la torre que se viene abajo, algunas piernas y brazos que sobresalen por entre la multitud que sirve de base... y vuelta a empezar como si nada hubiese ocurrido.

Fórmase también el castillo que se llama "espadat", que significa "cortado", "escarpado", "acantilado". Más que un castillo es un pilar, porque sólo hay un hombre en cada piso, agarrando el inferior las piernas del que lleva encima. Su equilibrio es mucho más difícil, pero una vez hecho, tiene más movilidad y va avanzando por la calle, comunicando fuerte emoción a los que lo contemplan. Cuando ha terminado la procesión de la fiesta mayor, ya anochecido, dos pilares humanos descienden lentamente por la amplia escalinata que da frente a la augusta Catedral de Tarragona y cada uno de los hombres que los forman

lleva en una mano un hachón encendido. A veces también el "espadat" se forma dentro de la torre o castillo circular.

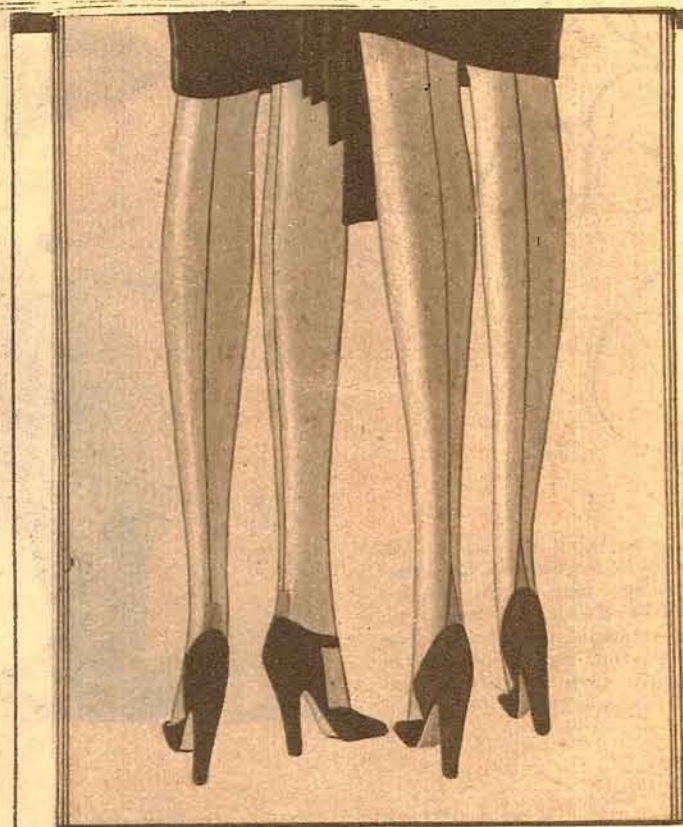
Y como si todo ello no fuera bastante a demostrar la fuerza y la destreza y la agilidad de aquellos hombres, se hace también el castillo "levantado por debajo". El primer círculo que se forma es el que ha de ocupar el piso más alto; se le levanta a plomo y es colocado sobre las espaldas del siguiente; luego son levantados los dos pisos y colocados sobre el que ha de aguantarles... Así llegan a formarse castillos de siete y ocho pisos.

Cada población tiene dos partidas rivales de castilleros, que disputan constantemente a cuál de ellas lo hará mejor. Y se apasionan los ánimos de los partidarios de unos y de otros, que llegan a formar bandos irreconciliables, con insultos y provocaciones, con palabras ofensivas y con canciones molestas. En ciertas ocasiones ha llegado a correr la sangre y

las autoridades han debido intervenir enérgicamente.

El castillero lo es, generalmente, muchos años. Casi todos entran en el oficio a los siete u ocho años, haciendo de "anxeneta"; después pasan al piso inmediato inferior, y así van descendiendo, a medida que tienen más años, hasta figurar en el círculo básico o en el cimiento. Y es una tradición de familia, teniendo los padres por un honor el que sus hijos sean también castilleros. En algunas torres ha figurado el abuelo en la base, el hijo en alguno de los círculos medios y el nieto de "anxeneta".

Raza fuerte, de recia musculatura es la que forma estos castillos humanos. A ella pertenecía el general Prim. Y cuando este adalid dirigía la campaña africana, como le costara gran trabajo apoderarse de un fuerte enemigo, que resistía tenazmente, llamó a un grupo de paisanos suyos y les hizo armar un castillo al pie de la fortaleza para colocar la bandera de España en lo más alto de ella. Así creyeron los moros, aterrados, que tenían el enemigo dentro y se rindieron.



Medias que satisfacen cualquier exigencia—

Calidad y moda—

Duración y economía—

POR más que Vd. busque, no encontrará medias que, como las Paris, le ofrezcan las tonalidades y modelos de moda más delicados, y lo que no es menos importante, una duración extraordinaria y precios realmente asombrosos.

He aquí algunos de los precios:

Artículo 48 — De pura seda natural con cuchilla calada y en colores de rigurosa moda. . . \$ 5.20

Artículo 44 — En seda Nipón, con cuchilla calada, colores de moda. . . \$ 4.20

Artículo 42 — En seda Nipón, con cuchilla calada, en colores de actualidad. . . \$ 3.60

VENTA AL
DETALLE:
En las principales
casas del ramo
de toda la
República.

PARIS



MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

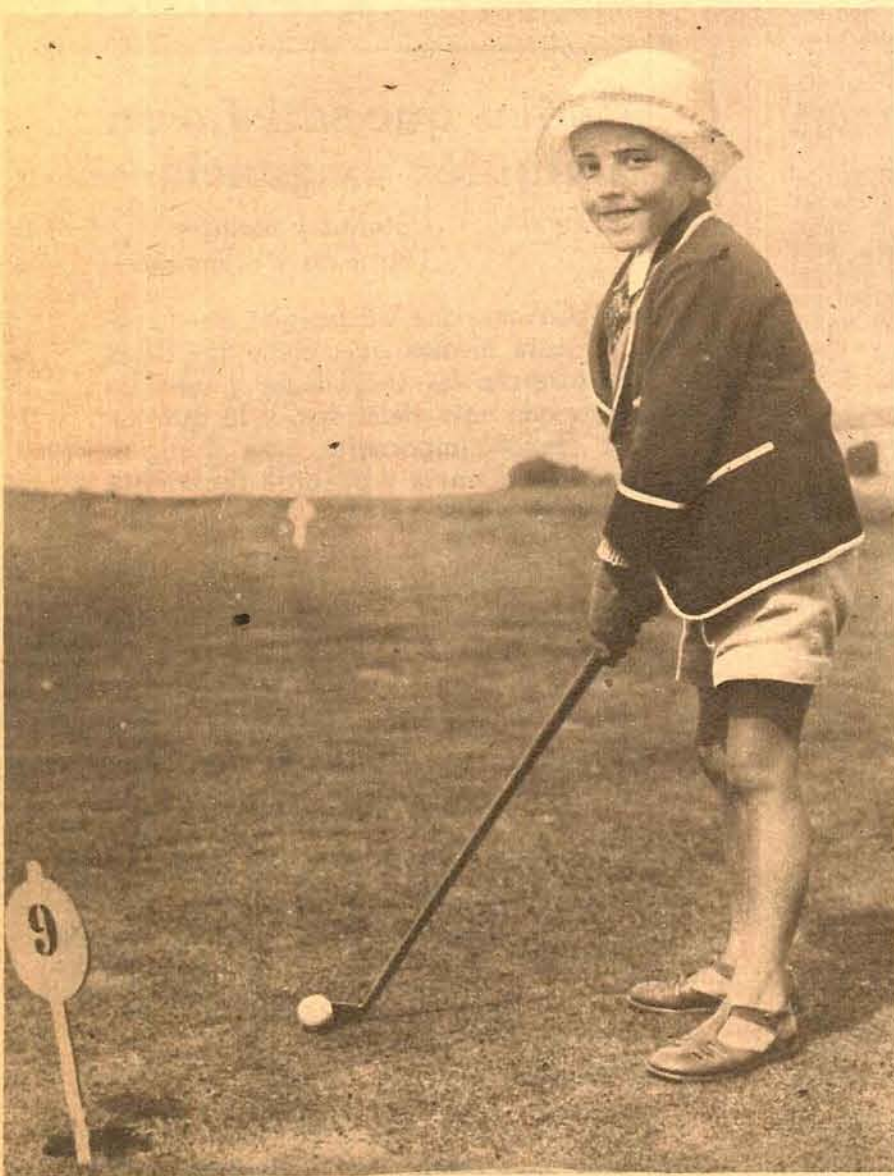
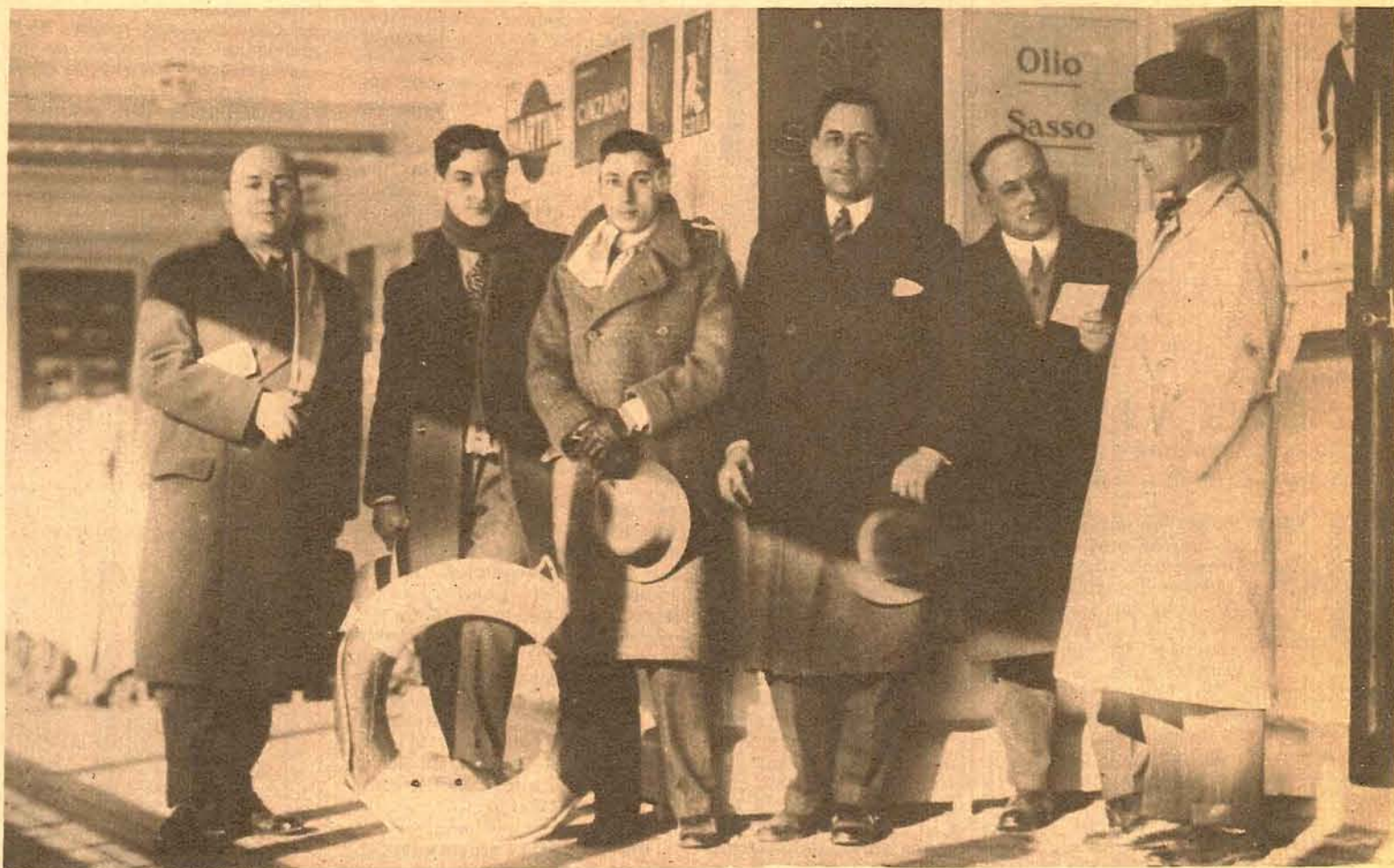
Distribuidores LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cía. S.A.C. — B. de Irigoyen 330



Los modernos elementos mecánicos al servicio del sport. La fotografía demuestra cómo se trabaja en la construcción de los nuevos links del Jockey Club, en San Isidro. Dos tractores rivalizan con los caballos

MOAICO SPORTIVO

Renato Cesarini es otro de los footballers argentinos que buscan campo más amplio en los países de Europa. Cesarini ha comprometido sus servicios con el Juventus, de Turín. En la fotografía se le ve junto a Raimundo Orsi, a bordo del Duilio, el día de su llegada a Génova



Carlos Alberto Belgrano, el más pequeño de los golfers, practicando en los links del Mar del Plata Golf Club



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. Da al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna
Posición admirable

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT.
GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL UNICO HOTEL EN PARK LANE
Telegrams Grosvenor Audley Londres.

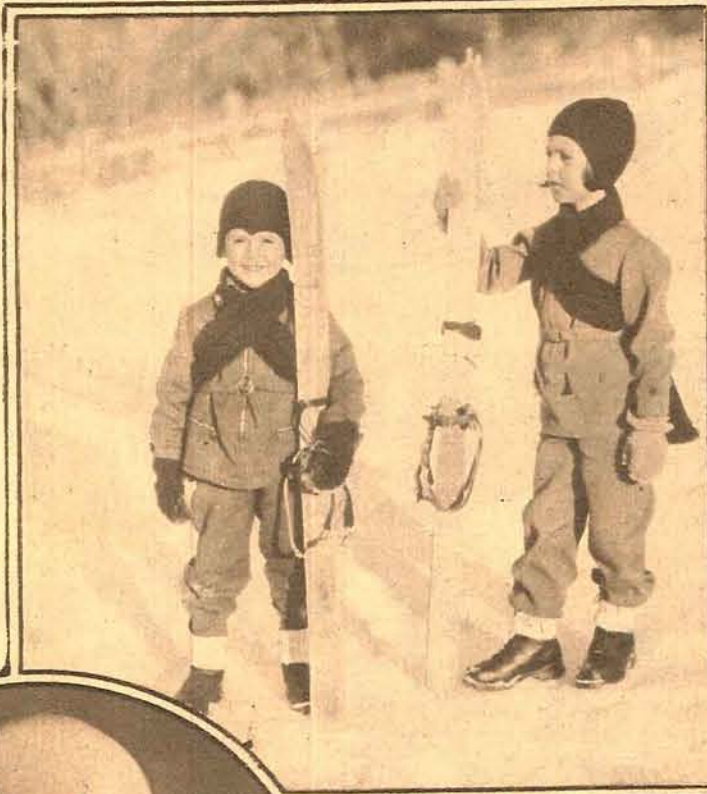
FIM SOCIAL



La señorita Adelina Castex Aguirre, de nuestra sociedad, ha obtenido el privilegio de un primer premio de belleza fotogénica que le fuera otorgado en uno de los últimos concursos realizados en los estudios cinematográficos de Hollywood.



Niños de del Carril.



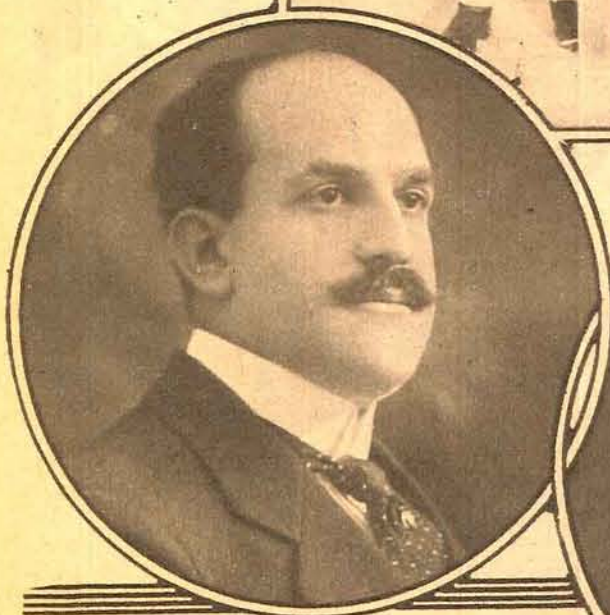
Da. Josefina Gainza Paz de Sánchez Elia, en la playa de Biarritz.



Da. Marta Aldao de del Carril, en Saint Moritz.



Da. Zelmira Paz de Gainza y D. Justo M. del Carril, en Saint Moritz.



Los esposos D. Adolfo Nocetti y Da. Eva Però, que cumplieron sus bodas de plata matrimoniales.

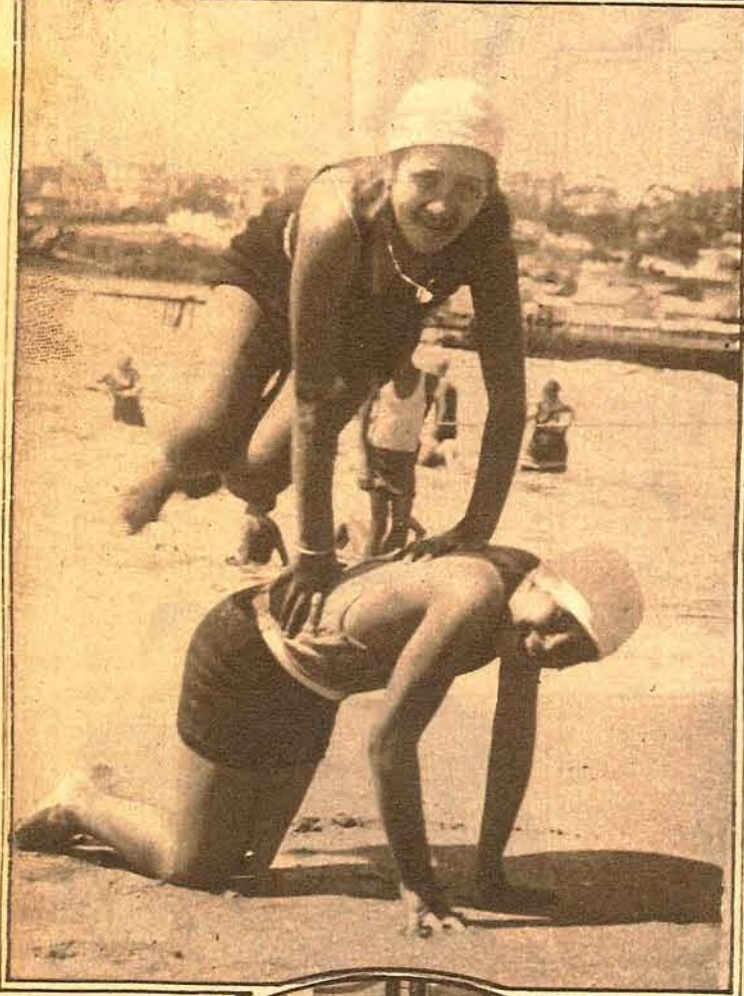


ACTIVIDAD MARPLATENSE

Un aspecto anima-
do de la playa
Bristol en las ho-
ras del baño.



La popular y aplaudida ar-
tista Cristina Díaz.



La gimnasia antes del baño
sirve para tonificar los
músculos.



Rosa B. de Ricagno y Lucía
Marta Chaves, en Playa
Grande.



El baño de sol es un amable
pretexto de sociabilidad.

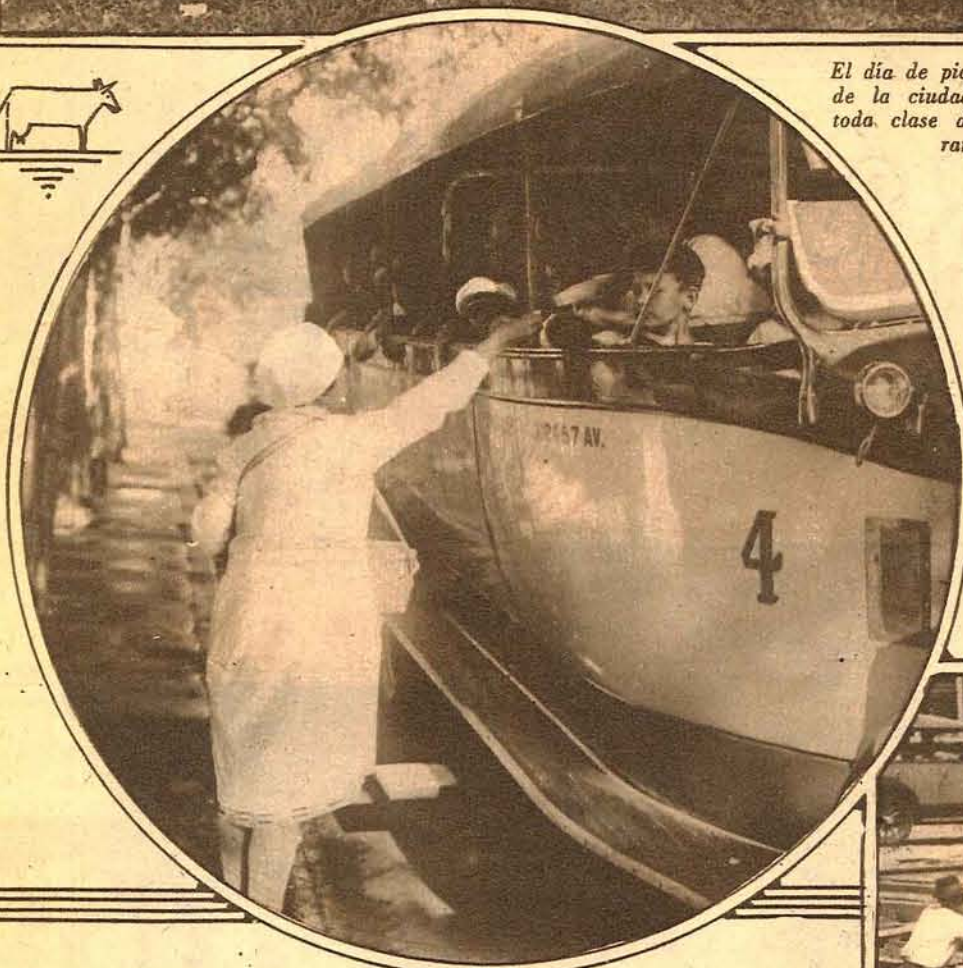


Instantáneas

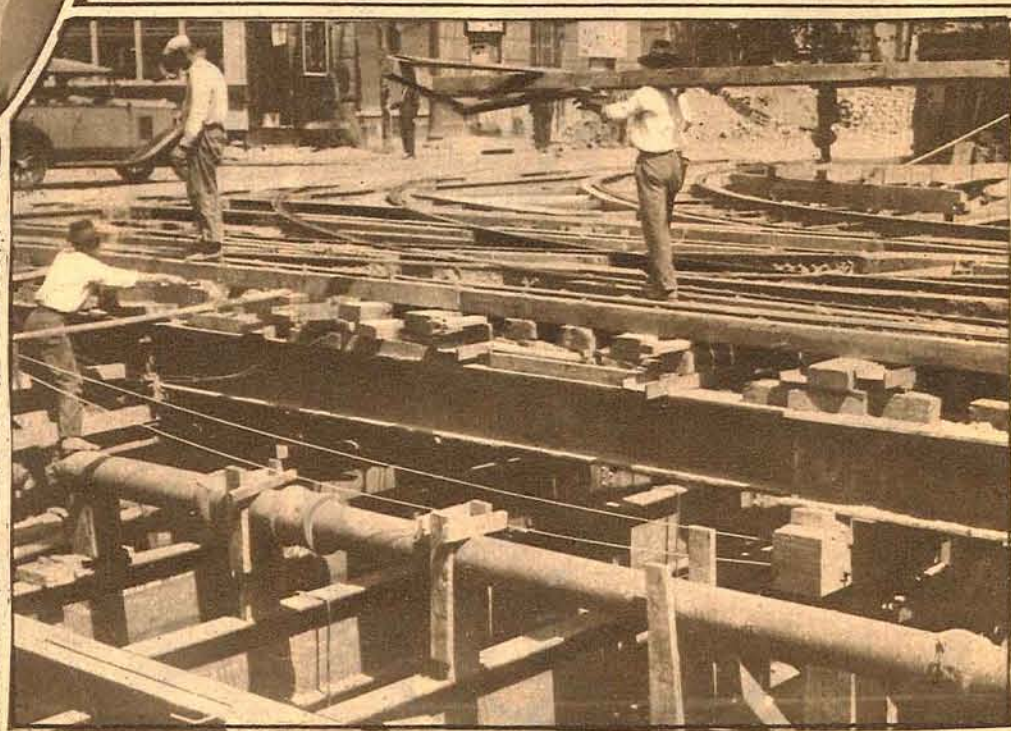


El día de pic nic las niñas de la ciudad se permiten toda clase de actos temerarios.

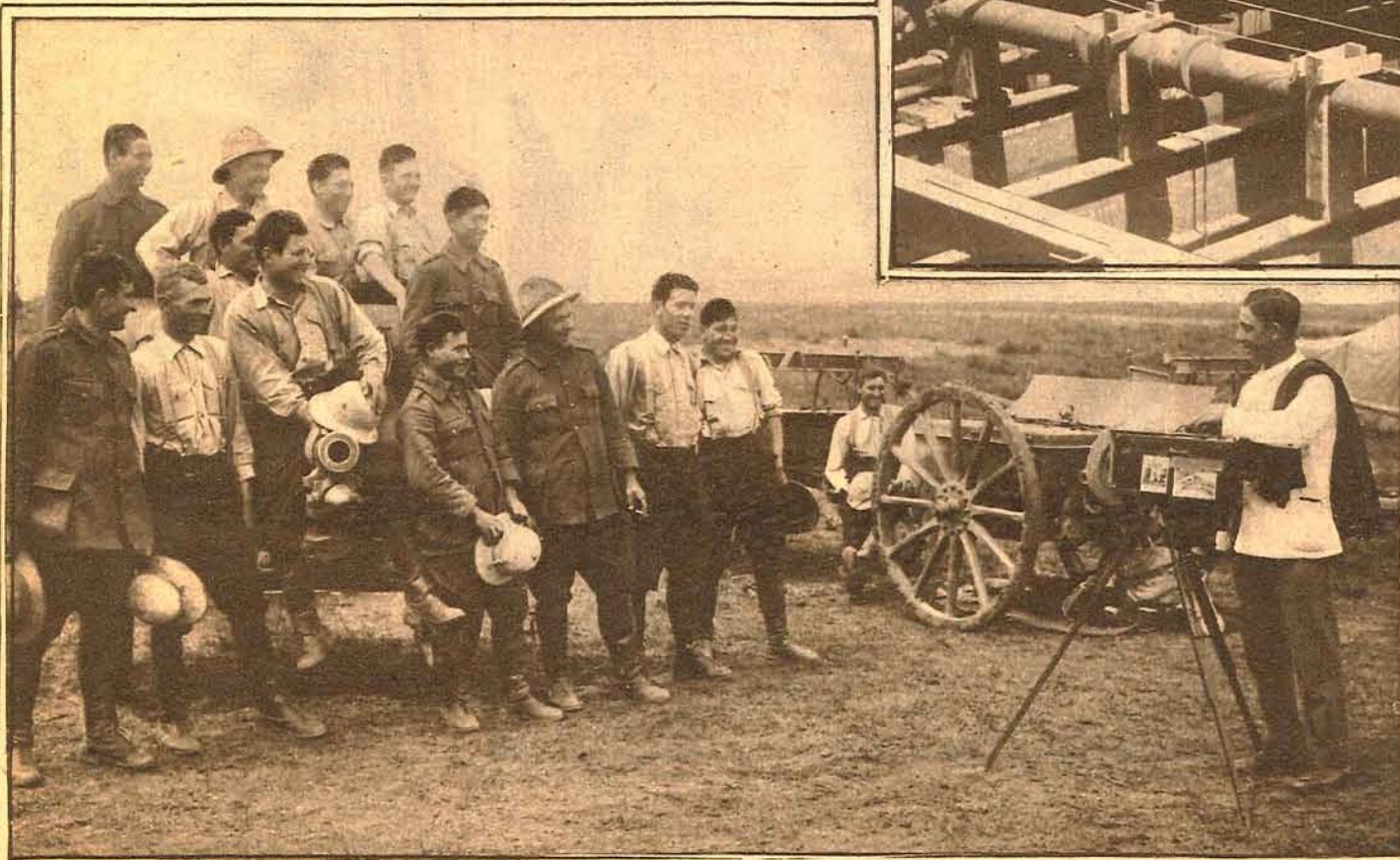
Las inundaciones producidas por las recientes lluvias han obligado la utilización de todos los medios de transporte imaginables.



Antes de iniciar la excursión es necesario hacer la provisión de golosinas.



Un aspecto de los trabajos de construcción del nuevo subterráneo metropolitano.

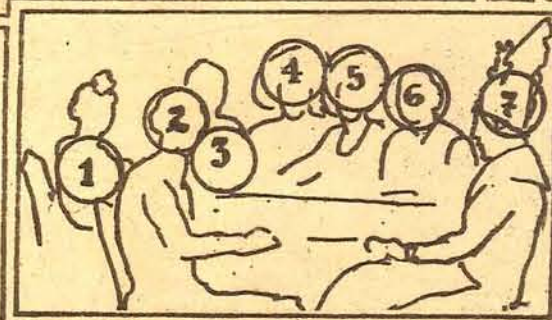


Un alto en la jornada para obtener un recuerdo de la vida militar.





El grupo juvenil que, en pocos años más, se incorporará a las actividades sociales tuvo una elegante representación en la fiesta ofrecida en el Océan Club de Playa Grande, en Mar del Plata, por doña Carmen Dormal de Gramajo en obsequio de las amistades de las señoritas Amalia y Julia Martínez Dormal. 1, Angélica Casabal Elia; 2, Elena Medina Huergo; 3, María Cristina Bengolea Elia; 4, Amalia Martínez Dormal; 5, Aurelia Casabal Elia; 6, Josefina Estrada Elia; 7, Magdalena Elia Costa Paz.



De la fiesta ofrecida
Ocean Club
por Do. Carmen D



Amalia Martínez Dormal, María Cristina Bengolea y Julia Martínez Dormal.



Josefina Sánchez Alzaga, Clara Zuberbühler y Ángela Gómez Molina.

Marta Zuberbühler y Mercedes Pirovano.

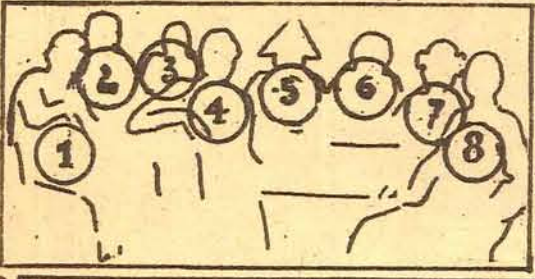


Un aspecto del salón del Océan Club durante la reunión.

ofrecida en el Dormal de Gramajo



Maria Cristina Bengolea Elia, Adela Nazar
Julia Martinez Dormal.



1, Delia Agote Ayerza; 2, Matilde Ayerza Gómez Molina; 3, Cristina Bonorino Perú;
4, Magdalena Nelson; 5, Ángela González Alzaga; 6, Teresa Bonorino Perú; 7, Silvia
Pueyrredón; 8, Carolina Elia Harilaos.



durante la

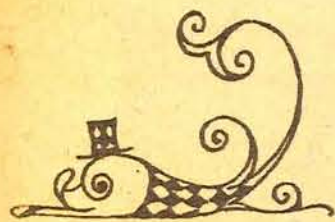
Dolores Ugarte Anchorena.



Elena Medina Huer-
go, Dolores Ugarte
Anchorena y María
Elina Vela Harilaos.



Elena Martínez Dormal,
Magdalena Elia y María
Cristina Nazar Peña.





Algunos pequeños visitantes
de
La Nación



Gastón Colmenero,
torero de calle.



Nelly Sancho,
arlequín.

Maria e Hipólito
Novas, chola boli-
viana e indio
aymará.



Delia Lafón, dama antigua.



Irnerio Amado Bertoni,
mosquetero.



Nélida Marta Baiardi,
Pastora Imperio.



Nélida
Bartolazzi,
pierrete.

Susana Inés
Parodi Marino,
colombina.



Ema Fernández
Blanco,
manola.



Ethel Noemi
Fiocchi,
arlequín.



Elsa Allende,
bayadera.



¡ESTA ES UNA COCINA!
TODOS LA IMITAN, NADIE LA IGUALA
JUAN B. ISTILART
Casa Central: TRES ARROYOS
BUENOS AIRES ROSARIO
LIMA 1662 PUEYREDON 1043



Maria Hussarek, niña húngara de ocho años, cuyas extraordinarias proezas sobre el hielo provocan el comentario de todos los visitantes de Suiza en la presente estación.



"Peggy", campeón mundial canino en salto de altura, salta tres metros por sobre la cabeza de Mr. Drake, propietario de la colección privada de animales más grande del Reino Unido.



Walter Lindrum, campeón australiano, a la izquierda, y Clark McConachy, campeón de Nueva Zelanda, en una demostración de la postura inicial del match que sostuvieron en el Memorial Hall, de Londres.

Comience hoy a rebajar su peso



No afecta el esmalte de las bañaderas ni la ropa

Rebaje uno o dos kilos esta noche, en su casa. Mañana por la mañana experimentará una mayor sensación de bienestar.

Por millares se cuentan las damas que adoptaron esta fácil manera de rebajar uno o dos kilos una o dos veces por semana. Esas damas toman baños calientes en la intimidad de sus hogares, con "Polvos para Baños Sarowal". Estos son la concentración, podría decirse, de 22 fuentes termales de Europa y América. Durante muchos años las surgentes de aguas calientes han sido el recurso de damas elegantes del gran mundo y de hombres esbeltos.

Con eso se libraron del peso excesivo, mejoraron su piel, confirieron mayor agilidad al cuerpo y mayor lucidez a la mente.

Las fuentes termales traídas a la casa de usted

El estudio de los análisis de los diversos ingredientes del agua de 22 de las más famosas fuentes termales ha revelado el secreto de su efectiva influencia. Usted ahora todos esos beneficios los puede obtener lo mismo del baño que toma en su casa. Sencillamente eche "Polvo para Baños Sarowal" en su baño caliente.

Los "Polvos para Baños Sarowal", abriendo los poros, estimulando la secreción, expulsan una considerable cantidad de substancia grasa, células y toxinas, y disuelven el tejido adiposo. Agregue "Polvos para Baños Sarowal" al baño bien caliente esta noche, e inmediatamente usted perderá uno o dos kilos, en forma fácil, refrescante y agradable.

Su médico le confirmará que los "Polvos para Baños Sarowal" ciertamente realizan ese trabajo y que son completamente inofensivos. Sus baños la refrescarán y harán que su cuerpo expulse toda grasa y toxinas. Su piel se reafirmará, se alisará, se librará de arrugas y se hará más suave. Ud. dormirá mejor después de un baño Sarowal, y al despertarse se sentirá como si hubiera descansado una semana.

Resultados inmediatos

Pésese antes y después de su baño "Sarowal" y usted constatará que ha rebajado uno o dos kilos. Y pocas noches después cuando usted vuelva a agregar "Polvos para Baños Sarowal" al agua caliente de la bañadera, usted volverá a reducir su peso. Pronto tendrá usted el peso que corresponde a su estatura. Después bastará un baño por semana y usted conservará la línea sin guardar régimen en las comidas. No necesita hacer ejercicio. No necesita drogas ni medicinas. Nada más que un refrescante baño "Sarowal" en la intimidad de su hogar.

"Polvos para Baños Sarowal" se venden en las buenas farmacias. Si tiene alguna dificultad en conseguirlos, pídalos en:

Laboratorios Vindobona, Florida 8, piso 1º, Bs. As.; Perfumería Vislowna, Cabildo 1589; Franco Inglesa, Sarmiento y Florida; Farmacia Scanapico, Esmeralda y Tucumán; Farmacia Inglesa, Av. de Mayo 900; Farmacia De La Estrella, Rivadavia 1501; Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales; Casa Argentina Scherrer, Suipacha 171; Farmacia Del Pueblo, Rivadavia 739; Farmacia L'Aiglon, Callao y Cangallo; Farmacia Chialvo, Sarmiento y Talcahuano; Farmacia González, Rivadavia y Centenera; En Montevideo: Andes 1338, 2º piso; En Mar del Plata: F. Italiana, San Martín 3458; En La Plata: Calle 7, esq. 47.

Polvos
para
Baños

SAROWAL

Surcos trazados por los años

Millares de damas han borrado varios años de su cutis, en poco tiempo, con el uso de la Crema de Oriente Vindobona. Es el tratamiento ideal para seguirlo en la reserva del hogar y surtirá efectos seguros también en usted. Si fallara

—le devolvemos el dinero.



Este es un tratamiento completo para el cutis. No es simplemente un Cold-Cream... no es un tonificante de la epidermis. Espere de la Crema de Oriente Vindobona que sobrepase a todo eso. En esta sola Crema los Laboratorios Vindobona han reunido las mejores ayudas para el cutis. Ahora exija resultados nuevos de su crema de tocador. Crema de Oriente Vindobona tiene el poder de alisar las arrugas, aun las más pronunciadas, y afirmar las partes flácidas del rostro. Tonifica y nutre no sólo la epidermis, sino también las capas ocultas de la piel. Por eso la recomiendan los dermatólogos y la ponderan las damas hermosas de tres continentes. Sus efectos son de una rapidez asombrosa. Introdúzcala en su cutis todas las noches. Aclara y blanquea la

piel. En pocos días puede usted, con ella, eliminar los perjuicios que su cutis ha recibido durante años de exposición al sol, viento, frío y humedad. Diluye las manchas cutáneas, pecas y paños. Esos defectos desaparecen poco a poco y sin que nadie se percate del tratamiento. Como por arte de magia desaparecen bajo su benéfica acción, el cutis cetrino y marchito, los poros dilatados y barritos. Las paspaduras se van en seguida. Aparece un nuevo cutis, blanco, lozano y fresco. Miles de cartas, que tenemos a disposición de las interesadas, atestiguan cuántas damas le deben la perenne juventud. Úsela usted también en el rostro, cuello, escote, brazos y manos. Si no le diera resultados satisfactorios, le devolvemos el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en la Sucursal Argentina de los
LABORATORIOS VINDOBONA
Florida Nº 8 — Piso 1º — (Atendida por señoritas) — Buenos Aires

FOLLETOS EXPLICATIVOS GRATIS

Llene y envíenos el cupón

Pedidos del Interior se atienden en el día

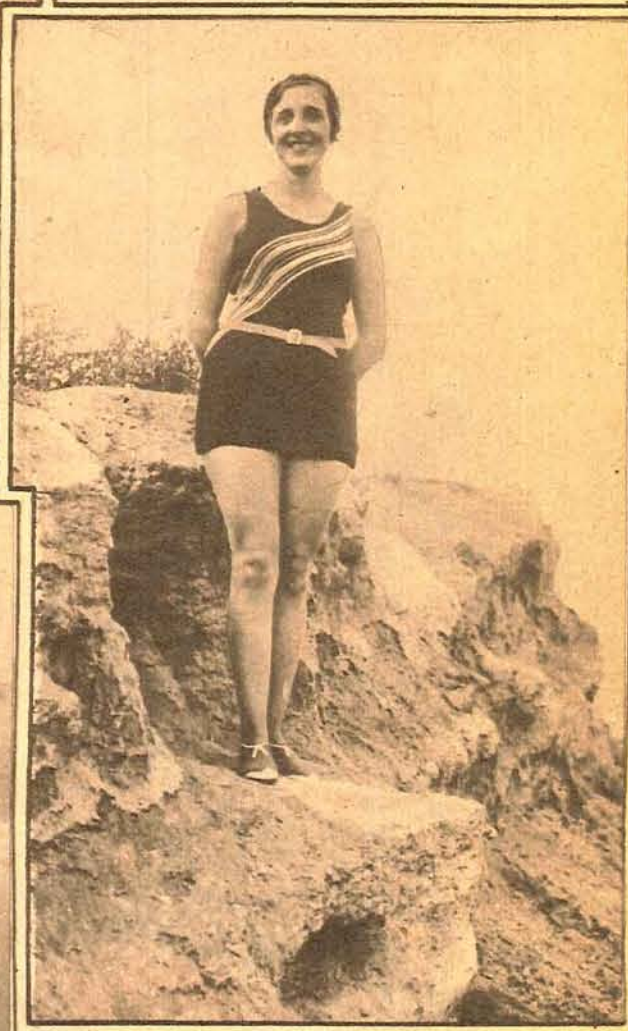
En MONTEVIDEO: Andes, 1338, 2º piso.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 28
Florida Nº 8 — Piso 1º — Buenos Aires
Sirvanse remitirme gratis el librito explicativo de la Crema de Oriente Vindobona.
NOMBRE
CALLE Nº
CIUDAD F. C.

POR LOS BAÑEROS ARGENTINOS



Dora Sambiaggio,
en Carhué.



Amelia Marsicovetere, en Carhué.



Irma Riesco, sobre una pila de sal
en el lago Epecuén.



Zulema G. de Schenoni y su hijo Luis Fernando,
en Necochea.



Alba Cortazar y María del Pilar Castagno,
en Necochea.



En Claromecó: Carmen Hurtado,
Anita García, Zulema Hurtado,
Luisa G. de Loydi, Lita Hualde,
Enriqueta Battocoli, Teodolina
Hualde de Etcheverry, Carola Bat-
tocoli, Lina Brugna y Anita Valide
Martí.



Francia, después de muchos años de duro trabajo, ha llegado a colocarse a la altura de los famosos equipos británicos de rugby. He aquí una fotografía del match entre Francia e Irlanda, jugado en Belfast, y donde el equipo galo se impuso a su adversario por 5 puntos a 0



Nuestro colaborador Gene Sarazen triunfó recientemente en el concurso abierto de golf de Aguas Calientes. En ese torneo Sarazen ganó 10.000 dólares, y aquí se le ve con una carretilla, que pidió para el transporte de tanto oro

SPORT EXTRANJERO



Una caída espectacular durante el desarrollo del Richmond Hurdle Race, disputado en Hurst Park. La carrera fué ganada por Tangira, de Lord Beaverbrook



El púgil alemán Max Schmeling, uno de los más calificados aspirantes a la corona mundial, realizó un entrenamiento severo en el campo especial de Lanke, cerca de Berlín. En la fotografía se le ve haciendo alarde de su recia musculatura



Son lindas

por don natural, porque
visten bien y porque usan

JABÓN HENO DE PRAVIA

Ideal para el cutis fino y delicado de la mujer argentina y para evitar los efectos del aire, del sol y del agua salada sobre la piel, durante la «saison».

Suaviza y perfuma delicadamente.

Es el jabón «chic» que usan las personas elegantes. Su espuma es una caricia. Su aroma inconfundible no ha podido ser imitado.

Lávese usted siempre con este jabón, y la juventud perdurará en su cutis a través de los años.

Precio, \$ 0,70 en toda la República.
En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

Perfumería Gal.-Madrid.

Sucursal en la Argentina:
Maure, 2010-14. - Buenos Aires.
Proveedores de SS. MM. los Reyes de España.



VERVA



1: Conjunto de Premet, en tweed blanco y negro adornado con loutre.—2: Modelo de tapado de Patou, en lana beige con cuello collerette

UNA COMUNICACION DE EVA A. TINGEY

LA nueva colección de Le-long es de tipo muy femenino y flexible, sin recargazon.

El largo de las faldas, aquí como en la mayor parte de las grandes casas, es, para la mañana, de treinta y cinco a cuarenta centímetros del suelo; para la tarde, más o menos treinta centímetros, y para la noche hasta los tobillos. En los trajes de tarde varía más el largo, pues suelen tener ligeros "drapés", "panneaux", recortes, etc.

Los conjuntos de sport en tweed o tweed jersey incluyen a veces una capa corta y un saco hasta las caderas o tres cuartos, con blusas en linón o en jersey; en estas últimas, algunas están incrustadas en las caderas en zigzag y con cinturón angosto en el talle; otros modelos tienen chaleco liso con cinturón amarillento, con tweed mezclado en amarillo; las faldas de los trajes de sastrería tienen pretina ancha, de donde salen con tabloncitos o en forma.

Las tablas en abanico se ven mucho incrustadas en el ruedo a treinta centímetros más o menos del borde y a veces mucho más arriba, un grupo adelante, otro atrás y a veces otro sobre cada cadera, haciendo efecto de conchillas. También se ven pliegues como abanicos y hasta moños en esa forma, simulando dos abanicos, uno puesto al lado del otro.

Los trajes de tarde son en crêpe de China, liso o imprimé, georgette o romaine, y en algunos se coloca una capa formada por piezas como pétalos, tal si se pusiera en una berta un bordé con ondas de veinte o veinticinco centímetros, cortado entre cada onda para formar pétalos.

Se ponen capas en encaje en el mismo estilo sobre los trajes de noche.

Vestido de tarde de Patou, en crêpe satén verde mate y brillante

Los tabloncitos o pliegues en abanico se usan también en los modelos de noche.

WORTH OPINA SOBRE LAS NUEVAS TENDENCIAS DE LA MODA

YA puede darse por estabilizada la moda nueva.

Esta moda representará nuestra época tan definitivamente como representaron la suya la moda Directorio el Imperio, 1880 y otros períodos históricos.

Antes de discutir sus detalles conviene recordar que es la resultante de una nueva actitud femenina y la comprensión de esta por los modistas. Es una evolución natural producto de condiciones psicológicas, como lo son todas las evoluciones.

Desde la época griega, no ha habido nunca un interés tan marcado por el físico, y tal vez nunca haya habido mayor preocupación y se haya gastado tanto dinero para adquirir o conservar una silueta juvenil.

Como medio de conseguirlo, todas las elegantes se interesan en el sport; por lo tanto, todas las grandes casas se dedican a crear modelos de esa índole.

La nueva silueta permite la libertad de movimientos, al seguir las líneas naturales del cuerpo, pues cuando se entrega a un juego violento o se nada se lleva el cinturón en el talle normal, porque se mantiene mejor la flexibilidad.

Surgió de ahí la falda alargada, para dar a la silueta la armonía necesaria. A medida que se extreme el seguir las formas del cuerpo, ésta se alargará cada vez más.

La forma princesa, abriendo en el ruedo, es muy artística y sienta bien; se usa mucho en satén, especialmente. Se emplea el negro, marrón obscuro, violeta

DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY

gris y azul obscuro. No se ven tantos vestidos blancos ni en colores pastel.

LOS TRAJES DE NOCHE

Por SYLVESTRE DORIAN

EL traje de noche es de primordial importancia en todo tiempo y en todo lugar, pues nunca faltan reuniones, bailes o comidas y teatros que los necesiten.

La moda se ha cristalizado ya y ha convencido hasta a los más tímidos a tal punto que los ha convertido en entusiastas panegiristas de ella.

Las faldas largas se interpretan en varias formas y en variadas telas, de manera que sienten tanto a las altas como a las bajas. La de ruedo regular conviene a las figuras altas y delgadas, que quedan sumamente elegantes y airoas, como decían las abuelas, con la cintura más fina. La cola que se usa en los modelos de vestir aumenta su distinción. El encaje y el tul se emplean mucho. Doeillet-Doucet tienen un modelo encantador, que podemos llamar intermedio, porque posee mangas largas. Es en encaje negro, cayendo en líneas fluidas hasta los tobillos y con un peplum que cae hasta abajo de las caderas. Una cinta en satén ata en la cintura, y este efecto se repite debajo del peplum. Sienta muy bien.

Para la silueta pequeña, el problema es más complicado; casi siempre sienta más el ruedo desigual dándole la ilusión de altura que necesita.

El blanco y el negro—resulta inútil decirlo—se ven en gran variedad de telas y modelos, desde el sencillo traje de chifón de la niña hasta el pesado satén bizantino, como en un modelo de Worth, adornado con franjas anchas y moño de tul y piedras. Los pliegues se usan mucho como adorno y ponen de manifiesto el talle alto.

3: Vestido del conjunto de Worth, en lana azul, con cuello en georgette blanco.—4: Tapado del conjunto de Worth, en lana azul adornado con pespuntos.



Vestido de Premet, en tweed amarillo y beige



NOTAS CINEMATOGRAFICAS

La actriz Anny Ondra, que interpretará varias cintas durante la presente temporada

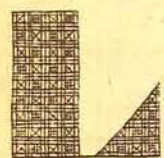
CARTA DE HOLLYWOOD

Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, febrero de 1936

SE REPITE UNA PELICULA



A misma película que durante varios meses mantuvo activo al actor inglés Arthur Byron, y durante igual cantidad de tiempo lo ha mantenido alejado de los "studios", en "forzosa vacación", volverá otra vez a solicitar su cooperación artística, para la intencional del arreglo cinematográfico del "film" "La reina Kelly", producción que dirigiera Eric von Stroheim, con Gloria Swanson en el rol principal, y que por razones misteriosas tuvo que guardarse en la caja de hierro de la Mansion Colonial, hasta que el asunto quedara favorablemente resuelto.

"La reina Kelly" se impresionará nuevamente. Miss Swanson ha contratado a su desafortunado compañero, Mr. Byron, para que actúe en el mismo rol en la nueva versión parlante. Las cámaras y micrófonos están listos para desempeñar sus funciones respectivas. La mayoría de las escenas que anteriormente había dirigido el director austriaco sucumbirán a los estragos de la tijera. Mr. Goulding es quien estará a cargo de la dirección de la que será una "Reina Kelly" muy distinta a la que vivió durante el "shooting" en el "lot" de Culver City.

CASAMIENTOS SECRETOS

Sue Carol, la simpática y graciosa estrella del "studio" de la avenida Melrose, y su no

menos simpático novio, Nick Stuart, han estado casados desde el pasado mes de julio. Sue y Nick contrajeron nupcias en la Municipalidad de Pasadena, California, tan pronto como llegó a su término el plazo que exigen las leyes de divorcio en el Estado de Illinois. El descubrimiento de la secreta boda no tuvo ni despertó la menor sorpresa entre la colonia, y para decir la verdad, esta amistad amorosa entre Nick y Sue estaba catalogada, al igual que la de Joan Crawford y Douglas Fairbanks (hijo), entre las cosas definitivamente aceptadas, es decir, en un casamiento secreto. Es por esta razón que la prensa en general ha tratado la noticia sin mayor importancia y, lo que es aún más significativo, en el Hollywood Boulevard a nadie se oye comentar el nuevo estado social de los flamantes y jóvenes esposos Stuart.

ACTOR QUE CANTA

Johnny Mack Brown, uno de los más populares galanes jóvenes de la pantalla, acaba de descubrir, con sorpresa de él mismo, que posee unas cuerdas vocales capaces de causar la envidia a más de un tenor del Metropolitan Opera House de Nueva York. Y, ciertamente, creemos en las excelentes cualidades vocales de Mack, porque en la película "Montana", próxima a ser exhibida al público, el solicitado galán canta a todo pulmón una media docena de romanzas a la irresistible Joan Crawford.

Con la repentina aparición del micrófono, cada día hay alguna luminaria que descubre en sí misma alguna oculta habilidad. Anteriormente dije que "debemos creer" (me refiero a los que somos "repórters") en las nuevas cualidades que

CORREO DEL CINE

sacan al descubierto los actores y actrices de la sábana plateada, cualidades éstas que posiblemente las han mantenido ocultas y que ahora, en pleno apogeo del "mike", los favorecidos se enorgullecen en hacer gala de la nueva posesión. El negar lo contrario a los favorecidos es no dar crédito justo a la inteligencia, y el decir en una crónica cinematográfica que el "doble" del actor o la actriz X cantó espléndida-

mente bien la romanza H, es ganarse las antipatías de los dirigentes de la compañía productora; después de todo, son cosas que no interesan a nadie. Además, los "substitutos" y "dobles" de las estrellas han existido desde que se inició la industria, y no estaría del todo mal, de vez en cuando, reconocer el talento del "doble". Conozco a "dobles" que han actuado por la mayoría de nuestros populares actores, y

con igual facilidad que se tiran al agua desde una respetable altura o de un tren en movimiento, imitan los relinchos de un rocinante, los zumbidos de un mosquito o atropellan la letra insinuante de una de las composiciones musicales de Irving Berlin. Todas estas habilidades reunidas, cuestan sólo siete dólares y cincuenta centavos por día.

Las películas parlantes nos han revelado que las estrellas femeninas son eximias violinistas, admirables cantantes, imitables zapateadoras, saxofonistas, pianistas, etc.

PERLAS EVAX

C 15.
a \$ 23.—
Aros ganchos de oro, modelo de suma elegancia, con perlas EVAX "Oeuf" y brillantitos EVAX.

192 Z. a \$ 25.—
Collar de perlas EVAX, de hermosa tonalidad, con broche de brillantitos EVAX y zafiros calibre.

O 198.
a \$ 19.—
Brillantitos EVAX y zafiros calibre, en distinguido par de aros, ganchos de oro.

1 334. a \$ 17.—
Pulsera "Tango", con piedras esculpidas en eslabones de original modelo.

**SOMOS LOS ÚNICOS
CONCESIONARIOS DE
LAS PERLAS EVAX**

**LAS CREACIONES
MONTSENY SE VENDEN
EXCLUSIVAMENTE EN
NUESTROS SALONES.**

SOLICITE CATALOGO QUE ENVIAMOS GRATIS AL INTERIOR.

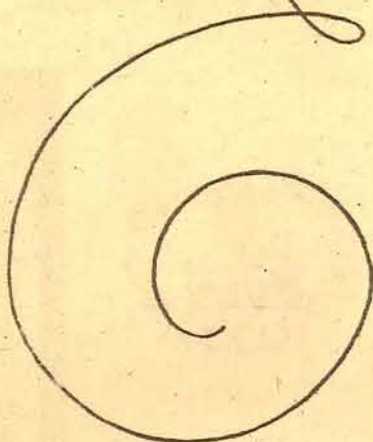
ANEXO GALERIA GUENES **CENTRAL CORRIENTES 789**

MAR DEL PLATA: SAN MARTIN 2334-46



Leopoldo y Tomás Simari en "Te has lucido, Belisario!", pochade en dos actos, de Octavio Sargentí, que se representa en el Teatro Fénix

KODAK
TEATRAL



Iris Marga, Carmen Giménez y Milagros de la Vega, tres primeras figuras de la escena nacional



Los primeros actores Enrique Muño y Enrique De Rosas y el empresario Miguel Gea—"Miguelito", bien conocidos en nuestro ambiente teatral, accidentalmente reunidos



Carmen Olivet, primera actriz de la compañía nacional de comedias y sainetes de José Ramírez, que el 26 del corriente debutará en el Teatro de la Comedia de Córdoba



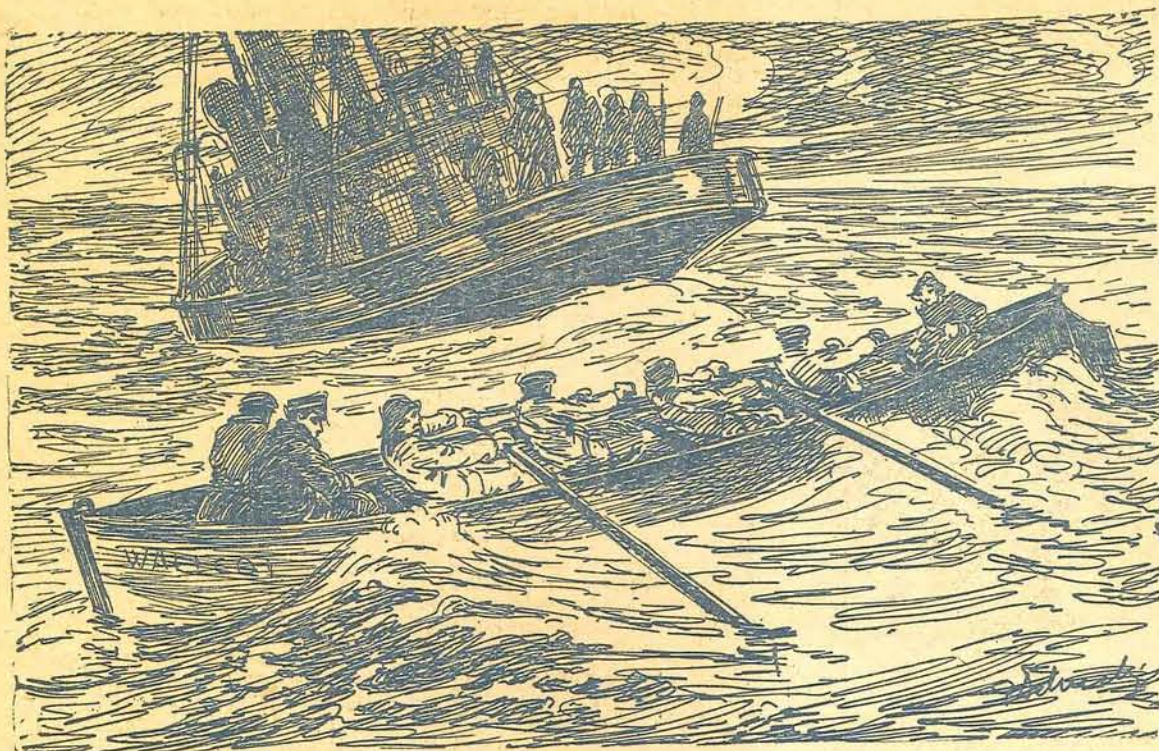
Restaura sus fuerzas

tomando Kola Cardinette el tónico que más recetan los médicos de todo el mundo. Su sabor es muy exquisito

Tonifica y Sustenta

Kola Cardinette

THE PALISADE Mfg. Co. Yonkers-New York, E. U. A.



LA LUCHA CONTRA LOS GUARDACOSTAS



PENAS comprendí que había burlado la vigilancia del Dexter, regresé al lugar convenido con el contrabandista de Nueva Orleans, y cuatro días después había descargado hasta el último cajón de alcohol, emprendiendo nuevamente el regreso a Belize, satisfecho de haber engañado al Dexter.

Las noticias se esparcen rápidamente en el mundo del contrabando de alcohol. Cuando llegué a Belize, me contaron que por toda la costa del sur de los Estados Unidos y el Golfo de Méjico, el capitán Powell del Dexter había sido el objeto de las burlas unánimes, a causa de habernos perdido de vista.

—Aunque usted se cree muy inteligente—le dijo alguien— el viejo capitán del I.M. Alone siempre consigue escaparse.

El capitán Powell le contestó entonces: —Pues le apuesto cualquier suma que en la próxima oportunidad que me encuentre con él, lo he de atrapar.

Quedamos varios días en Belize, revisando bien el barco y dando un descanso a la tripulación.

—Esa era una tripulación! El piloto, John Williams, era natural de Terranova; Leon Maingray era francés, y su esposa y sus tres hijos residían en St. Pierre Miquelon, era el contramaestre, Chesley Hobbs, de Terranova, era el jefe de máquinas. Jens Jenson, un dinamarqués, con su esposa y dos hijos en Halifax, era el segundo maquinista. Los otros cuatro eran: Edward Fouchard, de St. Pierre Miquelon; James Barret, de Montreal; Eddie Young, un hindú, era nacido en Belize, y William Woodsworth, un negro de Belize, era el cocinero.

Cargamos nuevamente en el último viaje 2500 cajones de bebidas surtidas, cuyo valor en Belize era de 62.400 dólares. No sé cuánto hubiera sido su valor en los Estados Unidos, de haber llegado a esas tierras.

El valor del I.M. Alone era de unos 45.000 dólares. De modo que la inversión del grupo de Hearn era de poco más de 100.000 dólares en aquel viaje.

Mis instrucciones eran de regresar nuevamente al Banco de Trinidad, a sesenta millas de la costa, y como el viento nos favoreció, llegamos a dicho lugar con dos días de anticipación a la fecha fijada.

Como no deseaba ser visto nuevamente por el "schooner", me alejé de la ruta de navegación, echando anclas, para permitir al personal de máquinas de realizar algunas pequeñas composuras en los motores.

El 20 de marzo a las 5 de la mañana eché anclas.

—Apúrese en realizar esas reparaciones—recomendó a Hobbs, el jefe de máquinas, —pues no deseaba ser visto por algún "cutter".

Pero el destino no quiso satisfacer mis deseos, pues ape-

nas aclaró vimos acercarse el "cutter" Walcott. Estaba a una distancia de unas seis millas y navegaba con una velocidad de 11 millas por hora.

Ordené levantar anclas y cinco minutos después iniciamos el viaje, a una velocidad de unas siete millas.

Tomé dirección al sur, observando que el Walcott alteraba su rumbo, y que comenzaba a describir un gran círculo alrededor de nosotros. En ese momento, apareció delante de nosotros un buque-estanco de petróleo. Observé que el Walcott comenzó a perseguirle, y creí por un momento se había sospechado de dicho vapor; pero más tarde me informaron que el comandante del Walcott se había acercado al buque-estanco, con el fin de establecer exactamente su posición.

Poco después, el "cutter" inició nuevamente la persecución del I.M. Alone.

Cuando estuvo cerca de nosotros, a popa, el "cutter" dió una pitada, indicándonos que debíamos detener la marcha. Me hice el desentendido. Entonces se colocó al lado de nosotros, izando las dos banderas que en el lenguaje internacional de señales significan: "Pare" o "Aléjese de la costa".

Interpreté la señal en la forma más conveniente para mí, alejándome de la costa, pero el "cutter" se acercó más al I.M. Alone.

—¡Pare!—me gritó el comandante por el megáfono.

—No detendré la marcha; porque estamos en alta mar y usted no tiene jurisdicción sobre mí.

—Tendré que abrir el fuego si usted no detiene la marcha—me contestó.

—Haga fuego si así lo desea—respondí.

No me contestó nada; pero se acercó a nosotros:

—Capitán—me gritó entonces—desea ir a bordo de su barco, para conversar con usted.

Miré hacia el "cutter". La ametralladora de éste estaba apuntada sobre el I.M. Alone.

—Capitán—contesté—puede usted venir a bordo; pero acompañado solamente por un hombre y desarmado.

—Perfectamente.

Ordené a la máquina de detener la marcha. El Walcott también se detuvo.

Entonces vi que en el "cutter" se estaba preparando la ametralladora, y que los artilleros ocupaban su lugar al lado de la misma, en tanto que un piquete de soldados saltaba en un bote, para acompañar al capitán. Todos ellos llevaban armas.

Ordené a la máquina de iniciar la marcha con toda fuerza hacia adelante, en tanto que comunicaba al capitán Paul por el megáfono.

—Puede usted venir a bordo solamente si sigue mis instrucciones de hacerse acompañar por un solo hombre, y venir ambos desarmados. También debe ordenar usted que se retiren esos artilleros.

El capitán impartió una or-

den y mis indicaciones fueron cumplidas.

Acompañado por un solo hombre, el capitán Paul vino a bordo del I.M. Alone. Llevaba zapatillas. Me estrechó la mano y ambos descendimos a mi camarote.

—¿Por qué se negó usted a dejarme subir a bordo?—fué la primera pregunta que me formuló.

—Porque no tiene usted ninguna jurisdicción sobre mí. Cuando vió usted a mi buque, estaba a catorce millas de la costa. Además, de haberle autorizado a venir con una guardia armada, se habría usted apoderado del "schooner". ¿No es así?

—Sí—contestó—he recibido instrucciones de capturar este "schooner".

—¿No sabe usted, capitán, que todos los oficiales del servicio de guardacostas de los Estados Unidos han alegado en los últimos tiempos, que todos los barcos capturados fueron hallados dentro del límite de las doce millas, aunque cuando los hubieran secuestrado a 100 millas de la costa?

—No creo que sea así, capitán.

—Puede ser que no sea así, pero es un hecho completamente comprobado y usted hubiera hecho lo mismo en mi caso, de haberse apoderado del "schooner".

No contestó nada.

—¿Por qué habría de exponer yo a mis armadores a pagar una fuerte suma para recuperar el barco, de no haber necesidad para ello? Además, ha de saber usted que todos los capitanes de los llamados buques de contrabando, que han sido secuestrados, han perdido todos sus efectos personales y en muchos casos hasta el dinero que llevaban encima.

—Tampoco creo que eso sea cierto.

—Yo le puedo asegurar que es así, porque he hablado con varios capitanes, que han sido asaltados en esa forma. Y vea usted...

Le llevé al lugar donde se hallaban mis efectos personales.

—Como puede ver usted, tengo todas mis cosas aquí: sextantes, cronómetros, máquinas de escribir, uniformes etc. Y a propósito, capitán, ¿por qué deseaba usted secuestrar el I.M. Alone?

—Porque estaba dentro de los límites del tratado.

—¿Cómo establece usted su posición?

—He salido del Banco de Trinidad anoche y he estado navegando a la deriva hasta el amanecer en que he visto este barco. Conozco mi posición con una precisión de un cuarto de milla.

—Pues seguramente no ha tenido usted en cuenta la velocidad de la corriente, que ha sido de dos millas por hora. ¿Ha visto usted la tierra? ¿Ha efectuado usted mediciones para establecer su posición?

—No—me dijo—no tengo instrumentos a bordo para eso.

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

Por EL CAPITAN JOHN THOMAS RANDELL

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

El capitán impartió una orden y sus indicaciones fueron cumplidas. Acompañado por un solo hombre...

Le enseñé mi sextante, que me había costado 150 libras esterlinas en Londres, y se quedó maravillado de la belleza y precisión del instrumento. Después le enseñé mi posición en el mapa y la distancia que había recorrido desde el Banco de Trinidad, según el informe de mi jefe de máquinas.

—Perfectamente—me dijo—estoy de acuerdo con usted de que tiene los elementos para determinar su posición; pero convendrá conmigo en que usted estaba a 13-1/2 millas de la costa.

—En este caso, capitán, ¿por qué considera usted que estaba dentro de los límites del tratado?

—Usted sabe que su barco puede hacer catorce millas por hora, capitán.

—Mi barco no puede hacer catorce millas, como no puede hacer cuarenta el suyo, le respondí; con el mejor viento y las condiciones más favorables para la navegación con motor, no podemos alcanzar una velocidad mayor de 9-1/3 millas por hora. Y en un total de 12 horas, el I.M. Alone jamás ha recorrido una distancia mayor de 9 millas por hora.

Le enseñé un ejemplar del tratado de contrabando de alcohol entre los Estados Unidos y Gran Bretaña.

—¿Tiene usted un ejemplar de este tratado a bordo?

—No—me contestó—pero tengo los reglamentos del Servicio de guarda-costas de los Estados Unidos, que me dan el derecho de buscar y capturar ciertos buques.

—Ese reglamento no me atañe—le dije—ha sido impreso para ser una guía para usted y sus disposiciones sólo se refieren a los buques norteamericanos.

Se sentó y leyó el tratado.

—Aquí está—me dijo—según esta cláusula tengo el derecho de secuestrar este barco.

—Vea—le dije—mostrándole un párrafo más allá y que decía: "Los derechos antes mencionados sólo podrán ejercerse a una distancia de la costa... etc."

—Según esa disposición, el I.M. Alone está fuera de su jurisdicción—le contesté.

Permaneció durante un minuto en silencio, pensativo.

—Capitán—dijo por fin—ha cometido usted un grave error esta mañana.

—¿Cuál?—pregunté.

—Usted me amenazó con matarme si subía a su barco.

—Nada estuvo más lejos de mi pensamiento—contesté,—no le he dicho eso ni jamás he tenido siquiera la intención de decirlo. ¿No me cree usted?

—Sí—me dijo,—creo que ha sido un error.

—Cuando usted me amenazó con hacer fuego si no detenía la marcha, le dije solamente que podía hacerlo, y cuando me pidió subir a bordo, le dije que podría hacerlo, si venía con un solo acompañante y sin armas.

—Está bien, capitán—contestó, y me estrechó la mano.

—Dicho sea de paso, capitán, las únicas armas que tengo a bordo son un viejo rifle y un Colt, que usé en la guerra contra los boers y guardo como recuerdo.

Con ese equipo es lógico que jamás pensara siquiera en hacer fuego contra una unidad armada del Gobierno de los Estados Unidos.

—¿Quiere usted tomar un trago conmigo?

—No, gracias—contestó—no tomo.

—¿Y ni quiere usted llevar unas botellas para su gente?

—No, gracias, lo haría con gusto; pero los reglamentos no lo permiten.

Una hora y 45 minutos después de haber subido a bordo, el capitán del Walcott se dirigió nuevamente hacia su nave, y reanudamos la marcha, con el "cutter" siguiéndonos...

Como a las 14 horas, el Walcott, que se había alejado un poco de nosotros, apresuró nuevamente la marcha y nos alcan-

zó, ordenándonos nuevamente con sus señales de banderas:

—"Pare o hagamos fuego". Mandé izar la negativa internacional.

El "cutter" se acercó aún más y se colocó a una distancia tal, que pudimos oírle por el megáfono:

—Capitán—me gritó su comandante—tengo orden de detener su barco. Le doy quince minutos para reflexionarlo.

Si no detiene la marcha, haré fuego.

—No tengo la intención de detener la marcha—contesté—no precisa usted esperar los quince minutos.

Continuamos navegando por espacio de veinte minutos. Después oí el primer disparo. Observé el agua para ver en qué lugar había caído la bala, pero no vi nada. Por lo visto estaba haciendo fuego con balas de fogeo. Poco después sonó otro disparo, también de fogeo.

Yo estaba parado sobre la cubierta de popa, mirando a los artilleros del Walcott a través de mis anteojos. En verdad no los necesitaba, porque el "cutter" sólo se hallaba a una distancia de 200 metros escasos. Después de los dos primeros disparos de fogeo vi que cargaban balas de guerra.

El primer disparo destruyó una vela. Yo sabía que a esa distancia hubiera sido imposible errar el tiro, por lo que comprendí que los artilleros tenían orden de tirar alto. Dispararon más de veinte tiros, arruinando aún más nuestras velas y arrancando una de las gavias. También atravesaron nuestra bandera con una bala, pero este detalle no lo supe hasta después.

Yo seguía observando a los artilleros a través de los anteojos. Vi, así, que de repente uno de los disparos no salió. El cañón se había atascado. El artillero abrió el cierre, sin esperar el tiempo reglamentario que establecen las instrucciones navales.

—Ese individuo va a salir con la cabeza rota—dijo a John Williams, mi piloto.

Pero la suerte le acompañó. Lo único que recibió en pago de su imprudencia fué la fractura de un brazo por el efecto de retroceso del cierre.

Ese fué el último tiro del cañón de fuego rápido del "cutter", pero vi que el capitán Paul impartía algunas órdenes. Entonces apareció uno de los artilleros con una ametralladora Thompson. El hombre se tiró sobre la cubierta del "cutter", nos enfocó con el caño a través de uno de los agujeros por donde pasan los cables de amarre e inició el fuego. Las balas comenzaron a silbar en nuestro derredor.

De repente sentí un fuerte golpe en el muslo derecho. Toda mi pierna quedó paralizada por un momento. Poco faltó para que perdiera el equilibrio, pero pude mantenerme en pie. Miré hacia abajo, pensando que vería correr la sangre y me asomé al ver que mi pierna seguía sosteniéndose.

Entonces vi el proyectil que había caído sobre la cubierta. Era de cera dura, del mismo tipo usado por la policía norteamericana en los tiroteos en que no desean matar. Después de algunos disparos de esta clase el Walcott cesó el fuego y se colocó a nuestra vera. Nosotros seguimos nuestro viaje hacia el sur. Cuando anocheció mandé arriar la bandera, viendo entonces que ésta estaba rota. Fué tal la ira que ello me provocó que, de haber tenido un cañón a bordo, no hubiera vacilado en hundir el "cutter".

Por señales transmití entonces al capitán Paul el siguiente mensaje: "Capitán: ha cometido usted un grave error al mutilar mi bandera".

Me contestó algo; pero en ese momento mi ira era tal, que ni siquiera presté atención al texto de la respuesta. Ese atentado no tenía, a mi juicio, explicación posible.

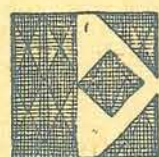
Durante toda la noche del 20 de marzo y las 24 horas del día 21 seguía mi viaje en dirección a los arrecifes de Alacrán, a veinte millas de la costa de Méjico.

(Continuará).

Un tenor de otro tiempo La rápida gloria de José Maristany

Por
**Ernesto
Mario
Barreda**

El artista en la época
en que "hacía furor",
cantando "La Dolores"
en Buenos Aires



SCRIBO "rápida gloria", porque fué así. Una carrera artística realizada en breves años; coronada por el éxito;

abandonada de golpe, en medio de una serie de triunfos. José Maristany, la garganta más ágil y educada de su época; el tenor que mayor repertorio llevara a las tablas, de golpe enmudeció hace ya más de veinte años; se dedicó a la educación. El gran cantante se convirtió en el profesor excelente. Pero...

He deseado verlo, porque guardo un recuerdo particularmente grato de Maristany. Es un recuerdo de mi niñez. Me parece que lo estoy mirando aún, que lo estoy oyendo cantar una canción romántica de mi padre, el "Adiós del recluta":

Adiós, hogar querido.
Prendas del alma, adiós...
con su cálida voz, bien matizada. Y esto, naturalmente, me trae dulces reminiscencias de un hogar, que también los años y la muerte espacieron "como cenere ai venti". Le he encontrado en su conservatorio de la calle Belgrano. El cabello canoso, pero el ánimo siempre vibrante. Pues ocurre que los hombres, cuando dejan de sonar en amplitud, se concentran en energía. Se pierde su eco en el mundo, porque han cesado de divulgarse. Y uno los cree apagados. Pero, al darse con ellos, se sorprende al hallarlos más vivientes que nunca. Porque lo que antes derrochaban para los demás—es decir, el propio espíritu—ahora lo guardan enteramente para ellos, lo saturan de su vida íntima.

Así ocurre con Maristany. Cuando le interíorizo de mis intenciones, ya está pronto y rápido para la respuesta. Y como quien puede elegir en terreno abundante, toma al azar sus recuerdos, se anticipa, vuelve sobre su memoria, que pocas veces le falla.

—Me interesa saber, Maristany, por qué causa abandonó usted la escena lírica, donde actuaba en plena fuerza y con indudable éxito... Alguien me ha dicho que se debió a la terrible conmoción que le produjo el naufragio del "Sirio", donde usted viajaba... ¿Hay algo de verdad en eso?

—Hay algo de verdad en eso... —afirma con ligera expresión melancólica. No fué sólo, sin embargo, el naufragio del "Sirio"... Pero no puedo negar que desmayó mucho mi ánimo... Perdí mi equipaje, pasé amargos momentos...

Le interrumpo:
—Bien... Todo eso, que es muy interesante, me lo va usted a referir luego que hablemos de su primera época, de cuando usted estudiaba pintura...

Sonríe, afirmando con la cabeza. Porque Maristany comenzó su carrera de artista, estu-

diando pintura. Quería ser pintor, reflejar en la tela el cielo de indigo y las tierras solares de su Cataluña natal. Pero el destino y también la amistad le lanzaron por otra ruta. Si tres amigos le hicieron cambiar de arte, dejar los pinceles y estudiar música. Ser cantante en vez de pintor.

—¿Tres amigos?...

—Sí... Uno de ellos, Malats, notable concertista, que luego fué director del Conservatorio Nacional de Bruselas. El otro fué el gran pianista Ollar... Y el tercero, Granados...

—¿Granados?

—Sí, Granados, que ya componía... Era algunos años mayor que yo. Le veía a menudo, sin que pueda precisar detalles, porque hace de esto muchos años...

Van entrando alumnos y se distribuyen. Maristany hojea un legajo de papeles, recortes y fotografías. Todo en un pintoresco desorden, como deben guardarse estos laureles cuando uno ya conoce su positivo valor. Pero cada uno de ellos ha traído al espíritu, como una abeja de luz, su minuto de alegría, de ambición, de felicidad. Y especialmente en el artista lírico, que brilla y se apaga como una luz en la noche. Con la última nota se hace el silencio tras de su vida. ¿Cómo no guardar, entonces, esos recuerdos, florecencia brotada a su paso, para luego sentirlos removerse y esparcir su perfume otoñal, cuando las sienes se blanquean y en el corazón laten más recuerdos que ansias?

—¿Fué usted profeta en su tierra?

—Aunque yo nací en Masnou, cerca de Barcelona, fué en esta ciudad, naturalmente, donde debuté. Puedo decir que fué "mi" tierra, y... ¡verá usted!... No fué profeta en ella... (ríe Maristany)... porque, si bien yo había hecho mis estudios de canto en italiano, se podrá suponer usted si cantaría en castellano como en catalán... Estando el maestro Bretón en Barcelona, y habiendo yo estudiado "La Dolores" — con la que hice aquí más tarde una revolución —, lo más natural era que comenzara cantando en la lengua de mi patria grande, bajo la dirección de un maestro español... Porque yo debía debutar con Bretón, como ya estaba resuelto...

Ocurrió lo de siempre. Quisquillosidad de joven, parsimonia de viejo; la verdad fué que Maristany rompió su compromiso, se contrató con una compañía italiana que se iniciaba en otro teatro, y debutó cantando "Lucía".

—Fué suerte que la tuviera estudiada... le observo.

—¿"Lucía"? ¡Si no hubiera tenido estudiada nada más que "Lucía"! — me dice riendo—. Y haciéndome recordar que su registro vocal era tan amplio como su capacidad de expresión: — Yo había llegado al dominio de la media voz — agrega — por lo cual mi repertorio fué más extenso que el de cual-

quier otro tenor. ¡Oh, lo que yo he cantado!

Ríe de nuevo, se agita paseando por la sala, con su vivaz carácter y alegre espíritu. Luego toma un papel y me hace escribir:

—Anoté usted, porque es larga la lista... Anote usted, después de "Lucía" y "La Dolores"... anote "Lohengrin", "Bohème", "Rigoleto", "Faust", "Traviata", "Favorita", "Carmen", "Hebrea", "Africa", "Hugonotes", "Hernani", "Ballo in Maschera", "Marina" ópera... ¡Ja, ja!...

Ríe y me quita el papel de la mano.

—No, démelo usted... quiero conservarlo... Ahora, dígame: ¿quién fué su maestro?

—Yo estudié con Paredes...

—¿Con qué artistas célebres ha cantado?

—El otro día Lea Conti me recordaba en un pasaje de su vida... Me fué grato, porque, raramente ocurren estas cosas... Si, recordaba que siendo todavía una niña cantó con la Tetrassini y conmigo, haciendo el papel de Magdalena... He cantado también con la Padovani en "Sonámbula", que me había olvidado de hacerle anotar... Fué en el Variedades de Barcelona. Allí mismo, en el Principal, canté con De Lucca, "Bohème" y "Cavalleria", que también me había olvidado de enumerarle. Por cierto que con De Lucca he conservado, lo mismo que con Titta Ruffo, una larga y cordial amistad...

Ve el retrato del primero en la pared, y me acerco a leer la dedicatoria: "Al mio carissimo e vecchio amico Jose Maristany, con molta ammirazione. Giuseppe De Lucca. 1925".

—Cuando cantamos con De Lucca en Barcelona, dirigía la orquesta el maestro Goula; es decir, el hijo... que también estuvo por aquí — dice Maristany, volviendo al caso—. Y luego agrega: — Mi gran campaña la hice en el Politeama, de Buenos Aires, cantando "La Dolores" en forma que arrebató al público, y a ésta siguieron "Cavalleria", "Carmen", "Il Pagliacci" y "Fra Diavolo".

—Dos óperas estas últimas que también se había Vd. olvidado de enumerar...

—Es cierto... ¡Ja, ja!... Yo había estudiado mucho, créame usted...

—¡Enormemente! — afirmo con absoluta convicción.

Y luego pienso en lo que supone tan inmenso repertorio, como capacidad de estudio, de asimilación, de expresión. De fuerza, en una palabra. Maristany es uno de esos valores pléticos que ofrece la raza en exuberancia de selva, de torrentada. Así pudo decir de él, aquel penetrante y sesudo crítico que se llamó Freixas, en estas mismas páginas de LA NACION. Copio de una vieja crónica sus propias palabras: "Quien trae a la carrera lírica una voz como la de Maristany y con ella la intuición tan viva de todas las bellezas peculiares al género vocal, juntamente

con la facilidad de producirlas; quien sabe poner en esa voz todas las variedades y contrastes del colorido musical, ese llega al arte por derecho propio"...

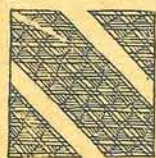
—Freixas vino hasta mi camarín, y me dijo: "Es la primera vez que hago esto con un artista. Pero no he podido resistir al deseo de estrecharle la mano". Y agregó muchas cosas lindas — termina Maristany, con alegre gesto.

—Ahora que hemos llegado a sus plenos laureles, dígame, ¿por qué abandonó la carrera lírica? ¿Influyó en algo ese naufragio del "Sirio"? Cuénteme usted cómo le acaeció ese extraordinario episodio...

Hace un gesto que no traduce ninguna amargura. En su franco rostro sanguíneo sorprendiendo muy pocos rasgos de melancolía. Pero parece aceptar ese acontecimiento fatal y dramático con estoica filosofía. Me han dicho que, refugiado en una antena del buque naufrago, presencié toda la espantosa escena que se desarrollaba a sus pies, hasta que vinieron en su auxilio. Y que con tantas emociones su sistema nervioso se resintió de tal modo, que ya no pudo cantar más. ¿Era verdad esto? Dejé que Maristany hablara.

—Yo venía de Barcelona para casarme con una niña de Montevideo. El viaje hasta ese momento era tranquilo. Un minuto antes, frente al cabo de Palos, había dicho a unas personas: "Esto yo lo conozco". Navegábamos a la altura de Cartagena. Casi en seguida oímos que el buque trepidaba, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego escuché gritos, rezos; vi gentes que pasaban como fantasmas, los cabellos erizados... En aquella batahola alcancé a distinguir, inclinándose sobre la borda, inclinando el cuerpo, caían las anclas y cesaba de marchar. Miré alrededor y vi ya los rostros demudados. Luego

P o r
ANTHONY GREY
ILUSTRACION DE
ERNESTO M. SCOTTI



O podía dormir!...

Durante meses había soportado ese martirio. Ensayaba esto, ensayaba aquello,

ensayaba lo de más allá. Todo era inútil. No podía dormir. Conocía a todos los noctámbulos de Edimburgo como si fuesen íntimos suyos. Llegó a odiar la chata silueta del castillo destacándose en el insipido gris del amanecer, y aprendió a aborrecer los primeros ruidos que denotaban la actividad de un nuevo día. Cada día consta de veinticuatro horas, él bien lo sabía.

Decíale la gente que consultara al doctor Crewe, de Harley Street, pero el hombre no aceptaba el consejo. Londres quedaba muy lejos y él había perdido la energía necesaria para viajar. Le decían que el doctor Crewe, de Harley Street, había curado a otros y que sin duda lo curaría a él también. Tenía que ir a verlo. Así le decían.

Pero el hombre había perdido la fe.

Vió amanecer todos los días de la primavera, todos los del verano, todos los del otoño y los del invierno. ¡Era horrible!

—¡Si esto sigue así—se decía a sí mismo—, me volveré loco!

Muchos amigos que habían dejado de verlo por un tiempo, se inquietaban por su salud.

—No puedo dormir—les explicaba—. Sufro de insomnios. Hace meses que sufro de insomnios. ¡Es espantoso!

Le aconsejaban que caminara una milla todas las noches, antes de acostarse. El hombre contestaba que ya lo había hecho. Figuraban en su haber muchas millas de caminata, sin resultado alguno. No servía para nada. No le hacía nada.

Entonces le decían:

—¿Por qué no va a ver al Dr. Crewe, de Harley Street? Dicen que hace maravillas. Otros le dijeron que suspen-



diera la carne y que comiera sólo legumbres.

—Ya lo hago—respondió enojado.

Le indicaron que al acostarse cerrara los ojos levantando las pupilas; se trataba de un buen recurso.

Los calificó de embusteros e insistió en que eso le daba violentos dolores de cabeza, pero no le hacía dormir.

Los compañeros de oficina le daban consejos:

—Duerma siempre del lado derecho — decían algunos —. Duerma siempre del costado izquierdo—exclamaban otros—. Yo tenía una tía que sufría de insomnios, y siempre...

Lanzaba un rezongo y se alejaba.

Sus parientes le daban también consejos:

—Cuando tu tío Juan padecía de insomnios, no bebía más que leche. Eso le hacía bien.

—A mí no me hace nada—gruñía él—. Ya lo he ensayado.

—Entonces, ¿sabes lo que tienes que hacer? Ir a ver al doctor Crewe, de Harley Street.

A eso, el enfermo respondía invariablemente:

—¡Bah!—y se alejaba.

Un día, Jones lo detuvo en Carlton Hill:

—He oído decir que sufre de insomnios.

—Sí—respondió él.

—Es inútil contar—añadió Jones.

—Es verdad—respondió él.

—No sirve para nada—prosiguió Jones—. Como tampoco sirve caminar mucho.

—Tampoco.

—Ni levantar los ojos.

—Tampoco.

—Si sigue haciendo todo esto, acabará muriéndose—insistió Jones—. Tampoco sirve de nada el tomar leche.

—Ya lo sé.

—Pues le diré lo que debe hacer. Precisamente he oído hablar de lo que usted necesita. ¿Conoce a Robinson?

—No.

—El hermano de Robinson sufría de insomnios. Yo le di un consejo y se curó completamente.

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Lo que tiene que hacer es lo que hizo el hermano de Robinson. Ir a ver al doctor Crewe, de Harley Street, y...

EL INSOMNIO

Nuestro hombre escapó, dejando que Jones hablara solo.

Pero después volvió a pensar en ello. Todos hablaban de ese doctor Crewe, de Harley Street. ¿Y si realmente sirviese para algo? ¿Por qué no hacer una tentativa? ¿Había probado ya tantas cosas!

—¡Pruebe!—le decían sus amigos, parientes, relaciones y Jones.

—¡Muy bien!—respondió, y resolvió ensayarlo.

Un día arregló una pequeña valija, tomó un boleto en la estación de Waverley y salió para Londres, por primera vez en su vida. Hacía diez y ocho meses que no dormía.

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta... sonaba el ritmo de las ruedas del ferrocarril, que parecían golpear su misma alma. El tren rodaba velozmente, bordeando las tierras bajas, y su ritmo seguía:

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta. Ritmo desesperante, que seguía y seguía continuamente...

—¿Por qué no inventará alguien un tren silencioso?—se preguntaba—. ¿No dormir durante diez y ocho meses y ahora sentir esto! Mejor es morir.

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta...

Berwick... pero ninguna disminución en el insoportable ritmo, el ruido infernal de las ruedas en movimiento. Se dio vuelta a la derecha. Se dio vuelta a la izquierda. Trató de leer. Pero no había escapatoria.

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta...

Newcastle... ¿Podía haber en la vida algo más detestable, más cruel? Sentía como si le pincharan el cerebro y se lo retorceran dentro de la cabeza.

—¡Demonios!—exclamó—. Siento como... Siento lo que debe sentir un loco encerrado en una celda acolchada.

Abandonar el tren era cosa imposible, pues se trataba de un rápido hasta King's Cross.

Tráca-ta, tráca-ta... York... ¡Y seguía andando!

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta...

Retford... Empezó a llegar la noche y con ella los ruidos

parecieron aumentar. El endemoniado golpeteo aumentó. Apretó los dientes, se tapó los oídos, pero el ruido parecía estar en su propio ser ahora.

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta... Peterborough...

¿No acabaría esto nunca? ¿Nunca? ¿Nunca?—se preguntaba—. ¿Seguiré hasta el fin de mis días oyendo nada más que esto?...

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tacac. St. Neots... Se asomó por la ventanilla. Su corazón latía con el mismo ritmo. Sentía la sangre golpear en sus sienes a igual diapason. Se sintió casi ebrio de ruido. Sintió con asombro que su cuerpo se mecía con aquel ritmo. Esto le hizo contar, contar de una manera curiosa, que coincidía con el ritmo.

—Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno, uno. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno.

Durante muchas millas sólo vió la obscuridad por las ventanillas. Luego luces. Letreros luminosos de color azul. Trató de deletrear las palabras:

—H-a-d-l-e-y...

Tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta, tráca-ta.

Hadley, tráca-ta... Woods... Tráca-ta... doce millas para... Tráca-ta—Londres—Tráca-ta—Had... —Tráca-ta—Wood... Tráca-ta, tráca-ta...

Alguien le golpeó suavemente la rodilla. Era el hombre que había estado sentado frente a él desde que salieron de Edimburgo.

—Mejor será que se despierte, señor. Estamos en King's Cross. Hay que bajar.

—¿Qué?... ¿Qué dice?

—Usted se durmió hace cinco minutos, señor. Tal vez sería por el traqueteo del tren. ¡Y pensé que le haría un favor despertándolo!

Tomó su pequeña valija, y dirigiéndose, ceñudo, al hombre sentado frente a él:

—¡Usted es un perfecto idiota!—exclamó furioso mientras se alejaba.

Y hasta hoy el hombre cuyo asiento quedaba frente a él no ha podido comprender el por qué de aquel insulto.

AÑAGAZAS DEL TIEMPO

(Continuación de la pág. 7)

fesional, es un gran error. Y una rémora. Hay que refrescar y robustecer el servicio. Hay que renovar los sistemas. García Rosas no negará usted que es inteligente...

Rápidamente circuló el rumor por todas las oficinas. Los viejos funcionarios estaban escandalizados. Aquello era la revolución... ¡la anarquía!

Una mañana, a la hora de salir de la oficina, esperaba en el gran portal del edificio una elegante y opulenta señora que, en cuanto salió García Rosas, se reunió con él, muy agitada, y le dijo:

—Marianito ¿Crees que es oportuno hacer esa visita? ¿No haremos una tontería?

—No, mamá — dijo el joven — ya verás. No tienes idea de lo bien que está conmigo. Yo tengo mi idea. Estoy seguro de que cuando te vea y recuerde otros tiempos va a tener una alegría enorme. Tejada me ha dicho que la idea de ascenderme es suya. Tú le debes, por lo menos, dar las gracias. Verás que golpe. ¡Ven!

Los otros empleados, que salían, aparentaban ignorar a la pareja; pero, al llegar a la calle, se guiñaban un ojo con picardía y despecho.

Mientras tanto, Mariano y su madre llegaban a la antecala del ministro y el joven, no sin cierta zozobra, empujaba la mampa diciendo con voz tenue:

—¿Da Vuecencia su permiso?

—¿Qué hay? — exclamó ásperamente el ministro desde su rincón.

—Soy yo, señor ministro, García Rosas, el auxiliar de la Secretaría que deseaba, si me lo permite, presentarle

a mi madre que está aquí conmigo y desea darle las gracias por sus bondades para conmigo.

Su Excelencia se puso en pie de un brinco y se dirigió a la puerta como movido por un resorte. Allí estaba, imponente y pretenciosa, la Condesa de Rocafria que, en silencio, le tendió su mano enguantada.

El ministro la miró presa de la emoción. Apenas podía dar crédito a sus ojos. ¡Aquella corpulenta matrona de cara maquillada para disimular las arrugas de las sienes y del cuello, con bols de debajo de los ojos, boca hundiéndose con dientes de oro, pecho y cintura exuberantes y piernas como almohadones, era el último avatar de aquella Carmenita esbelta y gracil de los bucles dorados que había perturbado antaño tan hondamente su corazón? ¡Qué catástrofe! ¿Era posible? ¡Y pensar que, si las circunstancias no se hubiesen atravesado en su camino, aquella mujer hubiese podido ser la suya y tendría que verla, ahora, a todo pasto, con aquel aspecto de característica llena de pretensiones! ¡De la que se había escapado! ¡No: decididamente, Dios era bueno!

Hubo unos instantes de embarazoso silencio. Al fin, ella, más atrevida, se lanzó a decir, con voz velada por la emoción:

—¡Manuel!... ¿Te acuerdas?...

—Pero, ¡por Dios! Carmen, no me he de acordar — dijo el hombre recuperando por momentos la sangre fría —. Entra, mujer, entra y siéntate. Ya sé, ya sé que el pobre Rafael...

—Sí, el pobre pescó una afección al hígado que se le enredó con el riñón y luego se le hizo un tumor. En fin, para que te voy a contar. Se lo llevó Dios a su seno y nos quedamos Manolo, Mariano y yo con un trapo atrás y otro adelante. Ya te acordarás lo gastador que era.

—Sí, le gustaba vivir bien.

—¡Oh! No se le ponía nada por delante... Pero no pasan días por ti. Estás hecho un pollo.

—Gracias, Carmen. Tú, también, estás admirablemente.

—¡Ay! ¿No me hables! Con tanto disgusto. Y, luego, estos chicos... Gracias que coloqué a Manolo en Canarias y a éste le logré meterle aquí, como sabes, porque hay algunos amigos de otros tiempos que aun me quieren y hacen lo que pueden por nosotros.

Y así continuó la conversación unos minutos hundiéndose cada vez más la infeliz en la más asoladora vulgaridad bajo la imperceptible ironía del ministro y ante la sonrisa de satisfacción del joven que se felicitaba interiormente por su "habilidad".

Al despedirse, dijo la noble dama al ilustre personaje:

—Bueno, ya sé que te interesas por el chico. ¡Dios te lo pague! A ver si lo asciendes pronto, porque con cincuenta duros ya comprenderás que no tiene ni para fumar.

—Sí — contestó vagamente su Excelencia —. Ya, ya hablaré con el jefe del personal y, si es posible... Hay tantos compromisos ¿sabes?...

—Pero... si te lo pido yo — dijo la atrevida intentando un gesto de coquetería que hacía más visibles sus dientes de oro y sus arrugas en las sienes.

—Claro — concluyó su Excelencia — si lo pides tú, es distinto. Vete con Dios, Carmen, y que Dios te proteja. He tenido tanto gusto en verte. Adiós, pollo.

Y así acabó la visita.

Don Manuel, en cuanto se quedó solo, corrió a ponerse ante un espejo que se alzaba, majestuoso, sobre la chimenea del despacho. Allí se miró atentamente y no debió quedar muy satisfecho del examen porque tomó el sombre-

ro, los guantes y el bastón y se fué a la calle con el ceño fruncido, como si, detrás de él, se madurase un grave proyecto del que dependiera la felicidad de la patria.

Al día siguiente despachaba con el incommovible Tejada que se arriesgó a preguntarle:

—¿Y, por fin, señor ministro, provereemos la vacante que hay en el personal de la Secretaría?

—¡Naturalmente! — contestó rotundo el jefe —. No se cómo no está ya hecho. Debe usted dársele al empleado que reúna las mejores condiciones para el cargo... a no ser que haya algún recomendado especial del Presidente o de alguien por el estilo.

—Entonces... ¿no se la damos a García Rosas?

—¡Hombre, por Dios, Tejada! Si acaba de entrar en la casa. ¿Qué dirían los empleados antiguos del departamento? Dios sabe lo que dirían de mí si llegara a sus oídos que soy amigo de muchos años de sus padres.

—Pero — tartamudeaba el pobre Tejada, que creía caerse de las nubes —. Señor ministro... si no recuerdo mal, días pasados, decía usted que la administración exigía gente joven, entusiasta, con iniciativas...

—Sí, claro, pero también los hombres experimentados en el servicio pueden tener iniciativas y ser útiles al servicio.

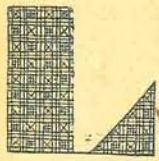
—Pero usted me decía que García Rosas era tan inteligente...

—Ahí está, querido Tejada. Ahora ha dado usted en el clavo —. Y encendiendo parsimoniosamente un pitillo y dejando asomar a sus labios una fina sonrisa, añadió:

—... Es que, ¿sabe usted?... He descubierto que ese joven... no es... "tan inteligente" como había pensado. No cuenta con un factor de primera magnitud para todo... ¡el tiempo!

LA INDUSTRIA LECHERA Y LA HIGIENE

POR JOSE LUIS DOMINGUEZ



A higiene de la leche ha constituido uno de los problemas sociales más complejos en todos los países del mundo, sobre todo en aquellos en que como el nuestro, existen grandes centros de población que al consumir dicho producto, su entrada en las urbes debido a la excesiva cantidad, escapa en muchas ocasiones al contralor más severo.

En la Capital Federal, por ejemplo, se consumen alrededor de 850.000 litros diarios, de los cuales, apenas 150.000 litros son de leche higienizada, es decir, filtrada, pasteurizada y enfriada. El resto, o sean 700.000 litros llegan al consumidor sin siquiera ser sometida a una filtración, y por lo tanto, con grandes probabilidades de contener las impurezas que se derivan de un ordeño poco higiénico, lo que por otra parte ocurre en la mayoría de los tambos del país.

El público, en general, ignora seguramente, que la población de la Capital Federal ingiere por año, más de veinte toneladas de impurezas, compuestas por la tierra, el estiércol, la sangre, el pus y hasta los pelos de los animales, todo lo que durante el transporte desde su punto de origen hasta el consumidor, viene infectando el producto.

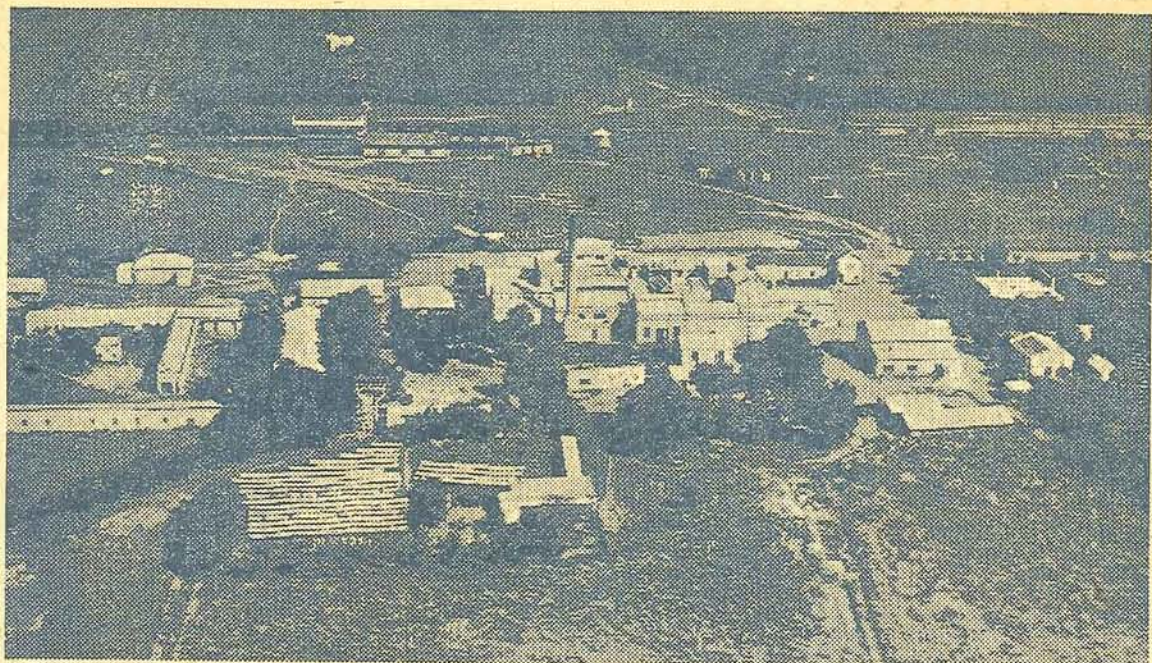
La leche que se consume en condiciones adecuadas, es sólo aquella que ha pasado después de un contralor de pureza y acidez, debido a una filtración estricta y sobre todo, por una desinfección lenta, producida con la acción del calor a una temperatura de sesenta y tres grados durante el término de treinta minutos, para luego bajar en forma casi repentina hasta cuatro grados: esto es la pasteurización.

Este proceso de higienización sólo pueden efectuarlo regularmente, las usinas establecidas a ese objeto y no la gran mayoría de los repartidores, quienes entregan el producto a sus clientes en el mismo estado de impureza recibido desde el tambo, si es que no llega a destino con una buena cantidad de agua de pozo.

La Inspección Municipal no tiene como rol en Buenos Aires, impedir la venta de leches antihigiénicas; su intervención más bien, sólo se limita a conocer el porcentaje de grasa butírométrica, o simplemente evitar que el grado de agua sea excesivo, pues es notorio que los medios de análisis de que dispone habitualmente, o sea el lactodensímetro, sólo acusa los aguados mayores de un ocho o diez por ciento. Recién podrá conocerse el estado de higiene de la leche, previo un examen bacteriológico, examen que no sólo no se efectúa, sino que han de pasar muchos años para que su adaptación sistemática sea una realidad.

Indudablemente que está al alcance de los habitantes de la Capital la elección de su proveedor y con ello, puede asegurarse la bondad del producto que adquiere, al saber que ha sido convenientemente pasteurizada, puesto que conoce su procedencia. Esto nos sugiere la siguiente pregunta. ¿Es que sólo en la Capital residen los niños, los enfermos, los convalecientes y todos aquellos que por razones de gusto, edad o salud, se limitan a una alimentación láctea?

Estamos rodeados de pueblos suburbanos densamente poblados los que, fuera del límite de la Capital, consumen muchos millones de litros de leche al año, y si a éstos agregamos los habitantes de los pueblos más apartados, de las provincias y los territorios, tan



Vista a vuelo de pájaro de las distintas dependencias de la fábrica La Martona, en la estación Vicente L. Casares (Buenos Aires)

acreedores como los de la Capital a que se vele por su salud, resulta como consecuencia que, aun cuando consiguiéramos una reglamentación que asegurara el expendio de leche en mejores condiciones que las actuales, ella sólo beneficiaría a una pequeña parte de la población del país, ya que las municipalidades de cada localidad no tienen la capacidad económica suficiente, para adoptar las costosas disposiciones que reglamentan la inspección.

Con lo expresado queremos significar que estas medidas desde luego convenientes, no deben limitarse a los grandes centros de población, sino hacerlas extensivas también y en la medida de lo posible, dentro de todo el país.

De ahí que consideremos que este asunto abarca un campo mucho más amplio que el que está al alcance de las municipalidades. Es entonces al gobierno federal, por intermedio del Ministerio de Agricultura, a quien corresponde también cooperar por medio de una inteligente propaganda, la que para el caso consideramos indispensable, a fin de encauzar esta industria por la senda en que debe orientarse.

Es un vicio entre nosotros, preferir la cantidad a la calidad; por ello y salvo raras excepciones, es que los tamberos, sin reparar en las cualidades de las vacas, sacan leche de cualquier animal, así sea una cantidad ínfima, haciendo caso omiso de su raza.

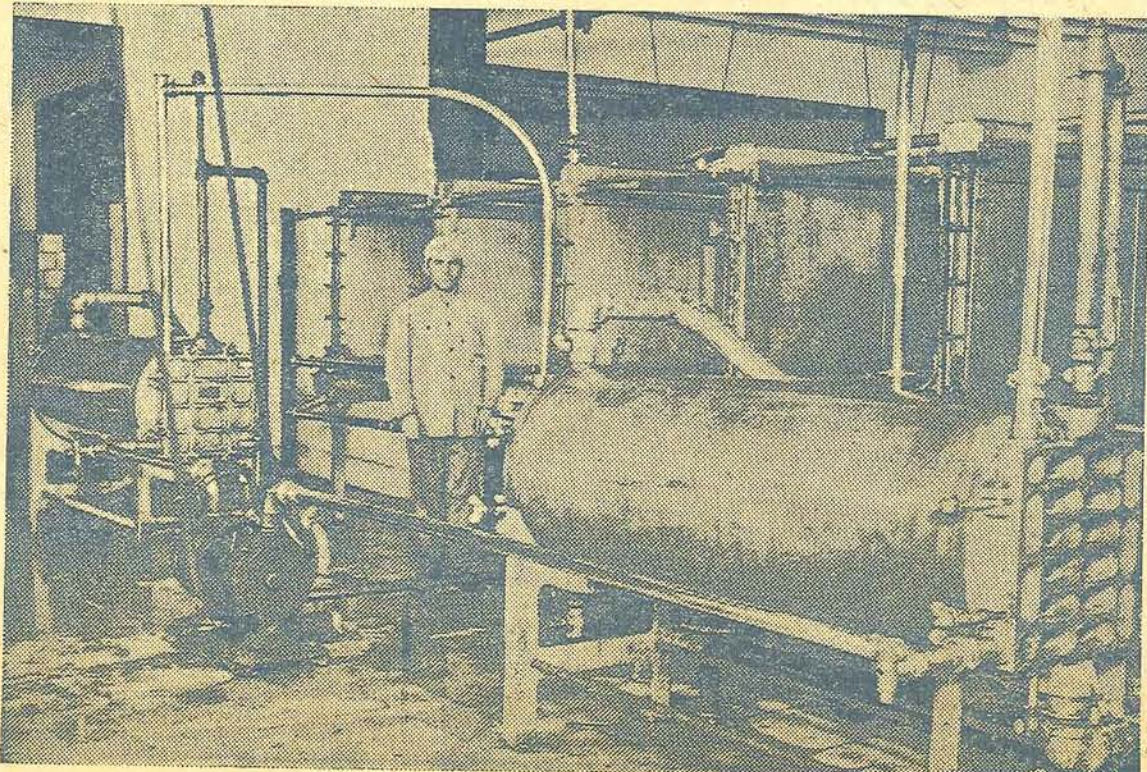
Muchas vacas en el tambo es lo que constituye una general ambición: en esa forma se

cree obtener más rendimiento con la venta de mayor número de terneros al llegar al año; dando a la producción de leche como cargo, el pago del personal y si acaso de parte del área arrendada.

Esto, precisamente, es lo que los lleva a no prestar al negocio de la leche la mucha atención que requiere, ni se preocupan en seleccionar los planteles en un sentido determinado ni de introducir mejoras adecuadas y menos aun, en adoptar las prácticas higiénicas de ordeño que han de dar a la leche mayor calidad y duración.

En realidad, la explotación de un tambo debiera efectuarse en formas distintas según la zona económica que ocupe el campo con respecto a la ciudad consumidora más próxima. La posibilidad de suministrar leche para consumo directo exige la especialización del plantel para la mayor producción de leche, y en las regiones lejanas al pueblo que demanda el producto, puede encaminarse dentro del propósito doble, de obtener leche y carne, esto sin olvidar que el desarro-

Parte de una maquinaria para pasteurizar la leche. Los tanques que aparecen en la fotografía reciben la leche de un antecalentador para elevarla en 30 minutos a una temperatura de 63 grados, pasando luego a los enfriadores, de donde salen con 4 grados C.



llo exagerado de una función, resulta en detrimento de otra.

Ya no es aceptable que dentro de un radio de cien a ciento cincuenta kilómetros de Buenos Aires, se exploten tambos que rindan menos de 1200 litros de leche al año por vaca. Es urgente en estas zonas, el cruzamiento de los planteles actuales con razas de especialización lechera.

Para esta renovación no tan paulatina, por otra parte, se hace sólo necesaria la adquisición de toros de razas lecheras definidas. El toro, que según la frase feliz de los criadores norteamericanos "es la mitad del tambo", con su prepotencia se encargará de la evolución y al poco tiempo se irá especializando el plantel de vacas, hasta convertirlas en lecheras auténticas, es decir, de un rendimiento anual por unidad superior a 2000 litros.

Un tambo compuesto por vacas realmente lecheras, mantiene su precio de acuerdo con su producción láctea, sin seguir las oscilaciones del mercado de animales de carne, el que tanto ha venido a perjudicar a los tamberos durante la última crisis ganadera, durante la cual los criadores de razas especializadas vendían sus vaquillonas en precios normales y las vacas según su producción de leche. Este factor daría al tambo una estabilidad de la cual hoy no goza.

Según las últimas estadísticas llevadas a efecto en los Estados Unidos de Norte América sobre la producción de leche dentro de todo el país, resulta que allí una vaca produce 1814 litros de leche por año

y en varios países de Europa, en los que se han realizado las mismas estadísticas, éstas arrojan las siguientes cifras: Bélgica, 2980 litros; Nueva Zelanda, 2865; Dinamarca, 3140, e Inglaterra, 3240 litros, todas por vaca y por año.

En nuestro país, según una investigación efectuada por el ingeniero González Sabathí en 233 tambos en los que se ordeñaban, aproximadamente, 32.000 vacas, resultó un término medio de 612 litros cada vaca por año, o sea una producción muy inferior a la de todos los países productores de leche.

Esta inferioridad de condiciones no tiene justificativo aceptable; por el contrario, deberíamos estar colocados entre las naciones de mayor producción; nada nos falta para conseguirlo, ni ganados ni elementos, ni campos fértiles, que además de producir excelentes pastos naturales, se adaptan para la siembra de cuanto cereal sea susceptible de constituir un forraje conveniente para el aumento de la producción.

Contamos también con cabañas que se dedican a la crianza de reproductores lecheros de las razas de mayor producción, las que poseen padres importados de las principales cabañas europeas y que han producido los ejemplares que anualmente se exponen en la Sociedad Rural de esta capital, como también en las que se efectúan en las ciudades más importantes.

Entre los establecimientos de importancia que se han especializado en la crianza de razas lecheras, podemos citar a la Sociedad Anónima La Martona, fundada hace más de 40 años por D. Vicente L. Casares, uno de los más esforzados "pioneros", quien en breve plazo llegó a montar el establecimiento de cuya dirección se encargan hoy sus herederos y que constituye uno de los tantos que hacen honor al país.

El Tuyú, Tatay, como los de propiedad de los Sres. Benito Villanueva, Ricardo Cabral Hunter, Carlos Bunge, Angel Velaz y varios otros, forman un conjunto suficiente como para proveer al país de excelentes reproductores.

En la última exposición ganadera, para no ir más allá, fueron presentados animales que consiguieron llamar la atención de los jurados y del público; el campeón de la raza Jersey fué obtenido por Falucho, un torito que reúne todas las características que se requieren para desempeñarse como inmejorable padre de cabaña, fué expuesto por don Benito Villanueva, quien también obtuvo el Reservado de Campeón de la misma raza, con Kisser.

En este certamen obtuvieron señalados triunfos los reproductores de El Tuyú, expuestos por Da. Hortensia Aguirre de Leloir y D. Guillermo Udaondo, así como el toro Flamenco, presentado por D. Angel Velaz.

En la raza Holando-Argentina correspondió el título de Campeón y de Reservado de Campeón a dos ejemplares impecables, criados y expuestos por la S. A. La Martona: Stangel of Martona y Martona's Pansy Segis, respectivamente.

El título de Campeón y Reservado de Campeón hembra Holando-Argentina lo obtuvieron, el primero, Jessie Pontiac Segis, una vaca que a juzgar por las propias palabras del jurado, era un animal perfecto, criado en la cabaña de D. Ricardo Cabral Hunter, y propietario también de Blanca Segis Pontiac, que obtuvo el segundo de los premios mencionados.

LOS MULTIPLES ASPECTOS DE LA TRAGEDIA DE MAYERLING

Por
GEORGES MAUREVERT

(Para LA NACION)

PARIS, febrero de 1930

esta joven es tu hermana!"

Y en voz baja, entrecortada por los sollozos, habría revelado su unión con la baronesa de Vetsera madre; el nacimiento de María sobrevenido durante el curso de las relaciones y la certidumbre, por fin, de que María era realmente hija suya!...

Enloquecido el pobre Rodolfo, se había dirigido a Mayerling y esa noche misma ocurría el doble drama.

Una tercera versión del suicidio, débese a la princesa Odescalchi, nacida Zichy, versión aun más extraordinaria: el suicidio después de la mutilación!... La joven baronesa, desesperada al enterarse del veto opuesto por el Emperador a su unión con el Archiduque, lo habría hecho beber la noche del drama más que de costumbre, lo que fué causa para que el príncipe Rodolfo se durmiera profundamente... "Despertado con un sobresalto — relataba la princesa Odescalchi — por la más atroz y la más infame de las venganzas que pueda concebir una mujer, el Príncipe vió su existencia destruida para siempre. Se apoderó de un revólver, mató primeramente a la que le había infligido ese ultraje, y luego volvió el arma contra sí mismo!..."

Nótese que esta versión del drama fué adoptada por Henri de Weindel en su libro "Francisco José íntimo".

Finalmente, está el suicidio por razones políticas, sostenido por una prima y confidente del príncipe Rodolfo, la condesa Larisch, que la expuso en su libro: "Mi pasado: el drama de Mayerling" publicado en 1913. Más bien que el amor, la Princesa pretende que fué la política la que provocó el drama de enero de 1889. El archiduque Juan Salvador (el mismo que desapareció bajo el nombre de Juan Orth y cuyas aventuras relaté hace algunos años en LA NACION), habría convencido a su primo Rodolfo a que provocara una escisión en la doble monarquía, haciéndose coronar rey de Hungría y que divorciándose de Estefanía, compartiera el trono con María Vetsera, convertida en su esposa. Enterado de que su complot había sido descubierto, y encontrándose perdido, Rodolfo, aterrado, había expiado su crimen con un suicidio al cual había inducido a la pobre María!...

Después de estas cuatro versiones sobre suicidio, examinemos las referentes a un asesinato.

Nada menos que el conde Nigra, a la sazón embajador de Italia en la Corte de Austria, es uno de los partidarios más autorizados del asesinato. He aquí un pasaje de la entrevista que concedió a un corresponsal del "Corriere della Sera" y que fué reproducida en "Le Temps" del 5 de julio de 1907. Siendo uno de los primeros en llegar al pabellón de Mayerling en las primeras horas de la mañana del 30 de enero de 1889, da cuenta en esta forma

del espectáculo que contempló: "En la sien derecha o izquierda — no recuerdo bien — había un orificio por el cual penetraba el puño. El cráneo me pareció fracturado, destrozado como por un botellazo o golpe de bastón. Era algo horrible: los cabellos y fragmentos de hue-

seoso de casarse con María Vetsera, había presentado ante la Curia Romana una solicitud formal de anulación de su matrimonio, que estaba próximo a concederse. Empeñado en vengar a su hermana política repudiada se habría introducido en la habitación de los amantes matando a ambos; ultimó a Rodolfo, a quien sorprendió en sueños y a María, de un disparo de revólver.

Un sabio holandés, Joseph Van Driesten, cuyos conocimientos históricos le dieron ocasión para relacionarse con Rodolfo, admitió también la participación del príncipe de Coburgo en el drama, pero la explicó de un modo más razonable. Invitado a Mayerling y durante una comida abundante en la que corría el champañ, habría provocado el encono del Archiduque contra su esposa. Se habrían entrecruzado numerosas injurias y para defenderse, por así decirlo, contra las amenazas de su cuñado, el Príncipe de Coburgo, apoderándose de un pesado candelabro de plata maciza, habría fracturado la cabeza del archiduque Rodolfo. En cuanto a la pobre María Vetsera, se habría suicidado sobre el cadáver de su amante, en el mismo salón donde acababa de consumarse el drama.

Otra versión que elimina la venganza y los celos, es la que nos proporciona

Hugues Le Roux, escritor y senador francés, y que dió a conocer en el año 1925, al día siguiente de la muerte de la baronesa de Vetsera, madre de María.

El drama, decía él, habría tenido lugar en el transcurso de una orgia realizada en compañía de varios íntimos del archiduque y sus amantes. Discutiendo sobre la belleza de las mujeres presentes, Rodolfo, excitado por el champañ, habría ordenado a María que acentuase su escote con el propósito de demostrar que ella era la mejor de todas. María habríase opuesto púdicamente a esta exhibición, gritándole: "¡Tú estás loco!" El archiduque entonces habría arrancado a la fuerza el corpiño de la joven y ésta le habría arrojado al rostro una copa de champañ, produciéndole heridas leves. Rodolfo, furioso, habría muerto a María de un disparo de revólver, y luego, a raíz de la refriega que se originó, habría sido ultimado por un candelabro de pie de mármol que le produjo la herida horrible comprobada claramente por el embajador Nigra.

"La verdad era inconfesable agregaba el senador —. La hipocresía austriaca, prima hermana de la "gemutlichkeit" alemana, refugióse en una interpretación sentimental del asesinato. Fueron entonces las diferentes fases del suicidio las que se presentaron a la opinión pública, dejándose hábilmente en suspenso la posibilidad de una intervención de un guardabosque decidido a vengar su honor.

Puede agregarse a este respecto que dicho guardabosque,

cuya venganza fué efectivamente puesta en evidencia en esa época, se llamaba Francisco Vodicka. A su muerte, ocurrida en los primeros meses del año 1928, los periódicos anunciaron que había dejado un manuscrito en el cual se exponían las circunstancias de la muerte del Príncipe Rodolfo y de su amiga. Este manuscrito encuéntrase actualmente en poder de su sobrino Erwin Plancker Klast. Todo lo que se sabe por ahora es que Vodicka pretende haber sido el primero que penetró en la habitación donde los jóvenes dormían su último sueño.

Al mismo tiempo hallaremos esta otra explicación del drama por el tío paterno de María, el conde Baltazzi, cuya relación fué publicada en 1916 en el "Mercure de France", siendo su autor Augusto Marguillier.

Cierto conde Waldstein, pretendiente desahuciado, o novio, según otros, de María Vetsera, se dirigió a Mayerling la noche del 29 de enero de 1889, en compañía del susodicho Baltazzi. El conde penetró en el pabellón so pretexto de llevar un importante mensaje imperial. Los dos hombres subieron hasta el departamento de Rodolfo. "Apenas llegados a la puerta de la habitación donde descansan ambos amantes, atacado de pronto por un acceso violento de celos, mata de un balazo a la que no ha consentido en ser suya. Rodolfo se ha apoderado, a su vez, de un revólver colocado cerca del lecho y derriba al conde Waldstein que se desploma sin vida y luego apunta con su arma al conde Baltazzi, petrificado de espanto, a quien alcanza en la parte lateral de su cuerpo (a consecuencia de lo cual morirá más tarde). Este, enloquecido, no poseyendo armas, se apodera del primer objeto que tiene al alcance: una de esas pesadas botellas de champañ... y asesta un golpe terrible sobre la cabeza de Rodolfo, que caerá con el cráneo destrozado."

Marguillier añade que posee estos detalles por una familia de príncipes emparentada con la corte de Austria, de la que era preceptor en la época en que sobrevivieron estos acontecimientos.

En su libro "Chez les rois", un excelente cronista, Adolfo Aderer, hace también intervenir a Baltazzi y a Waldstein. Mas según este escritor, fué el conde Waldstein el que mató a Rodolfo. Dicho príncipe los habría invitado a cenar, junto con el conde Hoyos. En el transcurso de la cena, el archiduque ebrio habría ridiculizado a Waldstein como pretendiente a la mano de María y éste lo habría herido mortalmente de un botellazo. María entonces, apoderándose de un revólver, se habría herido ella misma, al mismo tiempo que el conde Hoyos, amenazado por Baltazzi, habría atravesado su cuerpo con una alabarda de panoplia...

Debo mencionar, además, que fuera de los Baltazzi, Coburgo, Waldstein y otras personalidades en danza, he podido últimamente recoger un testimonio harto inesperado que implica la participación criminal del príncipe Miguel de Braganza, que residía en Austria, donde nació el 19 de septiembre de 1853, y que fué uno de los amigos más íntimos del archiduque Rodolfo.

A raíz de varios artículos que escribí sobre el drama de Mayerling, trabé conocimiento en casa de uno de mis amigos, donde estaba de sirviente, con un anciano, un italiano que en la época en que ocurrió el drama ocupaba el puesto de "valet de chambre" del embajador de Gran Bretaña en Roma. Fué así cómo, por invitación de mi amigo, me aseguré que todo lo que se había narrado sobre el suicidio de Rodolfo carecía de exactitud.

"La verdad — me dijo él — es que el archiduque ha sido asesinado por el príncipe"



El archiduque Rodolfo

sos habían penetrado en la materia cerebral. La herida abría-se encima del pabellón de la oreja y hacia atrás, de tal manera que parecía materialmente imposible que el Príncipe se la hubiera producido él mismo... ¿Suicidio? ¡Vamos! Fué un asesinato, puedo afirmarlo... Poco después llegó el emperador Francisco José. A la vista de su hijo se deshizo en lágrimas y yo abrí los brazos para sostenerlo."

Hay que confesar que este testimonio es uno de los más graves, pues legítima, hasta cierto punto, la versión del asesinato. Mas, ¿quién lo habría cometido, y por qué razón?

El nombre del príncipe Felipe de Coburgo, fué indicado en primer término por nuestro tan



María Vetsera

deplorado y documentado colega Juan de Bonnefon. El príncipe Felipe de Coburgo habíase convertido en cuñado del príncipe Rodolfo por su enlace con la princesa Luisa de Bélgica, hermana de Estefanía. Estaba enterado de que Rodolfo, de-



O hace muchos días el doctor Samuel Alfred Mitchell, reputado astrónomo y profesor de la materia en la Universidad

de Virginia, en Charlottesville, anunció que había terminado la tarea de medir la distancia de mil estrellas, cifra que el cable, con un criterio muy sportivo y muy norteamericano, calificó de record. En realidad, este resultado es sorprendente si se considera que aun no hace cien años desde que algunos astrónomos tenaces, no desanimados por fracasos seculares, lograron establecer la paralaje de dos de las más importantes estrellas del firmamento visible y corroborar con una cifra, fantástica por supuesto, las admirables previsiones de Copérnico.

Tanto los filósofos como los astrónomos se han preocupado desde los albores de la civilización en estudiar la organización del universo y, por consecuencia, en averiguar su magnitud absoluta, para lo cual han tratado de establecer las distancias estelares, ya sea con respecto de la Tierra, ya de los astros entre sí. Pero los antiguos, aunque columbraron que las estrellas están muy distantes de nuestro planeta, no llegaron a concebir distancias superiores a las terrestres. Algunos filósofos griegos llegaron a suponer que el yunque de Vulcano invertiría nueve días en caer del Sol a la Tierra y otros nueve en descender desde ésta hasta las profundidades del Averno.

Esta incapacidad para concebir distancias fantásticas ejerció, incluso, una influencia decisiva en el rechazo de la teoría de que la Tierra gira en torno del Sol. Como se sabe, la escuela pitagórica y hasta Platón sostuvieron ese principio, algunos siglos antes que Copérnico; pero, sin embargo, ninguno de ellos, incluso Filolao, supo replicar la objeción de que de ser así tendría que aumentar y disminuir la magnitud aparente de las constelaciones, a medida que la Tierra se acercara o alejara de ellas. Y Ptolomeo, el astrónomo egipcio que continuó los trabajos de Hiparco, estableció en su famoso sistema astronómico once distancias distintas para los diversos planetas, incluso la Luna y el Sol, pero colocó en un solo plano las estrellas fijas y muy poco nos dijo, en términos concretos, acerca de las distancias relativas de su sistema.

Pasaron algunos siglos hasta que estos conceptos sufrieron una modificación. Los investigadores de la Edad Media primero y luego los de los comienzos del Renacimiento, ya admitían que las distancias del Sol y la Luna eran muy superiores a las aceptadas hasta

LA DISTANCIA DE LAS ESTRELLAS

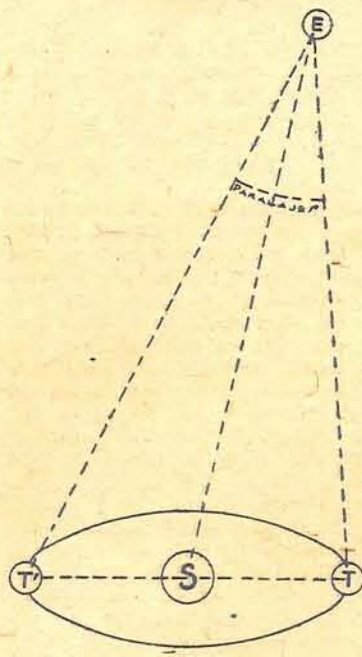
Por LUIS ENRIQUE CARRERA

entonces, y que las estrellas se encontraban más lejos aun; pero jamás llegaron a formular una cifra ni mucho menos a prever la magnitud del espacio estelar.

Sólo cuando Copérnico estableció su sistema, que destruyó el de Ptolomeo, se presentó a los astrónomos el problema de esas distancias en toda su trascendental importancia. Sus adversarios renovaron la objeción de los contendores de la escuela pitagórica, pero Copérnico no se desanimó por eso. Y con más agudeza dialéctica que convicción, les respondió que, lejos de constituir un reparo a su sistema, tal objeción era una prueba de que las estrellas se hallaban a distancias incomparablemente mayores de nuestra Tierra, que el Sol, la Luna y demás planetas. La réplica copernicana significó un progreso indudable en el orden teórico, en el orden filosófico, pero no en el astronómico, en el práctico. Varios astrónomos, a contar de Ticho-Brahe, a principios del siglo XVII, y posteriormente Hooke, Cassini, Manfredi, Molyneux y Bradley, trataron de establecer la alteración de los valores angulares de las estrellas más visibles, en diferentes épocas del año, pero sin resultado. Este último, Bradley, en el curso de sus investigaciones, descubrió un singular fenómeno físico, la "aberración", que más tarde ha servido a Einstein para fundar su teoría de la relatividad.

Aunque no se escapaba a los astrónomos de aquella época que la determinación precisa de las distancias estelares estaba ligada al perfeccionamiento de los instrumentos de observación, intentaron aplicar a la medición de esas distancias los mismos métodos empleados en topografía para calcular una distancia inaccesible, la triangulación, método que fué empleado con buen éxito en la medición de las distancias del Sol y los demás planetas.

Es sabido que la trigonometría emplea para el efecto un triángulo teórico, formado por tres puntos, como puede verse en el grabado. Uno, T, constituido por la base de la distancia por medir; otro, S, punto auxiliar, cuya distancia tiene que ser conocida, y un tercero, E, que es la distancia que se necesita medir. Conocida la distancia T-S y conocidos igualmente los valores de los ángulos T y S, se entra en posesión del valor relativo del ángulo E, y, por consecuencia, se puede establecer la distancia T-E. Y resulta evidente que mientras más distante de la base está el punto cuya distancia se trata de averiguar, mayor longitud necesita existir entre la base y el punto auxiliar, pues de ese modo el ángu-



Aplicación del método trigonométrico para establecer la distancia de una estrella. T es la Tierra, en determinado punto de su órbita; S es el Sol; T' es la Tierra en su posición al punto anterior y E, la estrella cuya distancia se trata de medir

lo obtenido será menos agudo y será posible medirlo con mayor exactitud. Teóricamente, si el punto E se halla a una distancia infinita, la abertura del ángulo E equivaldrá a cero.

Para medir, pues, la distancia de una estrella, preestablecido que es considerablemente superior a la que existe entre la Tierra y el Sol, se llegó a la conclusión de que el diámetro de nuestro planeta, con sus 12.733 kilómetros de nuestra actual medida, era una distancia insignificante. Y en esa contingencia se recurrió a otra medida: el diámetro de la órbita terrestre, es decir, el de la elipse que nuestra Tierra describe en torno del Sol. Y como no era posible establecer en el espacio un punto que sirviera de referencia para dirigir la visual, al llegar la Tierra al extremo opuesto de ese diámetro, se optó por hacer una doble triangulación, como se ve en la figura, y tomar como punto de referencia central el Sol. Así, un determinado día del año, indicado en T, había que dirigir sucesivamente la visual a S, que es el Sol, y a E, que es la estrella cuya distancia se trataba de medir, y calcular los ángulos correspondientes, y al cabo de medio año, cuando la Tierra se hallase en T' en un extremo opuesto al primero,

repetir la operación. Bradley primero y luego Lacaille, en los siglos XVIII y XIX, ensayaron este procedimiento para medir la distancia de Sirio, la estrella más hermosa de nuestro cielo austral, sin obtener un resultado positivo. Igualmente ineficaces fueron los trabajos de Piazzini, hacia 1803; de Brinkley, hacia 1812; de Lindenay, hacia 1813, y los de Struve, en 1820. No obstante emplear el "lado conocido" de mayor longitud accesible al hombre, es decir, no obstante emplear como base de la triangulación el diámetro de la órbita terrestre, que equivale a unos trescientos millones de kilómetros, los valores angulares obtenidos eran equivalentes a cero. Las visuales eran sensiblemente paralelas y los errores de observación muy superiores al ángulo que se medía. Si se considera que en un transportador común un grado de arco tiene escasamente un milímetro de longitud y que un grado tiene 360 segundos, cabe suponer la precisión que se necesita emplear para medir paralajes de centésimos y hasta de milésimos de segundo de arco, como son los que por regla general ofrecen las estrellas.

Entonces Struve recordó una teoría vieja, nada menos que de Galileo. Había ideado éste determinar las paralajes tomando como punto de referencia estrellas próximas a aquellas cuya distancia se tratara de medir. Y como en teoría las estrellas están más distantes de nuestra Tierra mientras menor es su tamaño aparente, Struve ideó, para establecer la distancia de una estrella de gran magnitud, apoyarse en una estrella telescópica, por considerar que podía servir, dada su distancia infinitamente grande, como un punto relativamente fijo en el espacio. Así lo hizo, y con la ayuda de un instrumento llamado "heliómetro" — ideado para medir la distancia del Sol — llegó a establecer hacia 1836, en el Observatorio de Durpat, la distancia de la estrella Alfa, de la constelación boreal de la Lira. Pero su cálculo fué poco preciso. Y el resultado de mayor confianza sólo lo obtuvo el astrónomo alemán Bessel, que desde el Observatorio de Königsberg, estableció la paralaje de la estrella No. 61 de la constelación del Cisne, notable por su rápido movimiento propio. Casi al mismo tiempo, Anderson y MacLear, desde el Observatorio del Cabo de Buena Esperanza, obtuvieron la paralaje de la estrella Alfa de la constelación del Centauro, rival de Sirio por su luminosidad y compañera inseparable de la Cruz del Sur en su constante giro en torno del polo austral.

Esta paralaje resultó ser de 0,9762 de segundo de arco, o sea casi un segundo, cifra que en mediciones posteriores ha quedado reducida a 0,75 de segundo. Bueno está que digamos, que se entiende por paralaje el ángulo subtendido por el radio de la órbita terrestre, desde la estrella considerada, o sea la medida de cualquiera de los ángulos E de nuestro gráfico.

Posteriormente, con el progreso de las ciencias y el perfeccionamiento de los instrumentos astronómicos de precisión, ha sido posible medir la distancia de algunos centenares de estrellas y rectificar, al mismo tiempo, los primeros cálculos.

Un segundo de arco nada dice a nuestra imaginación. Y si lo reducimos a kilómetros, resulta una cifra casi ilegible: 33.507.200.000.000. Por eso los astrónomos han ideado adoptar una unidad de longitud mayor. Primero, aceptaron el año-luz, que es, como se sabe, la distancia que la luz recorre en un año solar, en el vacío, a razón de 300.000 kilómetros por segundo. Otra unidad, ideada recientemente, es el "parsec", palabra formada por la abreviación de "segundo de paralaje", que equivale a la distancia de una estrella cuyo paralaje es de un segundo de arco, o sea que se halla a 3,23 años luz de nosotros.

En esta forma, la citada estrella Alfa de Centauro, que por mucho tiempo se consideró la más próxima a nuestro sistema solar, se halla a 4,3 años luz, o sea que un rayo de luz por ella emitido tarda 4 años y 4 meses en llegar a nuestra retina. Como término de comparación recordemos que nuestro planeta sólo dista 148.000.000 de kilómetros del Sol, o sea 226.000 veces menos, y que un rayo de luz solar tarda 8 minutos y 13 segundos en llegar hasta nosotros. En la actualidad se ha establecido que la estrella más próxima a la Tierra es una que, contra la teoría aceptada, es visible sólo por medio del telescopio. Se halla igualmente en la constelación de Centauro, está a 3,7 años luz de nuestro planeta y ha sido bautizada con el nombre de Próxim Centauro.

Esto, en cuanto a la proximidad mínima. En cuanto a la máxima, no hay límite calculable. Sólo la Vía Láctea, de la cual, como se sabe, formamos parte, posee un diámetro calculado por Shapley en 500.000 años luz. Y hay millares de cúmulos estelares que ante nuestros telescopios aparecen sólo como informes manchas nebulosas, que son otras tantas vías lácteas formadas por millares y millares de sistemas solares idénticos al nuestro, y que se hallan a millones de años luz.

Braganza. Yo lo he oído decir innumerables veces en casa del embajador adonde estaba de servicio."

Como yo le replicara que su explicación era inadmisiblemente, puesto que el nombre del Príncipe de Braganza no había figurado hasta entonces en el drama, se contentó con replicarme:

"Señor, yo sólo le repito lo que personalmente he oído en Roma hace cuarenta años".

¿Habrá algo de verdad en el relato de este buen hombre, y podrá el Príncipe de Braganza ser el verdadero autor del asesinato del archiduque en circunstancias hasta ahora desconocidas?... "Chi lo sa", como dicen los italianos.

Por último, de acuerdo con la excelente novela debida a la pluma de M. A. T. Serstevens, titulada "Taia", aparecida recientemente, dos nombres nuevos han sido puestos en discusión: el del tío y el del primo del archiduque Rodolfo, el archiduque Carlos-Luis de Aus-

tria y su hijo Francisco-Fernando, cuyo asesinato, ocurrido en Sarajevo en julio de 1914, fué el origen de la guerra mundial.

El relato del drama que nos hace M. T. Serstevens es fué narrado por un anciano de nombre Loschek, que fué "valet de chambre" del archiduque Rodolfo y fué quien le hizo la "toilette" mortuoria.

Carlos-Luis y Francisco-Fernando, al corriente de las intenciones del príncipe, de provocar una escisión dentro de la monarquía austro-húngara y siendo ellos, después de Rodolfo que no tenía hijos, los más próximos herederos del trono, resolvieron oponerse a este proyecto de disociación, suprimiendo al autor, supresión que, al mismo tiempo, los acercaba a la corona.

Fuó por eso que cierto día en que habían venido a Mayerling con el pretexto de una partida de caza, aprovecharon esta ocasión para asesinar durante el sueño al archiduque

Rodolfo y de un mismo golpe al testigo de esta muerte, a la pobre María Vetsera, cuya presencia cerca de él ignoraban.

Lo más curioso en la obra de M. T. Serstevens es que hace su heroína a Taia, la hija nacida de los amores de Rodolfo y de María Vetsera, la cual en la novela pretende vengar a sus padres haciendo asesinar en Sarajevo a su matador Francisco-Fernando, que a la muerte de Rodolfo habíase convertido, en efecto, en presunto heredero del trono de Austria-Hungría.

La hija de Rodolfo y de María Vetsera no es una ficción de novelista. Ha existido realmente y ha muerto hace poco tiempo. En noviembre de 1919 una información aparecida en los periódicos londinenses nos enteraba del fallecimiento de una bella joven de treinta años, más o menos, la señora Alma Steane, esposa del capitán del mismo nombre, quien se había suicidado con cianuro al regre-

so de un baile de máscaras.

Los periódicos recordaron en esta ocasión que ella había pasado siempre por hija del archiduque y de María Vetsera, de quien llevaba el nombre apenas modificado. Al día siguiente del drama le fué enviado al emperador Francisco José un cofre de acero, donde se ha descubierto, a raíz de su abertura después de la caída del Imperio, la copia del certificado de nacimiento de una hija, con fecha 6 de julio de 1888. Cabe hacer notar que en las memorias tituladas "Autour des trones que j'ai vu tomber", de la princesa Luisa de Bélgica, cuñada de Rodolfo, que la amaba y de quien recibió confidencias, ésta escribe expresamente que "su unión databa de tres años".

En el momento del sumario judicial que siguió al suicidio de la señora Vecera Steane, se dió a conocer el verdadero nombre de la madre de la difunta, no así el del padre, que se reservó por razones de estado.

"La verdad es — leíamos en

el "Empire News", en enero de 1920 — que Francisco José, después de haberse negado durante mucho tiempo a ocuparse de la hija de su hijo, se arrepintió. Los archivos del estado austro-húngaro revelan, en efecto, que se acordó una pensión a la hija de María Vetsera. En 1919, la señora de Steane fué informada que esta pensión quedaría en suspenso y este hecho explica por qué la difunta repetía constantemente a sus amigos, un tiempo antes de su muerte:

"Ahora soy rica, pero el año próximo estaré en la miseria". Digamos, además, que la señora Vetsera Steane tenía de un primer matrimonio un hijo que en el momento del suicidio contaba doce años.

He aquí, pues, expuestos brevemente, pero tan fielmente como ha sido posible, los múltiples aspectos de la tragedia de Mayerling que tanta influencia tuvo en los destinos de Europa, pues por una correspondencia

(Continúa en la pág. 39)



DESPUES DE REYES

Una escena de "Maya"



EMPEZANDO a primeros de septiembre, la temporada teatral madrileña no termina hasta bien entrado junio, y casi siempre se prolonga hasta julio. Pero julio es como un epílogo. La temporada, de septiembre a junio, se divide en tres... actos, podría decirse. Uno que termina el día de Reyes, otro que acaba en Semana Santa. Reyes marca el final del acto primero, y el segundo viene sin entreacto apenas. El sábado de Gloria se levanta el telón para el acto tercero, tras un descanso de cuatro días o tal vez más.

Acaba de empezar el acto segundo. Del primero aun quedan para él ciertos personajes: los que alcanzaron éxito en la primera parte de la temporada: así los de Arniches en Lara, que, cuando esto se escribe, aun conserva en sus carteles "Para ti es el mundo"; los de "La Lola se va a los puertos", que pasaron de Fontalba a la Zarzuela; los de Muñoz Seca y Pérez Fernández en "Pégame, Luciano!"; tan favorecidos por el público del Infanta Isabel. Pero tanto la Lola como Luciano alternan ya en los carteles con obras recién estrenadas, y muy pronto "El negro que tenía el alma blanca", de Alberto Insúa y Federico Oliver, saldrá a disputar en Lara a los personajes de Arniches, si no el dominio del mundo, la breve gloria y el bonito provecho con que sin duda sueña en el teatro el hombre de color que antes anduvo por la novela y por la película. También aletea en el Reina Victoria, merced al prestigio de Pepita Díaz de Artigas, "El pájaro sin alas".

He aquí ahora los personajes nuevos. Camila Quiroga con su compañía se instaló en el Fontalba, y después de alguna comedia de su repertorio nacional, como "La madre celta", de F. Defilippis Novoa, ya conocida de nuestro público, ha estrenado "La aventura de Ire-

ne", de Armont y Gerbido, traducida (o escrita en colaboración, como dicen los carteles, desde este lado de la frontera) por José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez Roig. Es comedia sencilla, bien acogida por el público menos exigente; pero su traducción no favorece en nada al teatro francés ni al teatro español. Para Camila Quiroga es un pasatiempo, en espera de algo con mayor substancia. La actriz argentina, tan estimada aquí, no tiene ahora más defensa que la elección de obras y su arte personal, deshecha la compañía con que vino a España por primera vez años hace y no substituida por elementos de igual valor.

Personajes nuevos, por decirlo así, los sucesores de María Guerrero en el Español, tras una temporada de teatro clásico y romántico salvada por el arte declamatorio de Ricardo Calvo y por el gusto con que mucho público escucha los versos del siglo de oro y del XVIII.

Otra compañía en disolución. Muerta María Guerrero y casi retirado de la escena, aunque no de la dirección, su esposo, los hijos no han heredado más que el nombre, y de la iniciación en su temporada—la oficial del teatro—con "Las mocedades del Cid", sólo puede alabarse el acierto de representar la obra antigua sin refundir los cuadros, como suele hacerse, con lo cual la obra de Guillén de Castro, aun deficientemente interpretada, mantiene su movimiento y gallardía, inspiradoras de la gallarda medida de Corneille en "Le Cid", y el decorado nuevo de Fernando Mignoni, tan fino de color, tan sencillo de realización, tan fácil para las mutaciones.

Catalina Bárcena llena el Infanta Beatriz con obras de repertorio.

Pero hablemos ya de los estrenos.

"SANCHO AVENDANO"

Linares Rivas ha dado la obra que ha substituido en los carteles a "Las mocedades del

ULTIMOS ESTRENOS EN MADRID

Cid". Un nombre sonoro, "Sancho Avendaño", corresponde al héroe, laureado oficial, que vuelve a su provincia lleno de gloria africana. Los que le ayudaron a hacer sus estudios, amenazados, al morir el padre dilapidador, por la ruina de su casa, le reciben con los brazos abiertos. La hija y nieta de sus protectores, Fuencisla, su compañera de niñez, le alienta y casi se le declara. Y el drama de pronto. Aquel amor es imposible, porque entre los dos hay un secreto. Son hijos de un mismo padre. El héroe conocerá la falta de su madre y sufrirá para adentro, sin justificarse ni aun ante los más encendidos insultos de la novia, que se cree despreciada y escarnecida.

Como de Linares, el drama es forzado, rígido, encaminado a una o dos situaciones que no dejan de producir efecto en el público, pero que no resisten al menor análisis. La construcción se ajusta por esta vez al sistema de cuadros breves, sin necesidad que lo justifique. El autor, así lo ha declarado, cree que esa es la moda y no desdén el seguirla por una vez. La verdad: no le favorece nada.

"LA CONDESA ESTA TRISTE..."

De Carlos Arniches. Teatro Infanta Isabel. Público de función de tarde, aunque sea por la noche. Gente acomodada. Mujeres. Mejor reír que otra cosa. Actores muy celebrados, entre los cuales, ahora, el hijo segundo de María Guerrero, Carlos Díaz de Mendoza, separado de la compañía del Español, y su esposa Carmen Larrañe, bellísima, con gusto para vestir.

"La condesa está triste..." viene a decirnos que el amor, aun sincero, fuera de la edad juvenil es cosa ridícula. Así Mila, condesa de la más noble estirpe, con hijas casaderas, una frívola, que se casará con un majadero, y otra juiciosa, que ha seguido, por afición al estudio, la carrera de ingeniero industrial, y está en amores con un compañero suyo, muchacho de la clase media, inteligente y honrado, se ve ase-

ENRIQUE DIEZ CANEDO

(Para LA NACION)

MADRID, febrero de 1930



Una escena de "Las mocedades del Cid"

diada por un desaprensivo, que aspira a mantener su holgazanería con los millones de la matrona otoñal. Estas intrigas nunca prosperan ante el público del Infanta Isabel. Los buenos descubren la falsía de los malos, son felices los que merecen serlo y la protagonista se consuela de la muerte de sus ilusiones con una moraleja.

Referido el asunto, se ve que la inventiva del autor no ha tenido que ponerse en tortura. Arniches, sin embargo, sabe hacer hablar a sus personajes, tiene hallazgos de situación, frases de ingenio, amenidad. Encuentra colaboración atinada en los actores. Y su comedia, entre tantas sombras, parece una comedia.

"NOBLEZA GITANA"

Primero fué "La copla andaluza", de Quintero y Guillén, en el Teatro Pavón. Quinientas representaciones. Después "El alma de la copla", de los mismos autores en el Fuencarral. Éxito parecido. Por fin, "Nobleza gitana", de distinta mano, en el Pavón, obra del mismo corte, con "cantaores" en los primeros papeles, que, llegada la situación, rompen su mutismo forzado para dar expresión a su sentimiento en una copla.

El arte, por lo menos el del teatro, no debe mucho a estos cañamazos de acción en que se bordan las flores de unos cantares del pueblo. Pero asistiendo a una de estas representaciones se ve que tampoco están reñidas con un ingenio hábil. Cualquier día saldrá de este molde, hasta ahora bastante mezquino, una comedia estimable: ya lo son, a veces, si no por otra cosa, por limpieza y sultura, estas tentativas de teatro popular que ha encontrado inmediatamente el favor del pueblo.

"MAYA"

Antes en Buenos Aires que en Madrid se estrenó en lengua castellana la "Maya" de Simón Gantillon. La versión representada ahora por Lola Membri-

ves y Ricardo Puga es de Azorín. Azorín ha proporcionado días de emoción al teatro con sus obras, aun con las menos felices. No había llegado aún a la batalla, como ha llegado con esta traducción. La noche del estreno, unos cuantos moralistas protestaron con toda suerte de ruidos; el aplauso de los que encontraban interés en la obra o no querían dejarse dominar por la opinión ajena respondió instantáneamente. "Maya" salió con un aliciente más: el de las discusiones, el del escándalo.

No hay por qué analizar la obra, bien conocida. Importa más el "suceso". Con cuantos defectos pueda tener el espectáculo de Gantillon, no cabe dudar de su interés escénico; la aureola de París no envolvía, en ella, una obra que, fuera del ambiente de la gran ciudad, pierda sus principales valores. Importa, asimismo, la interpretación. Lola Membrires ha caracterizado muy bien el tipo, acentuándolo en hieratismo, marcando mejor que la pasiva indiferencia trágica con que lo ha dibujado el autor, la pesadumbre de las tristezas en que respira la mujerzuela de puerto. Importa, por último, la escenografía, de Fernando Mignoni. Con la decoración única de "Maya", escenario dividido, a un lado el cuartucho del amor venal, a otro una esquina de calleja, con el farol rojo en que destaca el número, y de frente, en perspectiva, otra sordida calle hacia el mar; decoración que se convierte, para los entrecuadros, en un exterior, merced al telón corto que cae sobre el cuarto de la cortésana, ha dado perfecta realidad al medio.

Este decorado, como el de "Las mocedades", en el Español, y como antes el de la versión de "Volpone" hecha por Benjamin Jarnés, dan nuevo vigor a la personalidad de este artista, fino y capaz de ver en grande; decorador de acento moderno, de certero gusto, sin exageraciones para fingirse más moderno, de lo que resulta de su temperamento, en que se revela un serio aprendizaje clásico.

Baruch, Kajon y yo trazamos los esquemas de la posible e inmediata actuación de España entre los sefardíes sarajevinos.

Acordamos utilizar la organización hispanizante de "La Benevolencia" y resucitar la sociedad de canto "La Lira". Nombrar consules honorarios a elementos sefardíes. Enviar libros y revistas en forma de abonamientos o de propaganda, a los núcleos más interesantes de Bosnia. Así como films y discos españoles parecidos a los que yo utilicé en mis conferencias. También se concertó una excursión colectiva de sefardíes yugoeslavos para visitar las exposiciones españolas.

Asimismo recogimos unas bases de intercambio comercial, quedando yo en suministrar datos sobre el mercado maderero en España.

Y, como punto fundamental, propuse el nombramiento del joven doctor Baruch para profesor de español en la Universidad de Belgrado. Para que, una vez allí, holgada e intensamente, irradiase por toda Yugoslavia su misión cultural hispánica.

Todos estos postulados y algunos otros actúan ya en poder de la "Junta de Relaciones Culturales" de Madrid. Y serán—tras breve tiempo—puestos a andar.

JUDIOS ESPAÑOLES DE YUGOSLAVIA: SARAJEVO

(Continuación de la pág. 10)

sobre "La Benevolencia", "La Umanidad", "La Lira", "La Esperanza". El que contaba uno por uno los lectores posibles de español y organizaba veladas propagandistas y escribía piezas teatrales en tres actos, como "El angustiador" y poemas como éste:

A ESPAÑA

A Ti, España bienquerida,
Nosotros "madre" te llamamos
Y, mientras toda nuestra vida,
Tu dulce lengua no dejamos.
Aunque Tú nos desterraste
Como madrastra, de tu seno,
No estancamos de amarte
Como santísimo terreno,
En que dejaron nuestros padres
A sus parientes enterrados
Y las cenizas de millares
De tormentados y quemados.
Por Ti nosotros conservamos
Amor filial, país glorioso,
Por consiguiente, te mandamos
Nuestro saludo caluroso.
En nombre de los sefardíes amantes
Y conservadores de la lengua de Cervantes.

Abraham A. Cappon.

Otro intelectual es el poeta y novelista Isaac Samoblija, de una bellísi-

ma edición de cuentos en lengua serbia, titulada "De primavera a primavera", que constituye uno de los pocos textos novelísticos de la vida actual sefardí.

El profesor Wagner, de Berlín, se lamentaba recientemente de la ausencia de novelas judeo-españolas contemporáneas. Yo le insinué a este escritor de Sarajevo la conveniencia de redactar sus escritos en castellano para publicárselos en España.

Girando en el mundo de los intelectuales bosniacos y como decidido anfitrión de todos ellos, se proyecta Vita Kajon.

Si Cappon es el contrarrelato de don Rafael Altamira, Kajon es el gemelo de José Frances. ("Frances" es un nombre muy sefardí). Pero este "Frances" de Sarajevo roza otra cosa que la crítica de cuadros. Su crítica cae con sorprendente frecuencia y siempre con sorprendente benevolencia sobre las mujeres más guapas o alegres de la villa. También sobre las buenas comidas y sobre toda incitante golosina.

No había noche que no me condujese a oír a alguna "cantadera" o a alguna "danzadera". Con él vi a la gran Sofka—ya algo ajamada—electrizar panderetas y emborracharse de

melodías eslavas. Con él vi bailar el vientre de la "Alegre"—en una Kafana de suburbio—al son de orquestaciones turcas alucinantes y cantando romances castellanos:

En la mar hay una torre,
en la torre una ventana
allí hay una palomba
que a los marineros ama.
Abre tu ventana, palomba,
quiero subir a tu nido
mancilla que duermes sola
dormiré y yo contigo.

Si la mar se hace leche
yo me hago pescador
pescaré a mis dolores
con palabracas de amores.

Pero para eso de cantar romanzas españolas, aquella dama, tan buena amiga del gran Manrique de Lara, y aquel mancebillo proletario protegido por la comunidad por su voz prometedora y pastosa, al final de la cena, en el Domingo Hebreo.

Otro gozoso personaje entre nuestros judeo-españoles de Sarajevo es Alberto Attias, representante de "La Revista de la Raza" y gran decidor de chistes. Attias, con el doctor Pappo, constituyen el tipo de hebreos gozadores de la vida en la ciudad, gozadores como el mejor occidental. Entrometidos, sociales, llenos de optimismo y valentía ante las cosas.

UNA CLAVE EXTRAÑA

Por MAX PEMBERTON

(CONCLUSION)

NOS los figuramos expresando su desprecio al enterarse de que los asesinos habían dejado en la cocina una tabaquera de bronce y una linterna de juguete. Sin duda, preguntarían: "¿Qué pueden importar estas cosas? ¿Cómo es posible que nos permitan dar con los asesinos? ¿Acaso no es cierto que todos los obreros que fuman llevan consigo tabaqueras de bronce, y las linternas para niños no pueden adquirirse en cualquier parte por unos cuantos peniques? ¿Por qué, entonces, esta tabaquera y esta linterna pueden tener alguna importancia si para ello sería necesario detener a más de dos millones de hombres que habitan en esta ciudad?"

Por fortuna, en Scotland Yard se consideró el asunto desde un punto de vista enteramente diferente. Tuve en mis propias manos la linterna de juguete, y no me sorprende el hecho de que el inspector y sus subalternos la sometieran a un estudio cuidadoso.

Permitaseme explicar que se trataba de una linterna muy pequeña, cuyo tamaño era la tercera parte del que tenían las que solía llevar antes la policía, y se vendía exactamente al precio de dos peniques. Lo que habrán observado muy astutamente los detectives, sin embargo, era que evidentemente pertenecía a un niño de ideas originales, pues había introducido varios cambios en su construcción sencilla.

Para empezar, había suprimido la parte destinada a sostener la mecha, substituyéndola ingeniosamente por la punta de bronce de una lapicera. Esto le permitía utilizar una mecha más larga. Además, el joven, cualquiera que fuera, había dado nuevamente muestras de su originalidad al elegir el material de la mecha, pues se le ocurrió emplear un trozo de género retorcido, del material que ordinariamente se emplea en la confección de las camisas para los obreros. Este era, en realidad, un procedimiento extraño, y a juicio de la policía, su importancia era considerable.

Como es natural, los detectives examinaron cuidadosamente ese objeto extraño, y, además, la tabaquera, que tenía menos importancia. También se observaron atentamente las huellas de pies en el jardín, y se escudriñaron los bosques de los alrededores en busca de rastros. Se descubrió que los asesinos habían descansado un rato después de su crimen brutal, sentándose al abrigo de los árboles, donde dividieron su botín. No quedó duda de que esperaron la llegada del día y la presencia de otras personas en el camino, con el fin de confundirse entre ellas y de no llamar indebidamente la atención, y se supuso que cuando por fin llegó el día, regresaron a su guarida, en los bajos fondos de la gran ciudad.

Esta era la situación pocas horas después de haberse cometido el crimen brutal. Y los activos agentes de la policía no tardaron en entregar en Scotland Yard una tabaquera, una linterna de juguete y unas cuantas medidas de huellas de pies, que constituían los únicos rastros.

III

Preguntemos ahora al detective aficionado qué medidas tomaría para arrestar a los que habían asesinado tan alevosamente a un anciano y desaparecido en el "Ewigkeit".

Habría por una cosa que no tendría a su disposición, a saber: el registro perfecto que mantiene la policía de las andanzas de los criminales y ladrones cuando están en libertad. La policía sabe cuando un malhechor está inactivo y cuando se ocupa en cosas relacionadas con su profesión. Con este fin debe emplear los servicios del delator, esa persona tan útil, sin farse únicamente en su vigilancia y su sagacidad.

En cuanto se comete un crimen de la naturaleza del que ahora ocupa nuestra atención, lo primero que debe hacerse es descubrir qué hombres han sido puestos en libertad recientemente y cuáles son sus ocupaciones actuales. Si tienen dinero, ¿cuál ha sido su origen? ¿Ha habido algún cambio reciente en sus fortunas? Y en caso caso, ¿por qué?

Y bien, estas investigaciones

ordenadas, hechas inmediatamente después del asesinato de Mr. Henry Smith, tuvieron como resultado casi inmediato el descubrimiento de ciertos hechos a los cuales las autoridades atribuían gran importancia.

Dos presidiarios recientemente libertados, que residían en el barrio nuevo de Kent, cierto Albert Milson y un facineroso llamado Henry Fowler, fueron denunciados por un delator como poseedores de una fortuna súbita, que estaban gastando rumbosamente. Ambos eran descriptos por ciertos historiadores del crimen como obreros, pero esta descripción era inexacta, puesto que Fowler era de profesión jugador de billar, mientras que la ocupación habitual de Milson parecía ser la de recostarse contra una pared para contemplar distraído a los transeúntes. Como los dos eran hombres ociosos, podemos imaginar cómo el hecho de que mostrarán súbitamente "libras esterlinas flamantes", como diría Mr. Montagne Tigg, despertó la curiosidad del barrio nuevo de Kent, y fué objeto de toda clase de comentarios. Según los rumores que circulaban, Fowler había aparecido de repente con un hermoso traje a rayas; Milson convidaba a beber con frecuencia a los amigos, y, sin embargo, nadie podía adivinar el origen de su dinero, ni ninguno de los dos pudo dar una explicación satisfactoria en este sentido. Estos cuentos eran interesantes para Scotland Yard, y podemos estar seguros de que las autoridades policíales los escucharon atentamente.

Evidentemente, valía la pena investigar el origen de esa riqueza súbita, y aunque por entonces no se contaba con ningún dato para sospechar que esos dos hombres eran los asesinos de Tenterdown Lane, era conveniente realizar investigaciones acerca de ellos. En consecuencia, los detectives se dirigieron en seguida a la calle Southam, donde vivía la suegra de Milson, únicamente para descubrir, con gran disgusto suyo, que los pájaros habían volado, y que hacía varios días que no se les veía en el barrio.

Debemos hacer notar que esta visita ocurrió algunas semanas después que se había cometido el crimen, cuando el público había empezado a sentirse impaciente, como tiene por costumbre. El público se preguntaba por qué en Scotland Yard no se hacía nada para descubrir a los asesinos de Muswell Hill, por qué el Gobierno no ofrecía una recompensa, y cuáles eran las medidas que tomaba la policía. Si hubiera sido posible decirle la verdad, sabría que algunos de los más hábiles detectives del mundo estaban entonces pasando ratos muy poco agradables en los corrillos de Kent y de Bow, aunque se acercaba lo que podría llamarse con justicia un acontecimiento sensacional. Esto fué nada menos que un encuentro con el verdadero dueño de la linterna de juguete, y una conversación muy agradable con él.

El descubrimiento, si la memoria no me falla, fué hecho por un modesto miembro de la fuerza policial, que estaba de vigilancia en las inmediaciones de la casa donde residía la madre política de Milson.

Cierto día oyó a un muchacho de unos diez y seis años que discutía con otro la propiedad de una linterna, y como el agente era un sujeto muy inteligente y bastante curioso, terció inmediatamente en la discusión. —¿De modo que has perdido una linterna, muchacho? —preguntó—. ¿Se puede saber qué clase de linterna era esa?

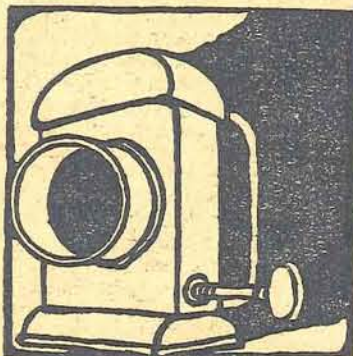
—Muy chiquita —contestó el muchacho—. No prendía bien con parafina y la arreglé con el material de una lapicera. Creí que éste la tenía, pero me he equivocado, porque en la mía puse una mecha con una tira de una camisa de mi cuñado, y la reconocí en seguida.

Aquello era muy interesante. El agente descubrió que el muchacho era cuñado de Milson, y que la linterna encontrada junto al cadáver del anciano asesinado en Muswell Lodge era suya. Instantáneamente sospechó que la identidad de uno de los asesinos había sido descubierta providencialmente, y podemos imaginar que no perdió un solo momento en comunicar la información a los detectives en-

cargados del caso. Al día siguiente se mostró la linterna al muchacho, quien la identificó en seguida. En esta forma se estableció la importancia vital de una cosa al parecer insignificante, que quizá hubiera sido dejada de lado por un detective novicio como cosa de poca monta en una investigación tan importante. En verdad, repetimos que toda la historia de los crímenes no tiene nada tan importante como este juguete, que sirvió para la detención y la condena de dos asesinos brutales.

IV

Los nombres de los asesinos eran, en consecuencia, Albert Milson y Henry Fowler; el primero no era más que la sombra



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

miserable de un hombre, y Fowler era el facineroso más fuerte y brutal entre todos los que han sido presentados ante los tribunales.

Los miembros de Scotland Yard empezaron a buscar empeñosamente a esta pareja, aunque el público no sabía nada acerca de esto, y continuó su clamor. Pero la policía no dijo ni una sola palabra, y actuó con mucha prudencia.

Ante todo, se supo que los dos hombres habían partido de Londres poco después del crimen, realizando un viaje a Bristol. Sin embargo, cuando se pidió a la policía de aquella ciudad que tratara de descubrirlos, se supo que habían abandonado la población, dirigiéndose al Norte. Más tarde se descubrieron rastros de ellos en Liverpool, y se esperaba que su detención se realizaría de un momento a otro, pero los pájaros habían volado cuando aparecieron los gavilanes, y lo único que dejaron tras sí fué una historia de dinero gastado libremente y de varias orgías como las que suelen organizar los rateros cuando no se están tostando al sol.

Muy pocas historias de caza de criminales pueden compararse con la persecución de Albert Milson y Henry Fowler. Aunque se previno a la policía de todo el país, y a pesar de que en todas las ciudades y aldeas circuló una descripción detallada de la pareja, pasaron muchos días y semanas antes de que fuera posible dar con ellos.

Las autoridades tropezaron con grandes dificultades, pues los dos eran demasiado astutos para aparecer en cualquier población pequeña donde hubieran llamado inmediatamente la atención. Por lo contrario, se dirigían a las grandes ciudades, como Liverpool, Bristol y Cardiff, y sólo cuando empezaron a cometer algunas imprudencias, porque se creían en salvo, fué posible su captura. Es fácil, en consecuencia, comprender la perplejidad en que se encontraban las autoridades.

Con su sistema de dirigirse a Bristol, Cardiff o Liverpool, y viajando separadamente si era posible, para encontrarse en algún modesto hospedaje, podían estar libres de sospechas, por lo menos durante algunos días. Sus casas de esparcimiento eran probablemente los establecimientos públicos, en los que, sin duda, Fowler jugaba al billar, ganando unos cuantos chelines. Mientras tanto, Milson fumaba su pipa, y posiblemente se había comprado una nueva taba-

quera de bronce. Y en esta forma pasaron los días, hasta que supieron que se habían hecho averiguaciones en su residencia, y huyeron en seguida. Lo cierto es que la policía estuvo pisándole los talones varias veces, y tuvieron que abandonar su campamento apresuradamente.

El público, sin embargo, continuaba sin saber nada todavía, pues la persecución se realizaba en secreto. La pareja, sin duda, se cansó de las ciudades, y sintió deseos de vivir en el campo. La policía descubrió que ambos se habían dirigido a Swindon, donde encontraron a un amigo que habían conocido en Cardiff, un honrado profesor del arte antiguo de modelar en cera, y su esposa, quienes, según podemos figurarnos, pasaban los días laboriosamente, vistiendo las figuras y peinándose los cabellos. El nombre de este personaje era Sinclair, y aunque no tenemos noticias exactas de lo que pasó con el trío, los descubrimos por fin en Swindon, y con gran sorpresa nuestra, Albert Milson y Henry Fowler se han convertido en sus asociados. Y mientras el último permanece adentro, sin duda para imponer respeto, el primero se ocupa en gritar a la puerta de la casa: "¡Pasen, señores!", con todas las fuerzas de sus pulmones un tanto débiles.

Este fué un golpe muy hábil, porque Swindon está poblada con buenos mecánicos, y era muy poco probable que dos hombres como Milson y Fowler llamaran allí la atención. La verdad es que cualquier agente de policía que pasara por la feria hubiera podido fijarse en Milson si éste le ofreciera una oportunidad para hacerlo, pero es fama que cuando apareció un hombre de uniforme azul, Milson se introducía en la tienda para no salir hasta que el peligro había pasado. Y en esta forma continuó el juego; la exposición pasó de un lugar a otro, y los dos malhechores averiguaron, sin duda, que todo marchaba bien y que los clamores de los primeros momentos habían pasado.

Pero no hay duda de que esta ilusión ha sido la causa de que muchos criminales hayan caído con el tiempo en manos de la justicia. Empezaron por tomar las más grandes precauciones para su seguridad, pero terminaron por aparecer en cualquier parte, desafiando a la policía.

Milson y Fowler se mostraron tan confiados, que el primero de ellos regresó a Londres con el fin de llevarse a su mujer y su familia, y en esta forma puso nuevamente a la policía sobre la pista. El hombre no tenía, sin embargo, ningún deseo de establecerse permanentemente en su hogar, y después de hacer objeto de una visita de cortesía a su esposa, volvió a su ocupación de invitar a la gente a que visitara la exposición.

Mientras tanto, la policía tuvo noticias de él en muchos puntos; se supo que había estado en Chippenham, en Devizes y en Bath, y que en este último punto se había reunido con Fowler. No habían establecido su residencia en un hospedaje cualquiera, sino en el primer piso de la residencia de un respetable comerciante de la calle de Manmouth, una de las mejores de la población. Esta vez se acercaba el momento trágico, y las horas de Milson y Fowler estaban contadas.

Pero era evidente que los detectives tenían que desempeñar una tarea muy difícil. La fuerza heroica de Fowler, su indiferencia total por la vida de sus semejantes, el hecho de que estaba armado y que podía hacer frente a más de media docena de hombres de fuerza ordinaria, bastaba para que los encargados de arrestarlo actuaran con mucha prudencia y con toda clase de precauciones. La policía estaba al tanto de todo, y no se descuidó en este sentido. Un ataque contra los malhechores durante las horas del día podría tener como consecuencia su captura, pero hubiera provocado inevitablemente la muerte de algún excelente miembro de la organización, o de varios. Teniendo en cuenta esto, los detectives se limitaron a rodear la casa con un cordón de gente vigilante, y esperaron la llegada de la noche. Podemos imaginar la inquietud que sintieron al ver

salir a los dos hombres por la tarde, sin saber si se proponían huir una vez más. ¿Sería ésta, acaso, otra tentativa vana para atrapar a los dos delincuentes más hábiles del reino? Sólo a la noche se tendría la respuesta a esta pregunta. Ya se habían tomado todas las precauciones que dictaba la experiencia, y era evidente que la policía tendría que mostrarse paciente para triunfar en la empresa. Se estableció una vigilancia en todos los caminos que conducían a la población y se apostaron detectives en todas las estaciones ferroviarias. Con frecuencia me he preguntado qué sucedería si Milson y Fowler hubieran acudido a alguna estación para encontrar a los centinelas que les cerrarían el paso. Sin duda habría un nuevo crimen, y quizá lograrían escapar a pesar de todo.

Pero los acontecimientos no ocurrieron en esta forma, y todas estas disquisiciones son inútiles. Se supo que la pareja sólo había salido a pasear en las afueras de Bath, y más tarde regresaron a su alojamiento para descansar. Se les dejó la cuerda bastante floja, y una hora después que las luces se habían apagado, los detectives bien armados penetraron en la casa y subieron las escaleras para introducirse en el cuarto donde dormían los dos hombres.

La lucha que se libró es histórica en los anales de la policía, y quizá no haya habido otra igual. Milson, que se despertó inmediatamente, no tardó en rendirse, casi sin ofrecer resistencia, pero no pasó lo mismo con el gigantesco Fowler. Debaajo de un sofá, casi al alcance de su mano, tenía un revólver cargado, pero los agentes se arrojaron sobre él antes de que pudiera tomarlo, y se originó una lucha feroz. Era tan grande la fuerza del facineroso, que casi dominó a sus adversarios, y los oficiales se salvaron de morir estrangulados gracias a una serie de golpes que le asestaron con las culatas de sus pistolas. Finalmente lograron desmayarlo y conducirlo con esposas al hospital de Bath, donde fueron curadas sus heridas. Al día siguiente, todo el país supo que el arresto se había efectuado heroicamente, y el regocijo fué general. Pero hasta la fecha no sé si los hombres valientes que capturaron a Fowler fueron justamente recompensados. Sin embargo, cumplieron su deber, y en una forma magnífica. Sólo quedaba para el juez y los jurados la tarea de resolver el caso.

V

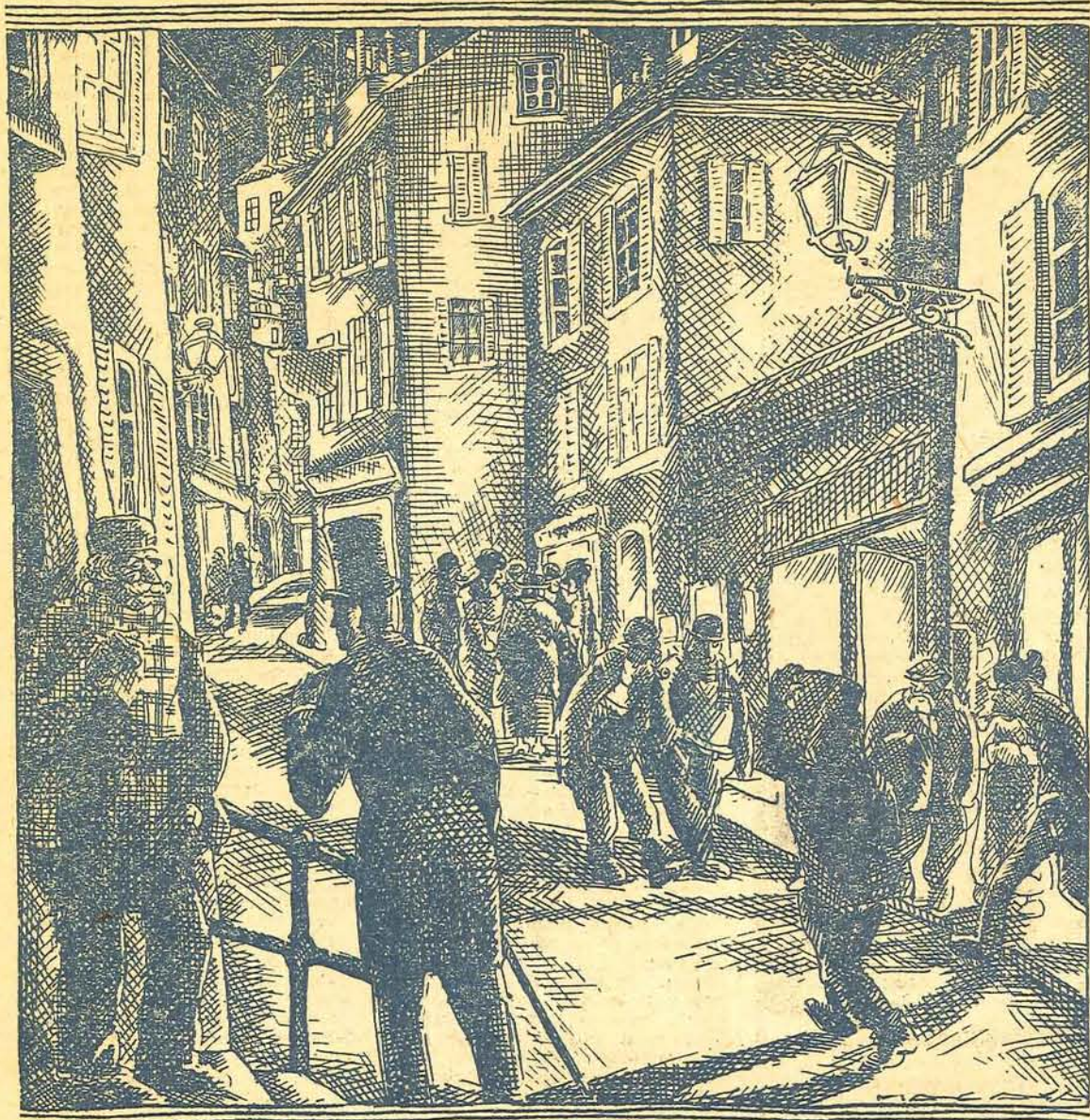
Era evidente que los criminales no podrían oponer una fuerte defensa, pero la policía deseaba conocer todos los detalles del crimen, como es muy natural, y se le presentó la oportunidad para ello cuando el pusilánime Milson fué separado provisionalmente del gigantesco Fowler.

Como era un hombre cobarde, intentó salvar su vida, e hizo lo que no se hubiera atrevido a hacer delante de Fowler, pues inventó una historia detallada del crimen, con el fin de aparecer tan inocente como una paloma, y de echar toda la culpa al compañero suyo, que se encontraba entonces en el hospital.

Por fortuna, la policía tenía pruebas suficientes de la culpabilidad de ambos y sólo deseaba terminar lo más rápidamente posible el asunto. Los funcionarios escucharon a Milson sin hacerle ninguna promesa, y llegaron a la conclusión de que pronto estarían listas las cuerdas para ahorcar a los dos más grandes asesinos conocidos en los Tribunales de Londres.

Se supo que el crimen se cometió casi en la misma forma que había supuesto la policía. Los dos hombres estaban enterados de todas las costumbres de Mr. Smith y tenían en su poder un diseño del sistema para dar la alarma de su casa. Entraron a la residencia desde los bosques, como se había supuesto; levantaron los alambres alumbrados por la luz de la linterna de juguete, y luego cortaron un trozo de vidrio de la ventana de la cocina, con un cortavidrios ordinario, y lo sacaron con ayuda de una tira de papel engomado. Una vez adentro, se disponían a subir al dormitorio del anciano caballero, pero oyeron el ruido que hacía al levantarse, y esperaron su llegada. Esos momentos, sin duda, de-

(Continúa en la pág. 40)



UNA VISITA MEDICA

CAPITULO IV

DESPUES de que Janice se hubo retirado, el doctor Marford dio con lentitud unos pasos hacia el rincón de la sala de operaciones en que guardaba sus drogas, y empezó a componer los medicamentos por él prescritos en el curso del día. Realizaba esta tarea generalmente por la tarde, pero la mayor parte del día se le había ido en la clínica.

Terminó muy pronto esta labor y se dirigió a su escritorio. Un montón de papeles esperaba allí una revisión; las cuentas de la clínica arrojaban un elevado déficit. El establecimiento engullía dinero y dinero, insaciable; siempre había nuevos aparatos que comprar, nuevos vacíos que llenar. El informe diario del hogar de convalecientes de Eastbourne, en que se enderezaba por los senderos de la salud a una docena de arrapiezos de Tidal Basin, tampoco le traía una nota de alegría. Estas cosas no causaban, sin embargo, al Dr. Marford ninguna angustia. No se quejaba por nada de lo que ponía personalmente: ni por el tiempo ni por los esfuerzos que perdía.

Esperaba cualquier día la llegada de un giro. Había un hombre en Amberes que le enviaba dinero regularmente, otro en Birmingham... Apartó los papeles, miró el reloj y se marchó, por la puerta lateral, al patio.

Era un patio amplísimo. En un extremo estaba el gran cobertizo en que el viejo Gregory Wicks guardaba su taxímetro, pagando por ello una pequeña renta semanal.

El viejo Gregory Wicks era ya un famoso conductor en los tiempos del cabrióle Hansom. Y siempre había guardado sus caballos y su resplandiente coche en Tidal Basin, en donde naciera y en donde esperaba terminar sus días. El taxímetro hizo su aparición cuando entraba él en la madurez. Gre-

gory no quiso considerar a los vehículos a motor como flamantes extravagancias que pasarían prestamente de moda. Fué uno de los primeros en sentarse ante un volante en una escuela de automovilismo y en develar los misterios de frenos y engranajes. Comprobó que su cojera no significaba un obstáculo para la obtención de un permiso para conducir: es necesario explicar que cojeaba desde los treinta años, a causa de una herida en un tobillo.

Era un pájaro nocturno empedernido. Inclusive en la época de los coches a tracción animal, recorría Piccadilly, en las primeras horas de la madrugada, recogiendo petimetres en los clubs y conduciéndoles, a través de inimaginables distancias, hasta sus quintas. Y al aparecer los taxímetros, continuó sus vagabundeos nocturnos. Hombre silencioso, taciturno, que nunca estuvo al nivel ni se captó la confianza de sus camaradas, era conocido en todas partes por su rígida honestidad. En cierta ocasión, devolvió a un barón austriaco un millón de coronas en billetes de Banco, dejado en el coche por el señor barón en un momento de trastorno provocado por una disputa con una señora amiga. El viejo Gregory había devuelto millares de libras en mercaderías dejadas por viajeros olvidadizos. En los libros policiales había al lado de su nombre la siguiente inscripción: "Digno de confianza; honrado; muy buenos antecedentes".

Se le podía ver con su vehículo en ciertas noches discurrendo por Regent Street—el largo cabello blancuzco colgando sobre el cuello de la chaqueta, el arrogante y blanco bigote erizado en el rojo y flaco rostro—y escogiendo sus pasajeros con una fina distinción. No sentía respeto por ningún hombre, excepto uno. A pesar de tener más de setenta años, daba unos golpes que desconcertaban a los mismos golpeadores profesionales.

El médico traspuso una puerta y penetró en el Gallows Court. Aquel angosto y maloliente pasaje estaba poblado

de criaturas descalzas, desaseadas y felices. Nadie ofreció al doctor un amistoso recibimiento. Los hombres y mujeres sucios, repantigados en los portales o en el marco de las ventanas, le echaron unas ojeadas exentas de curiosidad. Para ellos, formaba parte del lugar, como los ladrillos, la argamasa y el cienago circundantes. Era cual uno de los ladrillos de la pared que separaba al patio de la clínica de esta cochiquera humana. Pertenece a aquello, poseía derechos en Gallows Court y, por eso, podía pasar sin ruido o comentarios.

La última casa del pasaje era la señalada con el número 9. Más pequeña que las otras. Las ventanas estaban limpias e inclusive la del piso bajo, cerrada fuertemente, lucía un jirón de cortina. Llamó en la puerta: tres breves y rápidos golpes con los nudillos, una pausa y un cuarto golpe. Se había convenido esta señal entre él y el anciano Wicks, que estaba cansado de las llamadas de los pilletes fugitivos y de la presencia en su puerta de visitantes indeseables. Sabía la hora regular en que acudían el lechero y el panadero y podía salir a recibirlos. Cualquiera otro que llamase en la puerta durante el día, no recibía respuesta. Marford oyó el arrastrar de unos pies en unas escaleras no alfombradas, y se abrió la puerta.

—Entre, doctor.

La voz de Gregorio era fuerte y pura. Había sido siempre un magnífico voceador y la edad no le había disminuido el volumen de su tono.

—No alborote usted; creo que mi inquilino está durmiendo—dijo, a la par que cerraba de golpe la puerta.

—Debe ser un perfectísimo dormilón si usted no le despierta con su estrépito, viejo ruidoso—expresó Marford con su plácida sonrisa.

Gregory se rió a carcajadas mientras subía las escaleras; abrió la puerta de su cuarto y en él entró el médico.

—¿Cómo está usted?

—Ágil como una pulga, ex-

'MASCARA BLANCA'

Por EDGAR WALLACE
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

cepto esta otra molestia, y no vale la pena que la mencione... Me siento bien, doctor. Siéntese. ¿En dónde hay una silla?... ¡Aquí estamos! ¡Cuánto le debo, doctor! Si la gente de Tidal Basin supiese lo que usted ha hecho por mí...

—Sí, sí—dijo Marford con buen humor—. Déjeme ahora echarle un vistazo.

Puso la cara del anciano a la luz y la observó cuidadosamente.

—Usted no está ni mejor ni peor. Si acaso, un poco mejor, diría yo. Le auscultaré el corazón.

—¡Mi corazón!—dijo el otro con desdén—. ¡Me ha tocado en suerte el corazón de un león! Se alojaba aquí una familia irlandesa y la mujer solía pedir prestada una cacerola, y cuando le dije con precisión lo que yo opinaba acerca de la gente que solicita cacerolas en préstamo, acudió su esposo, un sujeto hinchado de jactancia y fanfarronería. ¡Le di un puñetazo en la mandíbula y se acabó su gallardía!

—Usted no debió hacer eso, Gregory. Fué algo estúpido. Me enteré por intermedio de uno de mis pacientes.

El anciano se sonreía con una jovialidad bien visible.

—Claro que, en definitiva, no necesitaba hacerlo—manifestó—. Cualquiera de los muchachos de por acá pondría en seguida al sujeto en la calle si yo pronunciase una palabra. Me atrevo a decir que mi inquilino lo haría, pero, por supuesto, yo no le hubiera despertado para tal cosa.

—¿Se encuentra aquí hoy?

Gregory movió la cabeza.

—¿Quién sabe! Raras veces le oigo entrar o salir. Nunca me he hallado con un individuo más tranquilo. Un tipo cambiado... ¿Qué le parece, doctor? ¡Le apostaría a que sé quién lo cambió! No se imaginaria usted nunca—bajó la voz al decir esto—que es un hombre que pasó la mitad de su vida en continua imaginación... —Le está usted inventando una novela...—sugirió Marford.

Se iba ya y el anciano le llamó.

—Doctor, necesito decirle algo. Hice hoy mi testamento... Es decir, no exactamente un testamento, sino que redacté lo que quiero que se haga con mi dinero.

—¿Tiene usted una fortuna, Gregory?—le preguntó el médico en chanza.

—Más de lo que usted piensa—. Había un tono significativo en la voz del anciano—. ¿Más de una fortuna! No es el dinero lo que me obliga a hacer lo que hago... es orgullo, ¡diablo!

Para la mayor parte de los hombres que le habían conocido en el transcurso de los años,

LOS MULTIPLES ASPECTOS DE LA TRAGEDIA DE MAYERLING

(Continuación de la pág. 36)

publicada poco tiempo después de la guerra, sabemos que el archiduque Rodolfo era gran amigo de Francia y desprecia en absoluto del espíritu belicoso de Alemania. Detestaba en particular a Guillermo II, previendo que algún día induciría a Austria a una aventura de la que tendría que sufrir las consecuencias. Si hubiera vivido no habría existido la alianza austro-alemana, por lo menos en una forma agresiva, y Francisco Fernando, su sucesor, no habría soñado con la anexión de Serbia, que fué lo que produjo el atentado de Sarajevo, origen de la guerra.

Pequeñas causas, grandes efectos... El drama de Mayerling ha cambiado la faz del mundo.

Gregory Wicks era un hombre taciturno y nada comunicativo. Marford era uno de los pocos que lo conocían a fondo. A veces pensaba que esta locuacidad que Gregory desenvolvía en casa consistía en una reacción natural después de sus horas de silencio. Noche tras noche, casi durante media centuria, este viejo cochero había cumplido un voto de silencio. Explicó una vez por qué, y el motivo era tan insuficiente, que Marford, que no se divertía fácilmente, se rió a costa de él. Y es que Gregory, en un momento de expansiva charla, dejó que un cliente—siempre llamaba "clientes" a los pasajeros—le deslizase una media corona falsa. Fué esa una lección que jamás pudo olvidar.

Venia el doctor a menudo a conversar con el anciano, a oírle anécdotas de celebridades fallidas u olvidadas, cuyos nombres eran famosos allá por el ochenta o por el setenta.

Se marchaba Marford y Gregory se refirió de nuevo a su inquilino.

—Fué una buena idea esa de colocar ese postigo para evitar el ruido, aunque a mí, personalmente, no hay nada que me interrumpa el sueño. Por momentos desearía que mi huésped fuese más sociable...

—Y que se acercase y mantuviese un rato de palique con usted en ocasiones, ¿no?—expuso Marford.

Gregory casi se estremeció de horror.

—¡No! No necesito conversar con nadie, y menos con desconocidos. Converso con usted porque ha sido un hermano mayor para mí, para utilizar una expresión vulgar. No digo yo que me muriese de hambre, porque eso no habría sucedido. Pero hubiese perdido algo que... Bueno, preferiría morir a perder lo que perdería.

Bajó a la puerta y contempló cómo Marford se alejaba. Permaneció en la puerta hasta que el médico se perdió de vista. Los chiquillos gritones de la vecindad no se burlaban del anciano y ninguno de esos sucios arrapiezos descargaba sobre él la en otro caso inevitable e inenarrable burla. A un policía solitario lo hubieran cubierto de ridículo. Unicamente el doctor y Gregory Wicks se salvaban de sus malévolas intenciones. El primero, por su puño ágil y firme, y el médico, excusado es explicar la causa. Nunca se sabe cuándo habrá que llamarlo, y si está resentido con uno, ¿se sabe acaso lo que deslizará en los medicamentos? O supóngase que tenga que utilizar el escarpelo, ¿eh? ¡Pues bonito estaría uno, cloroformado y con las entrañas libradas a su piedad! El miedo era un preponderante factor de gobierno en la vida de Gallows Court.

La posteridad, sin embargo, dejando a un lado las razones políticas, tal vez no querrá ver en esta tragedia siempre misteriosa más que un simple y enternecedor drama de amor contrariado.

Y una de las pruebas más evidentes que puedan darse de la faz sentimental de esta aventura consiste en este obsequio enviado por Rodolfo a María, pocos días antes de su última entrevista: un medallón que contenía un pequeño trozo de género manchado con su sangre y un sencillo anillo de hierro modelado como los nupciales, con estas iniciales grabadas en su interior: I. L. V. B. I. D. T., o sea en alemán "In Liebe vereint bis in dem Tod", vale decir: "Unidos por el amor hasta la muerte".

El 30 de enero de 1889, el destino cumplió trágicamente el voto del príncipe Rodolfo aceptado por María.



¡BRAVO, MISS WALTERS!

MISS Walter no era precisamente lo que se puede decir una mujer hermosa. Era alta. Es lindo ser alta pero no tanto como lo era Miss Walters, pues casi llegaba a medir un metro noventa. Era también delgada, pero hasta tal punto que se podían ver todos los huesos de su enorme cuerpo. Sus facciones no eran desproporcionadas, pero usaba unos lentes tan gruesos, se peinaba tan mal, y tenía tan poca gracia, que todas las niñas se burlaban de ella. Además, cuando hablaba, tenía una voz tan gruesa, que hacía continuamente unos falsos tan cómicos, que a duras penas uno podía contener la risa al oírlo.

Con todo, como no era tan fácil encontrar una buena gobernanta en África del Sur, la familia Smith había tenido que contentarse con ella.

Una noche, después de la estación de las fuertes lluvias, Rosa Smith había tenido que quedarse sola con Miss Walters, pues sus padres tuvieron necesidad de hacer un pequeño viaje hasta la ciudad más cercana, regresando muy tarde por la noche. Ciertamente no era muy divertido encontrarse sola, y poco después de la comida resolvieron irse a acostar. En ese momento oyeron un golpe en la puerta del "hall" que daba afuera.

Mr. Smith había prevenido a su hija, hacía ya mucho tiempo, que no se debe hacer caso

de un primer golpe, pues generalmente éste es causado por el viento y resulta inútil alarmarse. Pero el golpe se repitió. Entonces Rosa pensó que también se le había dicho que nunca se debía abrir la puerta de noche, pues pasaban a veces los malhechores o los que llaman kaffres, enemigos irconciliables de los blancos.

Rosa miró a Miss Walters y ésta miró a la niña con ojos llenos de terror.

—¡Kaffres! — murmuró —. Seguramente han sabido que hemos quedado solas. ¿Qué podemos hacer?

La casa en que vivían los criados quedaba a una cuadra de distancia y asimismo sólo había una mujer y un muchacho que era casi un niño.

El golpe se repitió esta vez más fuerte.

Miss Walters se armó con el atizador y entregó las tenazas a la niña.

Se oyeron unas pisadas sobre la grana del jardín. Esperaron un minuto que les pareció un siglo.

—¡Sígame sin hacer ruido! — ordenó entonces Miss Walters. Entraron en el dormitorio de la niña, que quedaba contiguo al "hall" donde se encontraban y al penetrar en él se les heló la sangre de espanto. Por la ventana que estaba abierta vieron a la luz de la luna la silueta de un hombre que se dirigía hacia el cuarto de carpintería, donde estaban todas las herra-



mientas que necesitaba con seguridad para forzar las puertas.

El hombre penetró entonces en el garage cuyas puertas habían quedado abiertas, pero no tardó en salir de él, entrando en el cuarto de la carpintería.

—¡Qué hacer, Dios mío! — exclamó Rosa —. ¡Ahora forzaré las puertas y nos matará sin que nadie pueda socorrernos!

La pobre niña se puso a llorar.

Pero el hombre no aparecía nuevamente. ¿Qué haría allí dentro?

—Tal vez haya visto luz y espere que estemos dormidas para asesinarnos en la cama —, dijo Miss Walters que temblaba de pies a cabeza.

Esto dio esperanzas de salvarse a Rosa, que pensó pudiera llegar mientras tanto su padre.

De repente Miss Walters pareció iluminada con una idea colosal, y con una autoridad que la niña no se atrevió a discutir, ordenó:

—¡Sígame!

Se dirigieron entonces a la puerta del "hall" que la gobernanta abrió sin hacer ruido, y haciendo un gesto para indicar a Rosa que debía quedarse allí, salió en punta de pies al jardín, dirigiéndose a su vez al cuarto de las herramientas. Como se había quitado los zapatos, la valiente mujer pudo acercarse sin ser oída. Rosa comprendió entonces lo que se proponía hacer.

Miss Walters cerró bruscamente la puerta empujando una barra de hierro, que la cerraba por fuera con un candado.

¡El asesino estaba prisionero!

El cuarto de las herramientas era de material y sólo tenía una ventanita muy alta y pequeña que había hecho especialmente su padre para encerrar allí a su perro, cuando no quería que éste lo siguiera. Naturalmente, el hombre podía romper la puerta y escapar, pero

esto le tomaría tiempo y tal vez, llegar antes el dueño de casa. Por lo menos, les daba tiempo para fortificarse dentro de la casa principal, y esperar.

Una vez bien cerradas las puertas y colocadas delante de ellas todos los muebles de que podían disponer, las dos mujeres se sentaron a descansar, no sin darse antes un fuerte abrazo en el que pasó el calor de tantas emociones.

A pesar de las muchas puertas cerradas que las separaban del prisionero podían oír los empujones que éste daba contra la puerta para tratar de abrirla. Al ver que no salía de su prisión se fueron animando, tanto que hasta llegaron a prepararse unas tazas de chocolate para reponerse del susto, y estaban en eso cuando oyeron el ruido de un automóvil que se acercaba.

Rosa abrió entonces sin trabajo una de las puertas para anunciar a su padre la presencia del malhechor, no fuera a ser que éste cayera desprevenido en algún lazo tendido por él.

—¡Ah! ¡Canalla! — gritó in-

pero ya Mr. Smith sacaba su revólver y se dirigía al cuarto donde se encontraba el prisionero. Abriendo bruscamente la puerta, Smith entró al cuarto con su revólver listo en la mano.

Pero ¡oh sorpresa! Estaba allí, tendido en el suelo, durmiendo profundamente, con la cabeza puesta sobre unas bolsas que le servían de almohada, nada menos que el mecánico... el joven mecánico tan buen mozo que según decía Rosa gustaba mucho a Miss Walters.

El hombre se levantó al oír que abrían la puerta y exclamó indignado:

—¡Quién será el idiota que me ha encerrado aquí! Figúrese — prosiguió dirigiéndose al padre — que vine a buscar una herramienta que había dejado aquí esta mañana, pues tengo que hacer un trabajo urgente. Para que no se asustaran, viéndolo alguien que entraba, fui a golpear a la casa para pedir permiso, pero nadie me contestó. Creí entonces que todos se habrían marchado y me dirigí aquí para buscarla, cuando al-



dignado Mr. Smith, al saber lo que pasaba —. No sé cómo hacen estos bandidos para saber siempre cuando uno deja la casa, y se aprovechan para atacarla. Si no hubiera sido por Vd. Miss Walters ¡quién sabe lo que habría sucedido! Nunca podré agradecerle bastante lo que ha hecho.

La buena mujer sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y baliuceó algo que nadie llegó a entender.

quien... me gustaría saber quién ha sido... tuvo la buena idea de encerrarme aquí. Por más que grité para que me abrieran, nadie me contestó y no tuve más remedio que resignarme a pasar aquí la noche. ¡Ah! Pero si supiera quién fué...

Miss Walters y Rosa se retiraron entonces prudentemente sin confesar que habían sido ellas. ¿Se lo diría tal vez Mr. Smith?

UNA CLAVE EXTRAÑA

(Continuación de la pág. 38)

bieron ser terribles, pero el malhechor se refería a ellos como si se tratara de un asunto ordinario de la vida diaria, y detalló la forma en que el anciano entró en la cocina, teniendo por única prenda su camisa de noche, y les preguntó inmediatamente qué querían.

—Su dinero, le contestó Milson.

—¿Cuánto? — volvió a preguntar Mr. Smith.

—Todo — dijo Fowler, y sin pronunciar una sola palabra más, asió al anciano un golpe terrible en la cabeza con un cortafrio, y luego lo golpeó ferrozmente, haciéndolo caer sin conocimiento. Los asesinos, sintiéndose al parecer asustados de su obra, amordazaron al pobre anciano, y le ligaron los pies y las manos con tiras de género, cubriendo luego su cuerpo con el mantel y colocándolo sobre la mesa de la cocina. Después subieron a su dormitorio, tomaron sus llaves y sacaron de la caja fuerte el dinero, que, según se cree, alcanzaba a la suma de setecientas libras. Hecho esto, volvieron a la cocina a comer, cuando súbitamente oyeron un quejido del hombre que creían muerto y comprendieron que no lo habían ultimado con sus brutalidades. Iniciaron en seguida un ataque más terrible que el anterior, valiéndose esta vez de una cachiporra y de un cuchillo. Creo que jamás se ha cometido un asesinato tan alevoso como éste.

A la mañana temprano, los malhechores abandonaron la casa. Tuvieron la prudencia de no acercarse a la carretera hasta que empezaron a pasar otras personas por ella, y descansaron a ella, y siguiéndola, llegaron de Highgate, donde se di-

vidieron la suma más grande de dinero que habían poseído en su vida. Cuando llegó el día y alcanzaron a oír el ruido del tráfico de la carretera, se dirigieron a ella, y siguiéndola, llegaron finalmente al barrio nuevo de Kent, y después de beber, se acostaron, durmiendo tranquilamente durante largas horas.

Sus movimientos subsiguientes fueron más bien de pánico que de prudencia. Probablemente supieron que se habían realizado averiguaciones en su barrio, y empezaron su peregrinación, dirigiéndose a Bow. Desde allí, como ya sabemos, huyeron a Bristol, pues no les quedaban dudas ya de que los detectives los perseguían y de que podrían caer en sus manos la noche menos pensada. Ya hemos relatado el resto, y ahora sólo queda por contar las formalidades del juicio, que todo Londres esperaba con vivo interés.

En cierto modo, el juicio no prometía escenas dramáticas. Los hechos habían sido comprobados claramente, y podríamos sospechar que, después de las circunstancias descubiertas por la policía, el caso no tendría complicaciones. Pero hay que tener en cuenta el modo de ser y la ferocidad de Henry Fowler. Parado ante el juez, oyó a un detective que recitaba la confesión del crimen hecha por Milson, y supo que su compañero lo había traicionado; al oírlo, despertó en él toda su pasión latente y su ferocidad. Aunque cuatro agentes de policía estaban colocados entre los dos malhechores, Fowler se arrojó contra Milson como un tigre, lo tomó del cuello y estuvo a punto de estrangularlo en presencia del juez que contemplaba la escena asombrado. En realidad, nunca se había visto una cosa parecida en la sala de un tribunal. Los guardianes, agentes de policía y criminales luchaban desesperadamente, ca-

dos sobre el piso, presentando una confusión de brazos y piernas que se movían. Se oían los gritos de una mujer en la galería, los ayes de Milson y las maldiciones del facineroso. Finalmente fueron necesarios diez hombres para dominar a Fowler y colocarle esposas, y nuevamente, algunos debieron preguntarse qué habría sucedido a algún agente de policía que hubiera visto por casualidad la luz prendida en la cocina de Muswell Lodge, en la noche del asesinato de Mr. Smith, y hubiera entrado para arrestar a los criminales. El juicio continuó, el jurado pronunció sin vacilación el veredicto de "culpables" y los dos hombres fueron sentenciados a muerte. La traición de Milson no sirvió para salvarle su vida miserable, y se le condenó a sufrir la misma suerte de su asociado, en el patíbulo.

Recuerdo que el día de la ejecución había cierta ansiedad entre el público, pues mucha gente temía que en el patíbulo ocurriera una escena parecida a la que se desarrolló en la sala del Tribunal, y que una vez más Fowler trataría de vengarse de su cómplice. Pero con gran satisfacción y sorpresa de todos, el hombre murió sin pronunciar una sola palabra. Suponemos que se sintió acobardado en presencia de la muerte, y que, como Milson, iba a sufrir la misma suerte que él, creyó innecesario hacer un nuevo esfuerzo para vengarse. Lo cierto es que subió al patíbulo sin protestas, y en esa forma, los dos asesinos del anciano y amable caballero sufrieron la pena impuesta por la ley.

Pero el caso continúa siendo memorable y no se olvidará por mucho tiempo, precisamente por el hecho de que una linterna de juguete fué el instrumento elegido por la divina providencia para castigar a los dos malhechores más brutales que recuerdan los anales de la criminalidad.

LAS CASAS DE LOS VASCOS

(Continuación de la pág. 12)

montaña vizcaínoalavesa. Entre el autor que escribe y anota en francés y el traductor que transcribe a la ligera, consiguen oscurecer lo que pudieran haber resultado más correcto. Pero ya tenemos dicho que el tema vasco sufre la fatalidad de mantenerse en una zona de constante confusión.

Parece como que el vasquismo fuera un predio mostrenco; todos lo manosean con entera libertad y hacen con él lo que les acomoda. Así es como ha llegado a convertirse el vasco en una especie de mito. Partiendo de la originalidad y dificultad de su idioma, el sensacionalismo pseudo-ilustrado se abalanza sobre los vascos y construye toda suerte de quimeras. Y el resultado es que no se adelanta nada en el camino de la verdadera investigación. Hay algunos filólogos, esparcidos en diferentes países de Europa, que trabajan con seriedad sobre el fenómeno vasco, pero después viene la muchedumbre de los que hablan de vasquismo a tontas y a locas. Y lo peor es que entre los mismos vascos abundan los ignorantes, los quimeristas y los propaladores de absurdos, dejándose arrastrar por su orgullo racial, que suele ir acompañado de una completa privación de elementos científicos, y

hasta de elementos de una cultura primaria. Desgraciadamente, como nadie conoce el idioma vasco, todos se apresuran a aceptar como seguras las definiciones que los hijos de las Provincias Vascongadas sirven a los extraños al país.

Por ejemplo, acabo de leer la biografía que del Duque de Osuna ("Riesgo y ventura del Duque de Osuna") ha escrito con sin igual acierto Antonio Marichalar; libro sin demasiadas pretensiones y no obstante, de un gran interés. En una de las páginas habla el autor de

ENRIQUE EN LAS TIENDAS

Solución del problema publicado en nuestro número anterior

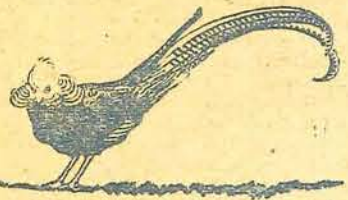
Enrique no sabía dónde dirigirse cuando su mamá lo enviaba a hacer compras. Un amigo le enseñó que:

1o. La torta se buscaba en la confitería o panadería. 2o. Los pescados en el mercado. 3o. La zanahoria y los nabos en el mercado también, pero en un puesto de verduras. 4o. Los zapatos y los cordones en una zapatería. 5o. La tetera, la jarra y la taza en un bazar. 6o. El frasco, el pote y el pomo en la botica. 7o. La lapicera, la goma y el sobre en una librería. 8o. El dulce y la salsa en un almacén. 9o. Las herramientas y el cepillo en una ferretería. 10o. El pañuelo, la aguja y el botón en una mercería. 11o. El sombrero de hombre y el guante en una tienda o sastrería. Y seguramente no necesitó que nadie le enseñara que los juguetes se compraban en la juguetería.

EL FAISAN

UNA de las aves para la cual la Naturaleza ha sido más pródiga es, sin duda, el faisán. Bajo este nombre se denomina una numerosa familia en la que hay una infinidad de representantes diferentes.

El más hermoso de todos es el faisán dorado. Esta ave, a pesar de ser pequeña, es de una hermosura extraordinaria, con



El faisán dorado, aristócrata de la familia de los faisanes, al que muchos identifican con el "ave fénix" de la leyenda

sus plumas color oro mezcladas de colorado, su preciosa cabeza y enorme cola. Los naturalistas creen que el fénix de que hablaban los antiguos, asegurando que sólo visitaba el Egipto cada 500 años, no era en realidad otra cosa que el faisán dorado, que por lo escaso en esas comarcas había adquirido esa fama. Los egipcios creían que se quemaba el mismo en una hoguera, naciendo luego otro joven fénix de sus cenizas.

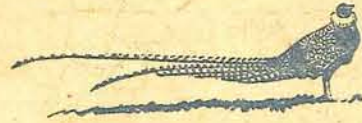
La magnificencia del plumaje no es exclusividad del faisán dorado: también es hermoso el faisán plateado que recuerda los vestidos color de luna de los cuentos de hadas. Aunque más pequeños que los dorados, estos



El faisán plateado, ave insociable que no puede tolerar la proximidad de sus congéneres

pájaros son más salvajes, peleando con todas las aves que encuentra. Los faisanes de la China parecerían ser los más peleadores, pues tienen cuatro pares de espolones, pero a pesar de eso son dominados por los plateados. El faisán de collar que viene de la China es ahora el más común, pero en otros tiempos era muy venerado. El faisán multicolor es originario del Japón, siendo también de una extraordinaria belleza de colorido. Existen infinidad de otras clases de faisanes, pero todas, por más distintos que sea su plumaje pertenecen a la misma familia y viven de la misma manera, en cualquier paraje que se encuentren. Sus nidos, muy primitivos, son hechos sobre la tierra y ponen en ellos una cantidad enorme de huevos. En Inglaterra hay grandes criaderos de faisanes que se apoderan de los huevos y los colocan al cuidado de simples gallinas; cuando se encuentran en edad de poder volar los dejan en libertad, pero ellos ya acostumbrados a que se les dé el alimento, no vuelan sino a los bosques cerca de los cuales están los criaderos, volviendo continuamente a ellos, a un simple llamamiento de su cuidador. Los faisanes son criados para la caza y resulta que después de

tantos cuidados, se les mata de una manera cruel. En vez de salir a cazarlos como se hace con las perdices, hacen lo que se llama una batida. Como los faisanes no temen al hombre, gracias a la manera con que se les cria, los llaman por todo el monte atrayéndolos a un lugar dado donde los cazadores los esperan para matarlos. Es una manera cruel de cazar que, por otra par-



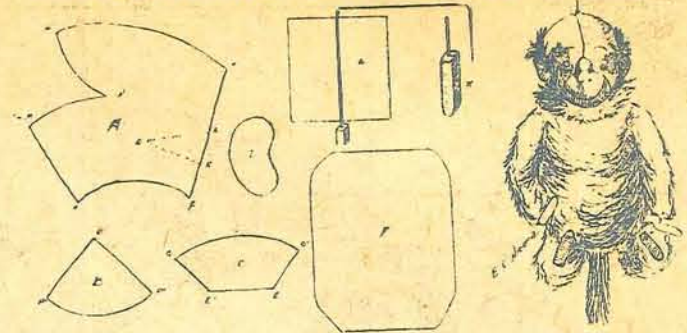
El faisán de la China, en el que las plumas de la cola alcanzan hasta dos metros de longitud

te, no presenta ningún interés. Sin embargo, los aficionados a ella se apasionan y comentan orgullosamente el número de animales muertos y lo admirable del espectáculo.

El macho es siempre mucho más hermoso que la hembra. Su cola mide unos 45 centímetros y su cabeza es una verdadera maravilla, con sus plumas verdes, azules y anaranjadas con reflejos metálicos.

La hembra es menos hermosa, su cola es más corta y el plumaje más apagado. Pero esta inferioridad le vale de mucho, pues es menos perseguida por los cazadores. Los brillantes colores de su compañero atraen las miradas de éstos, mientras que a ella le es fácil esconderse y pasar inadvertida. Cuando matan al macho su compañera se une a otra familia de faisanes, pues éstos viven generalmente en grupos.

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



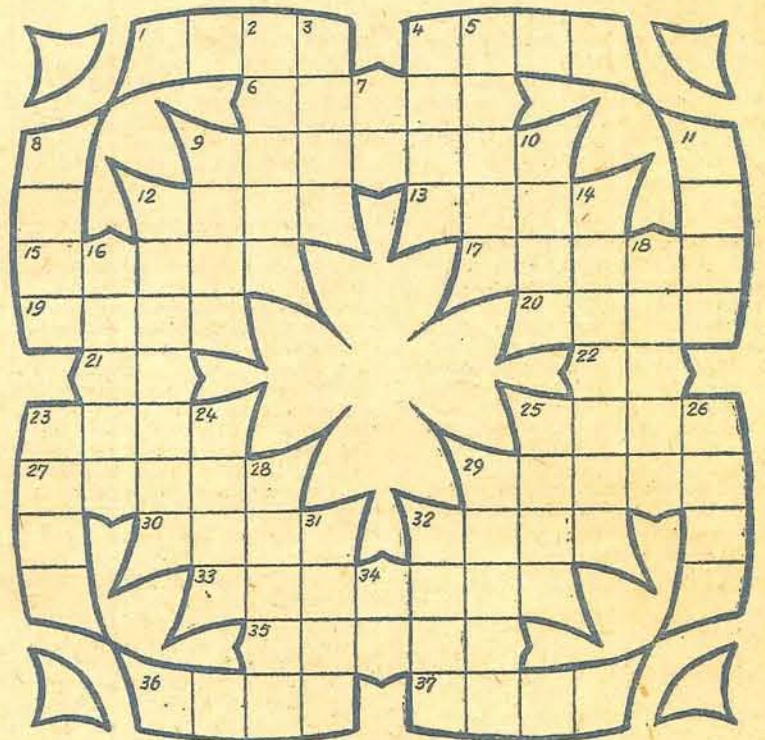
UN MONO:

Material: paño color carne para los moldes A, B, C y D; trocitos de pieles para los demás. (Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada molde). Se cose en los

PT. Después de unir P'P' con QQ', se cose a lo largo de OP el lado resultante O' P' Q' E, y lo mismo se hace con el otro lado O' P' Q' E'; queda con esto pronta la cabeza para ser rellenada,

después de lo cual se le pegan las orejas, los ojos y el cabello y se le pintan las cejas y la boca. El cuerpo se obtiene cosiendo por sus cuatro lados los rectángulos F (cuidando de dejar una pequeña abertura a fin de poder dar vuelta el género hacia el lado derecho, y rellenar con paja). Para hacer las patas, se dobla por la mitad el rectángulo H, y luego de engomados los bordes se introduce en él un alambre doblemente acodado que atraviesa el cuerpo y que lleva en sus extremos un trocito de madera análogo al de la figura K. La cola y la gótila son tiras angostas de piel. Fijando un elástico en la cabeza del mono y cordones delgados en cada una de las patas, como indica el modelo, tendrás un atractivo animalito que moverá los "brazos" y las "piernas" al ser balanceado en el aire.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Canta la rana.
4. Andar hacia atrás, retroceder.
6. Cambian.
9. Saltar y brincar alegremente.
12. Falto de letras o noticias.
13. Indios del sur de la Argentina.
15. Planta anual de la familia de las compuestas, de raíz tuberosa, que se cultiva en los jardines por sus flores grandes y de muy variada coloración.
17. Período de tiempo, que se señala por los hechos históricos en él acaecidos.
19. Quejidos de dolor.
20. Manijas, agarraderas.
21. Artículo.
22. Pronombre personal.
23. Nombre de mujer.
25. Fantasma imaginario con que se asusta a los niños.
27. Culebra de Venezuela, muy venenosa, de color encarnado y con anillos negros.
29. De poca edad.
30. Dicese de ciertas peras y manzanas muy gustosas y delicadas, de otras frutas y de cierta especie de rosas.
32. Yerbajo, hierba inútil.
33. Copiosa y espléndida, tratándose de comida, banquete, etc.
35. Nombre de los siervos del Estado, en Esparta, esclavos de los lacedemonios. Con su nombre se designa al que se halla o se considera desposeído de los goces y derechos de ciudadano.
36. Peso que equivale a 287 decigramos, o sea una de las

16 partes iguales del peso de la libra.

37. Antiguo nombre de Irlanda.

Verticales

2. Última letra del alfabeto griego.
3. Voz que se usa como prefijo, con la significación de "propio", "por uno mismo".
4. Vaseja metálica, por lo común semiesférica y con mango largo para manejarla.
5. Vano, fútil, inútil.
7. Nota musical.
8. Ser fantástico del sexo femenino al cual se atribuye poder mágico.
9. Moneda imaginaria por la que cuentan los portugueses y los brasileños.
10. Afeitado.
11. Detrás de, en situación posterior.
12. Cumplido, cabal, pleno, sin limitación.
14. Sustentó, mantuvo firme una cosa.
16. Que no ha comido.
18. Lecho de los ríos y arroyos.
23. Líquido seroso que exhalan ciertas úlceras malignas, sin hallarse en él los elementos del pus.
24. Prenda de vestir masculina: americana.
25. Mujer del emperador, señora soberana o princesa, entre los antiguos peruanos.
26. Cantidad.
28. Nombre genérico de varias sustancias minerales, crasas, suaves, que se usan generalmente para dibujar.
29. Echar votos y reniegos.
31. Color morado claro.
32. Embarcación de gala o de recreo.
34. Río de Italia, el Eridano de los antiguos.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Como levantar una botella con una paja



Esta prueba que parece imposible de realizar consiste en levantar una botella con una paja.

Cuando alguien trata de hacerlo, parece realmente imposible, por más gruesa que sea la paja y por más liviana la botella.



El secreto consiste en doblar la paja en una extremidad. Si la botella es muy liviana, podrá entonces ser levantada sin ninguna dificultad.

y pudiera exhibirse en nuestros días como una verdad oficial.

Un mal entendido orgullo localista induce a muchos a exagerar la originalidad y el misterio del fenómeno vasco. De esta especie de énfasis de la originalidad nace un hecho poco plausible, la obscuridad vasquista se agrava hasta adquirir la proporción de un enredo. Por mi parte, yo creo que la originalidad del fenómeno vasco se halla suficientemente demostrada y a salvo; por lo mismo que el vasco es, etnográficamente, lo que pudiéramos llamar un "acontecimiento", no necesita recurrir a las tretas, las ocultaciones, los amañes y los datos falsos que otros localismos se ven obligados a emplear. Lo que necesita, al contrario, es claridad, crítica científica, inteligencia investigadora. Salir de la especie de caos o de la situación de mito romántico en que hoy se envuelve. En la seguridad de que no saldrá perdiendo prestigio, sino aumentándolo.

Quien se decide a hablar de este modo ya sabe a lo que se arriesga. Las iras de los fanáticos se lanzarán sobre él, y es seguro que le acusen de ser descastado, o simplemente un malvado. A mí me llamaba hace poco, cierto quidam residente en Buenos Aires, nada menos que bellaco, por el solo crimen de dedicarme a investigar en la obscura maleza de los mitos vascos, ansioso de claridad y de soluciones reales. Pero uno está sobradamente habituado a semejantes arremetidas de la sectaria ignorancia, y no es cosa de rectificar su camino por impropio de más o de menos.

En suma, el idioma vasco, rechazado de las poblaciones, hoy se refugia casi exclusivamente en las granjas dispersas por los montes y los valles, en esos poéticos caseríos que destacan sus formas familiares sobre el verdor de praderas y sembrados. El vascuense no resiste la lucha con los idiomas de una tradición de larga cultura. El ambiente urbano le resulta mortal, y languidece rápidamente al contacto de las grandes aglomeraciones humanas que la moderna civilización concentra junto a las fábricas, las minas, los ferrocarriles.

Desgraciadamente para el destino y conservación del idioma, el país vasco se halla situado en el punto de paso de

las principales migraciones; es la puerta grande por la que España se comunica con el centro vital de Europa. Agreguemos todavía el aliciente de las zonas mineras, que atraen nutridas masas de peones forasteros, y la activa explotación del negocio del verano, que llena de bañistas los pueblos de la costa y los balnearios del interior.

Si los vascos formasen una raza de pastores o de humildes labriegos, su idioma podría defenderse mejor al amparo de la soledad y el apartamiento. Pero el vasco no es humilde ni modesto, ni tampoco siente un entusiasmo muy grande por la pobreza del pastor y el agricultor. Prefiere la ganancia, es decir, la industria. Por eso vemos cubrirse de fábricas y talleres las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Las fábricas atraen obreros forasteros, y el obrero y el empleado forasteros imponen normalmente, forzosamente, el idioma castellano, porque el vascuense es incapaz de resistencia. Esto lo saben y experimentan los industriales y negociantes vascos, pero no piensan en evitarlo.

La codicia vasca introduce en todos los rincones del país sus fábricas, sus minas, sus balnearios, sus hoteles; la sed de ganancia, el fuerte espíritu de empresa, el temperamento de "contratista" del vasco están apremiando por todas partes a los últimos baluartes del vascuense. Poblaciones como Tolosa, Hernani, Rentería y Pasajes, donde en la época de mi niñez no se hablaba más que el vascuense, hoy están llenas de fábricas y de forasteros, y la lengua vernácula, como es natural, sólo la hablan habitualmente algunos ancianos. En estos últimos años he podido observar que los propietarios de vapores de pesca de San Sebastián y de Pasajes contratan tripulantes gallegos y de otras provincias lejanas, y el resultado no se ha hecho esperar mucho; en el barrio que los pescadores tienen en San Sebastián, allí donde siempre se habló el idioma vasco, actualmente los chicos y las muchachas emplean el castellano.

Por fortuna para la lengua tantas veces milenaria, quedan en pie todavía los caseríos, últimos refugios de la tradición. ¿Pero resistirán mucho tiempo a los embates del progreso industrial y a la marea de los tiempos nuevos? He ahí una inquietante incógnita.

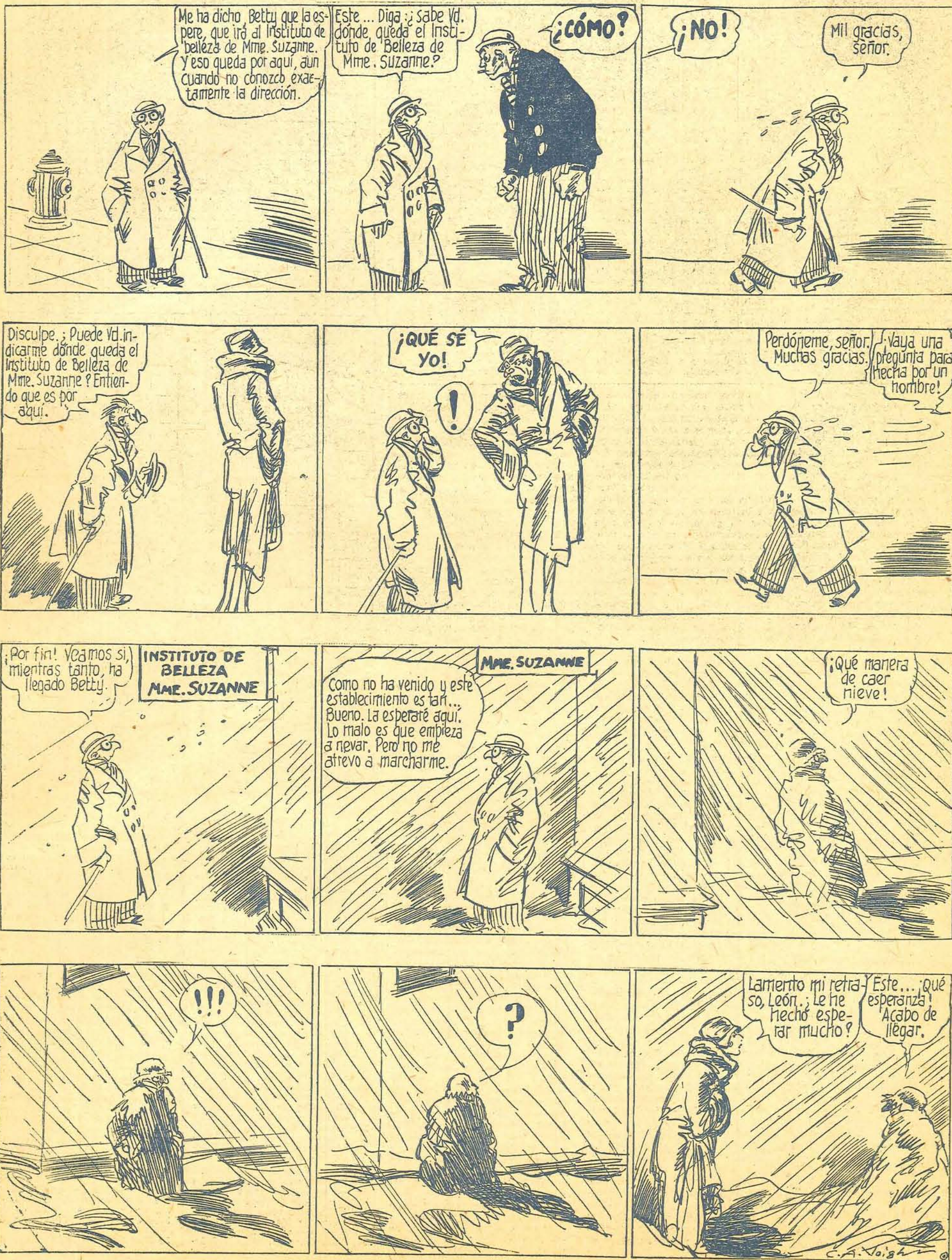
BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

MUJER AL FIN

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





TAMBORES MANDIYU CON CANILLA. Estos tipos de envases, con capacidad de 5, 10 y 20 litros, han sido creados para su comodidad. Adóptelos. Podrá rellenarlos con el contenido de las latas cuadradas que ahora son de 2, 4 y 16 litros.



¿Quiere Vd. preparar un EXCELENTE GUIZO o una DELICIOSA FRITURA?

USE MANDIYU.

EL aceite Mandiyu es una revelación. Al condimentar los alimentos en cuya preparación se emplea, realza su sabor como ningún otro ingrediente culinario.

No debe faltar en la cocina de ninguna casa en donde se sepa lo que es comer bien.

Señora, haga usted caso: ensaye el empleo del Mandiyu. No se arrepentirá ni por el resultado ni por la conveniencia.

Mandiyu

El aceite ideal para el hogar

Por mayor: COMPAÑIA GENERAL FABRIL FINANCIERA

LIMA 229 — BUENOS AIRES

¡Los niños son siempre más elocuentes...!



Galletitas "Express"

Por lo mismo que los niños son sensibles como nadie a las sensaciones del paladar, su opinión resulta siempre de una espontaneidad y franqueza encantadoras. Y así, ante una fuente de "EXPRESS" en sandwiches, pronto, casi instantáneamente, muestran su incontenible entusiasmo.

Y este "modo de hablar de los niños" tiene, sin duda, una fuerza de convicción innegable. ¡Es que las "EXPRESS", sea cual fuere el modo de servir las, son tan sabrosas, tan nutritivas y tan deliciosamente digestivas que, mientras entusiasman a los niños, anticipan al paladar de los mayores la seguridad de que el menú empieza exquisitamente...!

Modos de servir las "EXPRESS":

- En sandwiches: de caviar, "pâte de foie gras", fiambres en general, queso o pasta de jamón, de anchoas, etc.
- Para el desayuno o el té: solas o con mermelada y dulces en general.
- Para el aperitivo: solas o con queso.
- En la mesa: con caldo, solas o con queso, entre plato y plato.



No diga:
"Galletitas para sandwiches".
Diga y exija:
"EXPRESS" de TERRABUSI,
que son algo más...

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país
en envases de ¼, 1 y 2
kilogramos.